

AYUNTAMIENTO DE MADRID

---

REVISTA  
DE LA BIBLIOTECA  
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO V.—OCTUBRE, 1928.—NÚMERO XX  
Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)

DIRECTOR: MANUEL MACHADO.

Redactor Jefe: AGUSTÍN MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Administrador: ANGEL ANDARIAS.

## SUMARIO

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*Nuevas noticias bibliográficas del abate Hervás y Panduro.*

JOSÉ SUBIRÁ.—*Un «melólogo» curioso y una «introducción» a otro melólogo: La escena trágica «Pollicena».*

MANUEL MACHADO.—*Felipe V, continuador del Quijote.*

C. M. DEL RIVERO.—*Escrutinio de monedas matritenses.*

VARIEDADES: JENARO ARTILES RODRÍGUEZ: *La partida bautismal de «Tirso de Molina».*—AGUSTÍN DEL SAZ: *Moratín y su época.*

RESEÑAS: Martín Echeverría, Leonardo.—*Geografía de España* (J. MARTÍN ALONSO).—Gómez de la Serna, Ramón.—*Goya* (S. DE R.).—*Tormo, Elías. Las iglesias del antiguo Madrid* (A. GARCÍA BELLIDO).—*Vazquez Arjona, Carlos. Cotejo histórico de cinco Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós* (ANGEL VALBUENA PRAT).—*Cuevillas, Florentino L. y Bouza Brey, Fermín. Prehistoria y folklore da Barbanza. Catalogo dos castros galegos* (RAFAEL ALVAREZ).—*Bullón y Fernández, Eloy. Un colaborador de los Reyes Católicos. El Dr. Palacios Rubios y sus obras* (A. DEL S.).—*Cabré y Aguiló, Juan. Museo Cerralbo o Museo del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo, don Enrique de Aguilera y Gamboa* (J. D. B.).—*Boix, Félix. Los recintos y puertas de Madrid* (MANUEL DE TERÁN).—*Ferrandis José. Marfiles y azabaches españoles* (S. DE R.).—*Pan y Fernández, Ismael del. Notas para el estudio de la Prehistoria. Etnología y folklore de Toledo y su provincia* (RAFAEL ALVAREZ).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

**Esta REVISTA se publicará cada tres meses**

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año .....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)



# REVISTA

DE LA

## BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO V

OCTUBRE, 1928

NÚMERO 20

### NUEVAS NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS DEL ABATE HERVÁS Y PANDURO

Con las noticias que damos a continuación creemos se podrá completar algún tanto el estudio bibliográfico del fecundo escritor D. Lorenzo Hervás y Panduro que hizo D. Fermín Caballero en el tomo que le dedicara en su interesante colección de *Conquenses ilustres* (1). Nos muestran estos nuevos documentos a Hervás como hombre algo terco en mantener sus opiniones frente a las tachas de los censores, acaso por el perjuicio que de aquellos juicios podría sobrevenirle, tal vez por no considerar a los censores, especialmente al de la *Historia del hombre*, con suficiente talla científica para juzgar su labor.

No sabemos quién era este anónimo censor contra quien se revuelve airado el exjesuita. Sospecho que era fraile agustino, y acaso no sería descaminado pensar en el padre Centeno (2).

#### A.—HISTORIA DE LA VIDA DEL HOMBRE

La traducción española de la *Idea del Universo*, que contiene la *Historia de la vida del hombre*, fué enviada por Hervás a Manuel de Vela con carta fechada en Roma a 27 de noviembre de 1787, en la que le autorizaba a

---

(1) I. *Abate Hervás*. Madrid, imprenta del Colegio de Sordomudos y de Ciegos, 1868 230 págs., 8.º, con un retrato de Hervás dibujado por Vallejo.

(2) D. Fermín Caballero dice que el tomo VIII de la *Historia del hombre* lo censuraron desfavorablemente el padre Centeno y Joaquín Lorenzo Villanueva. Es una confusión; éstos censuraron los tomos anteriores, no el VIII, que fué juzgado por la Real Academia de la Historia, como después se verá.

pedir las licencias oportunas, y le decía que «en cuanto a la dedicatoria, gastos y demás que se requiere, puede acordarlo con mi tío, fray Antonio Panduro».

Vela pidió al Consejo de Castilla (1) la licencia correspondiente para imprimir el tomo I, que contiene la concepción, nacimiento e infancia del hombre; advirtiéndole que la versión castellana va ilustrada con diferentes y nuevas observaciones, resultando más completa que en la edición italiana.

Envióse a la censura de la Real Academia de la Historia, que la dió favorable, según certifica el secretario D. José Miguel de Flores. «Sólo advierte que el autor, con motivo de su larga residencia en Italia, padece algunos descuidos en el lenguaje, como son: *presentemente*, *peregrinage*, *intendentes*, etc., y que convendrá prevenir al editor que al tiempo de su impresión rectifique algunas expresiones que tienen cierto sabor a italiano o francés.»

Conformándose con estas indicaciones de la Academia, el Consejo concedió la licencia con fecha 28 de julio de 1788. Otro tanto ocurrió con el tomo II, censurado el 19 de marzo de 1789, y dada su licencia el 28 del mismo mes.

Pero cuando estaba terminada la impresión del tomo II, y antes de que empezara a circular, en 1 de enero de 1790, la Sala de Gobierno del Consejo de Castilla pedía al juez de imprentas, D. Felipe de Ribero, que le dijese si había tomado alguna providencia para suspender y detener la obra *Idea del Universo*, y le informase acerca del asunto. El juez contestó que si se refería a la que aparece con el título de *Historia de la vida del hombre*, publicada en la imprenta de Aznar en 1789, «el señor conde de Floridablanca, en papel de 27 de noviembre último pasado, me previno desde San Lorenzo, de orden del rey, que pasase a sus manos unos ejemplares de la dicha *Historia*..., providenciando, desde luego, que se suspendiese su venta». Se habían embargado unos cuantos ejemplares (no llegaban al centenar) de los 1.500 tirados del tomo I; seis de ellos se entregaron a Floridablanca. Los 1.500 ejemplares del tomo II se incautaron a Manuel Vela, agente de negocios, en cuyo poder se hallaban todavía.

La Sala volvió a enviar la obra original, con el ejemplar impreso, a la Academia de la Historia para que informase; pero transcurrió mucho tiempo sin que lo hiciera. Desde Roma, a 17 de abril de 1792, Hervás mandó al ministro un memorial (presentado y firmado por su apoderado) en el que se quejaba de la providencia anterior, que él atribuía a manejos de la ignorancia y rivalidad. El estilo lacrimoso y sensiblero de este escrito me hace sospechar que no fué redactado por Hervás. El conde de Aranda remitió al Consejo este memorial (23 de junio de 1792), y el Consejo hizo recuerdo a la Academia.

Esta Corporación repitió su censura en cuanto al fondo. «Así, pues, aunque ignoramos —decía— cuáles sean los pasajes o lugares que hayan dado motivo al Gobierno para la suspensión de la venta de este tomo, presumimos que sólo

---

(1) Archivo Histórico Nacional: Consejo de Castilla, *Impresiones*, leg. 5.554, expediente núm. 119.

la introducción habrá merecido esta providencia.» Esta introducción o prólogo se había puesto después de la licencia del Consejo y sin su conocimiento, faltando a la ley.

Examinada esta introducción más detenidamente hallaron varios pasajes que debían suprimirse, «por incluir algunas máximas que pueden interpretarse por demasiado libres y por erróneas, tanto en el sentido moral como en el político». Señalaba taxativamente los pasajes suprimibles. «Expurgada en tales términos no juzga haya inconveniente en que corra libremente el tomo, y aun cree que podría convenir que se dejare al autor o editor la facultad de omitirla toda entera, para mayor seguridad en todos tiempos.»

Después de varios trámites, y no habiendo podido encontrar el original del tomo I, se proveyó por la Sala que «suprimiéndose el prólogo del tomo I corra libremente su venta, y no conformándose el autor o su apoderado con la supresión mandada se le dé traslado, *supreso nomine*, de lo expuesto por la Academia». El apoderado de Hervás, Manuel Alonso Rodríguez, se conformó con la supresión del prólogo (22 de julio de 1793).

La censura del tomo III, pedida en 1789, salió por fin a 8 de septiembre de 1794, sin más reparo que respecto a las incorrecciones de estilo, y la licencia se concedió con fecha 13 del mismo mes. La censura del tomo IV llevaba fecha 6 de abril de 1796; la de los tomos V y VI, 20 de mayo de 1798. Aquí decía la Academia: «Hemos suprimido y corregido diferentes expresiones, cláusulas, párrafos y aun capítulos, que atendida la actual constitución de los gobiernos y sus opiniones, podrían tener algunos inconvenientes políticos. Entre otras cosas nos ha merecido particular cuidado todo lo que escribe del carácter y deberes del príncipe, jefe soberano de la sociedad civil, y del carácter del hombre de gobierno y del ministro público; materia sumamente delicada y de grande odiosidad en el día, y que por no parecernos esencial al objeto primario de la obra hemos tenido por más conveniente omitirla del todo.»

En la parte relativa al estilo y al lenguaje corrigieron mucho en un cuaderno de ocho folios; pero como el editor estaba conforme en admitir las modificaciones y había empezado a hacerlas, no veían inconveniente en conceder la licencia. Sin embargo, hubo que comunicar la censura, introducir las modificaciones, apartar por los censores el original de los capítulos III y IV del tomo V (carácter y deberes del príncipe, jefe soberano de la sociedad civil, y carácter del hombre en gobierno o del ministro del príncipe) (1), lo cual retrasó la licencia hasta 4 de julio de 1798.

El tomo VII mereció censura favorable el 13 de abril de 1799, y se concedió licencia para su impresión con fecha 17 del mismo mes y año.

Vuelto Hervás a España a principios del año 1799 (2), e instalado en

---

(1) Se conserva el texto dentro del expediente anteriormente citado. Los publico en el tomo *Miscelánea conquense*: «Estudios históricos y literarios», vol. V de la *Biblioteca diocesana conquense* (en prensa).

(2) Caballero, obra cit., fols. 49 y sigts.

su pueblo natal, Horcajo de Santiago, envió desde aquí al Consejo un memorial, fechado el 4 de agosto, acompañando el original del *Apéndice* o tomo VIII de la *Historia del hombre*. D. Fermín Caballero afirma (1) haber sido censurado este volumen desfavorablemente por el padre Centeno y Joaquín Lorenzo Villanueva, y que por esto escribió el abate la carta al duque de Montemar, publicada al fin del tomo VII. También D. Fermín dice que escribió Hervás «una respuesta a la censura oficial; más ella y el original del tomo VIII pasaron a nueva censura, donde debieron extraviarse, pues al decir de los amigos del autor, era punto decidido que no se publicase».

El memorial decía: «Que en noviembre de mil setecientos ochenta y nueve, a dos meses después de haberse publicado el tomo primero de su obra intitulada *Historia de la vida del hombre*, el señor conde de Floridablanca, entonces primer secretario de Estado, mandó que se suspendiesen la venta de dicho tomo y la impresión de dicha *Historia*. Llegada esta noticia a Roma, en donde el suplicante residía y era conocido por sus producciones literarias, debiendo favor a su corte, el señor cardenal Celada, secretario de Estado del santo padre Pío VI, con noticia y aprobación de su santidad, escribió a monseñor nuncio en Madrid (ahora cardenal Vincenti) encargándole que a dicho señor conde hiciese presente la buena fama de la doctrina del suplicante, acreditada con aprobación común en veintidós tomos que en italiano había publicado sobre materias religiosas, éticas, políticas, civiles, físicas, etc., sin que en tantas producciones se hubiese oído censurar la menor proposición, y que, por tanto, pidiese a dicho señor conde que le proporcionase el modo de defenderse, respondiendo a cualquiera maligna acusación o interpretación equivocada que hecha del dicho primer tomo pudiera haber dado motivo para la suspensión de su venta.

»El dicho señor conde, adhiriéndose a la justa pretensión de monseñor nuncio, entregó a éste la censura larguísima que en once pliegos, contra la *Introducción* o *Prólogo* de dicho tomo primero, se le había presentado, y la entregó, dejando en blanco el nombre del censor, para que el suplicante respondiese a ella. Monseñor nuncio envió la dicha censura al señor cardenal Celada, que la dió al suplicante para que respondiese a ella, y después a su eminencia para que la devolviese con la respuesta; lo que prontamente ejecutó el suplicante, devolviendo la censura con su respuesta (que a este memorial se pone anexa en el número primero) al señor cardenal Celada, que luego la envió a dicho monseñor nuncio para que la presentase al señor conde de Floridablanca, cuyas ocupaciones y su salida de la Secretaría de Estado impidieron la publicación de su resolución, y aun hicieron desaparecer la respuesta a la dicha censura.

»Habiendo sucedido interinamente en dicha Secretaría el señor conde de Aranda, el procurador del suplicante le presentó memorial, en que indicando a su excelencia lo antes referido pedía que se levantase la prohibición de la

---

(1) Caballero, obra citada, pág. 98.



venta de dicho tomo y se permitiese la impresión de los demás. El dicho señor conde remitió este memorial al juicio de la rectitud de V. A., que en junio de mil setecientos noventa y tres, con sucesivas declaraciones, decretó «que corriese libremente el tomo segundo de la *Historia de la vida del hombre*, y que suprimiéndose el prólogo de su tomo primero corriese libremente su venta; y no conformándose su autor o su apoderado con la supresión mandada, se le diese traslado, *supreso nomine*, de lo expuesto por la Academia en veintiséis de noviembre del año pasado».

»El suplicante, acabado de llegar de Italia, desde donde poquísimo y con gran dificultad podía hacer para su defensa, y noticioso de la publicidad de las censuras que del dicho tomo de su *Historia de la vida del hombre* en el tribunal de V. A., y antes en el de la primera Secretaría de Estado, se habían presentado, como también de la extremadamente satírica censura que contra dicha *Historia* ha publicado un escritor, deseando satisfacer y responder plenamente a las objeciones y acusaciones que contra dicha *Historia* se han divulgado, comparece delante del tribunal de V. A. con el mayor respeto, veneración y confianza en su rectitud, esperando que con sus providencias, que el suplicante implora, satisfará al deseo y derecho que tiene para defenderse en circunstancias de ser acusado en tribunales y al público como escritor de máximas nocivas a su religión y al Estado. Estas acusaciones obligan al suplicante a humillar a la perspicacia, autoridad y justicia de V. A. los anexos manuscritos con que se lisonjea vindicar la rectitud clara de sus máximas, equivocadamente entendidas o interpretadas o maliciosamente impugnadas.

»Estos manuscritos son los siguientes: Número primero: *Respuesta apologética a la censura de un anónimo por orden de la superioridad*. Esta censura es la antes nombrada que se presentó al señor conde de Florida-blanca y se comunicó al suplicante por medio del señor cardenal Celada para que respondiese a ella.

»Número segundo: *Censura de la Academia de la Historia, con su respuesta*. Esta censura es la que, dada a veintiséis de noviembre de mil setecientos noventa y dos (como antes se dijo), se debía por orden de V. A., comunicar al suplicante para que pudiera responder a ella.

»Número tercero: *Respuesta a la censura que de varias proposiciones de la «Historia de la vida del hombre» ha publicado el Dr. Villanueva en su «Catecismo del Estado»*.

»Número cuarto: *Carta del suplicante sobre su tratado del hombre en sociedad, para declarar y vindicar lo que en este tratado se ha criticado*.

»Estos manuscritos el suplicante presenta y humilla a V. A., pidiendo humildemente y esperando confiadamente que V. A., ordenando la revisión de ellos y hallando favorable su censura, como el suplicante espera, permita su publicación con la de este memorial.

»Nuestro Señor llene de acierto y de prosperidad el gobierno de V. A. Horcajo, en la Mancha, 4 de agosto de 1799. -- M. P. S.: B. L. P. de V. A. Su más rendido y obediente súbdito.—*Lorenzo Hervás y Panduro*.»

El Consejo acordó enviar el tomo a informe de la Academia de la Historia, con nota de lo ocurrido y con el volumen primero impreso, con prólogo y sin él. Esto era con fecha 17 de septiembre de 1799. Por abril de 1801 salió Hervás para Cartagena, otra vez en dirección al destierro, y en julio de 1802 embarcó para Roma. La censura de la Academia se retrasó hasta el 2 de enero de 1805. Decía «que de los tratados que comprende sólo puede permitirse la publicación del último, que es una carta al duque de Montemar explicando cómo deben entenderse los principios y opiniones que adoptó en la obra principal, porque, aunque es un papel sumamente indigesto y pesado, no contiene errores. Pero los otros tratados, dirigidos a defender el prólogo de su *Historia*, no pueden imprimirse, ya porque habiéndolo prohibido el Gobierno deben estimarse comprendidas en la misma prohibición sus apologías, y ya también por estar escritas con la mayor inurbanidad y destemplanza».

De conformidad con este dictamen académico, se le concedió licencia (18 de marzo de 1805) para imprimir la carta al duque de Montemar, que imprimió como apéndice al tomo VII, y se le negó para lo demás.

La Academia llevaba razón: conservamos en el Archivo Histórico Nacional el texto de los tres primeros escritos que D. Fermín Caballero creyó perdidos, y no pensamos que hubiera añadido mucho a la fama del exjesuita la publicación de aquellas páginas, último reducto de su amor propio herido al verse censurado por personas de menos valer y cuyas plumas estaban guiadas por la pasión. El lector podrá juzgar de estas obras por los siguientes extractos:

\* \* \*

1. La *Respuesta apologética...*, en 57 folios (1), es de lo más pesado que pueda imaginarse gracias al método seguido, que consiste en poner el texto de la censura en una columna y en otra la contestación, párrafo por párrafo.

Advierte que contesta a la censura de una introducción o prólogo de 24 páginas puesto a una obra que tendrá a lo menos tres mil, y recuerda lo que sucedió al abad Tritemio con el prólogo o índice historial de su *Staganografia*. Tacha al censor de *malicioso e ignorante*, «epítetos modestísimos respecto de los que él usa blasfemando del autor como de un impío». No conoce el texto impreso del prólogo censurado, pero aun así confía en vencer al censor.

Habla el autor de su personalidad literaria, conocida en España desde 1787 en que había enviado a Madrid cinco tomos de su *Historia de la vida del hombre*, y en Roma, donde era conocidísimo, hasta el punto de haberlo eximido el padre maestro del sagrado palacio de la obligación de presentar sus ma-

---

(1) Está firmada en Roma, a 1 de enero de 1794.



nuscritos antes de imprimirlos, «para darle testimonio público de la aprobación de su doctrina». En la introducción de la *Historia* descubría el censor «casi tantas impiedades como palabras». «O el autor está loco —y no da pruebas de ello en su reciente obra *Analisi filosoficoteologico della natura della carita* (1792), publicada con casi universal aprobación de los teólogos y filósofos de Italia—, o el censor, si no está loco, es un ignorante y malicioso.»

A la tacha de confusión en el plan contesta el autor diciendo que tal asunto es para que lo tenga en cuenta el lector o comprador, y justifica su plan en la edición española.

Como el censor principiase su párrafo con las palabras «yo no entiendo...», le replica Hervás agriamente: «El que le ordenó la censura no le ordenó que censurase lo que no entendía.»

Defiende, en contra de la opinión del censor, la utilidad de la lengua cántabra, y cita los testimonios de Juan Uphagen (*Collectanea de rebus hibernicis*, Dublin, 1783, pág. 171), de Gili (*Saggio di storia americana*, Roma, 1784, pág. 7), de Lanzi (*Saggio di lingua etrusca*, Roma, 1789, I, 25), de Spagni (*De signis idearum*, Roma, 1788, pág. 169), todos los cuales alaban la labor lingüística de Hervás. Además, algunos eruditos rusos quisieron comprar al autor sus manuscritos inéditos sobre lenguas al precio que les pudiese, a lo que no accedió, «por hacer el servicio (ridículo, en la opinión del censor) de regalarlos a España». «El vasco —termina diciendo— no es erudito porque en esta lengua haya libros eruditos, sino porque su conocimiento sirve para escribir libros de gran erudición.»

Como el censor le tachase de vano y presuntuoso, de espíritu fuerte y librepensador, Hervás le replica diciendo que sus obras las han leído obispos, cardenales y el mismo papa; el cardenal Vitaliano Borromeo es testigo de que uno de esos espíritus fuertes dijo, siete años atrás, «que entre católicos y acatólicos ninguno mejor ni más filosóficamente que el abate Hervás había demostrado contra los ateístas los hechos de la creación del mundo, del diluvio, de la dispersión de las gentes y de la confusión de las lenguas, que se refieren en el *Génesis* y comprueban la religión revelada».

Aplaude el censor la recomendación que Hervás hace de la *Colección de cánones antigua española*: «todos deseamos verla, aunque fuera sin las observaciones del docto Andrés Burriel». Nuestro autor contesta dolido: «No merece ningún desdén el dar noticia de un docto autor, y el único que ha hecho observaciones sobre la antigua colección española de cánones.»

Justifica Hervás el uso de su segundo apellido Panduro en obsequio de su tío fray Antonio Panduro, muerto en 1790.

Una disquisición acerca de la autoridad de San Agustín hace sospechar que el censor era agustino. «El autor —dice—, sin nombrar ninguna de las equivocaciones de San Agustín, que señalan Cano, Villavicencio, el Tostado, Bolgeni y otros muchos teólogos, para su fin justísimo usó la moderadísima expresión de decir que las *Retractaciones* de San Agustín, y lo que el santo doctor había dejado sin retractar..., prueban que él era hombre y no oráculo en la fe.»

«El autor confiesa ingenua y sinceramente haber dicho o escrito que todos nacemos iguales y que son espurias las denominaciones de noble y plebeyo.» En esto siguió a San Gregorio Nacianceno, cuyos textos cita, y luego prosigue:

«La naturaleza, imitando a su Supremo Autor, no distingue méritos particulares en algunas de sus producciones. Ella no hace nacer riendo, o con el toisón, o armados de caballeros, o de mitras y tiaras a los hijos de los nobles o ricos; ni hace nacer con la azada a los hijos de los pobres; las madres de éstos los dan a la pública luz con los mismos dolores que experimentan en el parto las madres de los hijos nobles o ricos. La naturaleza, al morir los nobles o ricos y los plebeyos o pobres, no envía a éstos encarcelados o esclavos a las oscuras concavidades en que reina Plutón, ni embarca a aquéllos para llevarlos a gozar de las fingidas delicias de los Campos Eliseos. Ella, a todos los hombres que entran o salen de la vida mortal presenta dos puertas igualmente anchas y altas, que son la del nacimiento y la de la muerte.

»En el umbral mundano de la puerta del nacimiento están los honores, las riquezas, la pobreza y la miseria, que no son producciones de la naturaleza, sino parto de la industria o del descuido de los hombres y reliquias o efectos de los primeros castigos, fortuna o desgracia de los antepasados. En el umbral de la eternidad, en el que se entra al haber pasado por la puerta de la muerte, está la eterna justicia, con los irrevocables decretos o sentencias de los premios o castigos, que nunca acabarán. En este sentido claro y sano, que la malicia no podrá jamás oscurecer ni viciar con siniestras y falsas interpretaciones, el autor, afirmando que todos los hombres nacen iguales, dijo en esta expresión y en su sentido claro una verdad o un dogma filosófico, civil o cristiano, que desde que hay hombres no se ha contrastado ni interpretado siniestramente, sino solamente por el censor.»

.....

Recuerda, no obstante, Hervás que en su tratado del hombre en sociedad da a la nobleza de sangre un papel preeminente en el gobierno de los pueblos y hasta propone un sistema nuevo de nobleza civil, desconocido en Europa y utilísimo para premiar el mérito personal, con honor de las familias y con utilidad de la sociedad. En tomos manuscritos, presentados en la Secretaría de Estado, desarrollaba sus doctrinas, y apenas surgió la revolución francesa se apresuró a borrar las proposiciones y aun párrafos que pudieran haber sido mal interpretados por los lectores.

Defiende ampliamente su sistema sobre la sociedad civil, en el cual la nación es «una gran familia civil en que los hermanos mayores tienen las primogenituras o mayorazgos civiles, gobernando a los hermanos menores en nombre y con jurisdicción y poder del gran padre», trasladando así al soberano de la nación los derechos inviolables y sagrados que la naturaleza y la religión reconocen en los padres naturales respecto de sus hijos. Y justifica la adopción de este sistema, no por lisonjear a los soberanos, que ni siquiera leerán sus obras, ni por ambición de honores mundanos, a quienes cerró la puerta postrado a los pies del altar, sino para dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Explica al censor, tachado mil veces de ignorante, la diferencia entre los mayorazgos en la sociedad civil y los mayorazgos en la vida doméstica; a estos últimos los juzga nocivos, «porque impiden el aumento de la población, son causa de muchos desórdenes contra la sociedad y religión y acarrean la pobreza». Tampoco es partidario de la vinculación familiar de los cargos públicos, y cree que una de las causas de la revolución francesa hay que buscarla en la sucesión hereditaria de los empleos parlamentarios.

Continúa explicando las relaciones mutuas entre el soberano y los súbditos, derivadas del juramento de ambas partes, discurriendo acerca del origen de la soberanía y de si es lícito y conveniente deponer al tirano. En la cadena cuyos eslabones son los súbditos y el soberano, no puede faltar éste sin que la cadena se rompa, y el quitar del poder a un tirano trae más graves consecuencias que su funesto mando, pues sume a las sociedades en la anarquía, «istmo por donde se pasa de un gobierno a otro». Ya afirmaba que en todas las naciones que mudan de sistema de gobierno «sucede que los frutos buenos que pueda producir el gobierno nuevo se gocen solamente por los que nacerán después de la mudanza de gobierno, y que los vivientes sean infelices por el entusiasmo de hacer menos infelices a los que no han nacido». Esto costará muchas muertes de inocentes y el despojo de los bienes de otros muchos, como sucedió en la revolución francesa.

Como al censor le parecieran pocas atribuciones las que Hervás daba al soberano, considerándole como padre, hace el autor una briosa exposición de las prerrogativas del padre entre los romanos, los chinos, los católicos, etc. «En el mundo civil de paganos, mahometanos y cristianos — termina —, hasta ahora ninguno, sino el censor, había dudado y menos pronunciado que los derechos naturales y religiosos de la paternidad y el título de padre no sean el timbre más glorioso que la tierra y el cielo puedan poner sobre la corona de los soberanos.»

Termina haciendo vivas protestas de su fe y de su patriotismo. «Arrancado — dice — del seno de la nación, arrojado fuera de ella y desechado de sus naturales, debió necesariamente pasar a países extraños, entre quienes vive; mas no por esto se ha olvidado de sus nacionales, ni en los escritos que humildemente les presenta les anuncia doctrinas nuevas o extranjeras.» Escribe, aunque se reconoce el último de la sociedad religiosa y civil, porque la razón y el dogma revelado le dicen que debe traficar con su talento para mostrar las ganancias al Supremo Juez en el momento de rendirle cuentas. «Estrujando y agotando su escaso talento, algo fecundizado e ilustrado con el estudio de las ciencias en la catolicísima Universidad complutense, y no corrompido ni maleado con doctrinas extranjeras poco puras, vuelve a la nación española la doctrina que de ella recibió.»

\* \* \*



II. La *Censura de la Academia de la Historia*, con su respuesta, es más breve (cuatro folios), y contesta una por una a las objeciones que la docta Corporación le va haciendo (1).

Manda la Academia suprimir el aserto de Hervás de que faltan en los países católicos premios para estimular el estudio de las lenguas orientales. Subraya el autor el hecho de que en Roma solamente se estudia el griego y el hebreo, pero no el caldeo, samaritano, árabe, etiópico y copto. Si faltan cátedras, dice, para enseñar los idiomas, ¿habrá premios para los que los aprendan? Y otro tanto sucede en casi todas las demás Universidades católicas.

Defiende su afirmación de que «hoy un cavador disputará de política y quizá superará en ella a los siete sabios de Grecia», basándose en los adelantos que en materia de cultura general se habían hecho en su tiempo, y poniendo de relieve algunos casos, como el de Herschel, «simple soldado por profesión, después músico y últimamente anteojero, que ha hecho en pocos años más descubrimientos astronómicos que antes en dos siglos se habían hecho por los más insignes matemáticos». Otro tanto ocurriría en ciencias políticas: los llamados sabios de Grecia se confundirían hoy con el vulgo ignorante, y no se explicaba Hervás qué interés podía tener la Academia en defender a tales sabios.

Responde en los demás puntos a la censura «prudente y política» de la Academia, obligada a juzgar por dos tribunales, donde se discutía acerca del libre curso de su prólogo, falta poco considerable. La Academia creía la obra total «de muy buenas máximas y útiles observaciones en lo físico, moral y literario».

\* \* \*

III. La *Respuesta a la censura... en la obra intitulada «Catecismo del Estado»...*, por J. L. Villanueva (Madrid, 1793), fué escrita «por condescender con el placer e instancias de algunos que la desean», violentándose el abate en su genio, poco amigo de contradecir a nadie y más propicio a la retractación de sus equivocaciones (2).

Villanueva atacaba a Hervás suponiendo que éste admitía la distinción en el hombre de dos personajes, uno moral y otro político, que pueden obrar diversa y aun contradictoriamente, afirmación contra la que Hervás se revuelve y cuenta la anécdota vulgar de aquel noble de muchos apellidos que buscaba cama en un mesón, al cual hubo de contestar el mesonero que no había en la posada camas para tantos personajes.

Claro es que fundada la censura en este supuesto falso, había de caer fá-

---

(1) Fechada en Horcajo, a 30 de julio de 1799.

(2) Fechada en Horcajo, a 20 de julio de 1799.

cilmente por su base. La contestación de Hervás, en tres artículos con 55 párrafos, resulta prolija y de enfadosa lectura. Es de notar el pasaje en que cuenta las prácticas jansenistas de crearse sacerdotisas, copiando las noticias que daba Mine. Mol, sobrina del abate Duguet (*Journal des convulsions*, página 12), acerca de la Dantoni, famosa por el modo con que celebraba los sagrados misterios. Termina con un violento ataque contra los jansenistas, a quienes parecía defender algo Villanueva (1).

## B.—ANÁLISIS FILOSÓFICOTEOLÓGICO DE LA CARIDAD

Cuando ya iba muy avanzada la impresión de la *Historia del hombre* quiso Hervás publicar en castellano la obra que apareciera en Foligno, 1792, con el título de *Analisi filosofico-teologico della natura della carita*. Para ello su representante, Manuel Alonso Rodríguez, pidió al Consejo la oportuna licencia (2).

Enviada la obra al vicario eclesiástico de Madrid, el censor contestó negativamente. El autor —leemos en la censura larga y farragosa— «huyendo, como él dice, del error de los quietistas que exigen de nosotros amor puro de Dios, sin respeto a la utilidad que de él nos resulta..., se despeña en el extremo contrario de no admitir en nosotros amor de Dios que no nazca del deseo de nuestra propia felicidad, dando por cosa muy segura que la voluntad del hombre ni ama ni puede amar a Dios absolutamente por sus perfecciones y atributos, mas sólo por respeto a sí mismo. Esta doctrina, tan ajena de la religión, la adopta enteramente el autor y pretende probarla en su obra, admitiendo solamente como objeto de la caridad a Dios benéfico, mas no a Dios bueno y perfecto en sí mismo».

Cita pasajes en prueba de este aserto, y continúa: «Aunque esta doctrina en sí misma trae el sobrescrito de la extravagancia, de la novedad y del error, como contraria que es al común sentir de la Iglesia y al lenguaje universalmente recibido en las escuelas católicas, de suerte que esto sólo bastaba para mirar con espanto este libro, sin embargo, para cumplir con el encargo de V. S. expondré los fundamentos que tengo para desaprobar este sistema y las consecuencias de él que muestra el autor en su libro.»

Va fundando su argumentación en textos de San Agustín, de Santo Tomás, de fray Luis de Granada y de Bossuet. Repite la afirmación de Hervás de que en la Sagrada Escritura no hay texto que indique que se ha de amar a Dios por sí mismo, citando los textos pertinentes. Y con indigesta erudición va sacando a glosa los pasajes de libros y autores que vienen a su propósito, tales el Catecismo Romano, fray Luis de Granada, fray Luis de

(1) En el tomo citado, *Miscelánea conquense: Estudios históricos y literarios*, en prensa, publico amplios extractos de estas obras de Hervás.

(2) Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla, *Impresiones*, leg. 5.562, núm. 95.

León, el padre Baltasar Pacheco (*Sobre el Pater Noster*). Lo tacha de pelagiano por afirmar «que en el hombre no hay más que aquel solo amor bueno que le da su propia naturaleza», para evitar el maniqueísmo de los que enseñan dos amores, uno bueno y otro malo.

Después de analizar en detalle otros muchos pasajes concluye lamentando: que desprecie y denigre a los escritores que no admiten su teoría, y los tilde de opositores al ejercicio de la virtud, de corruptores del corazón de los devotos, de quietistas y aliados de los filósofos, etc. «Para el autor los que con Santo Tomás y con todas las escuelas católicas dicen que hay amor de benevolencia distinto del amor interesado, y que la caridad corrige al amor propio, y que la atrición y la contrición no proceden radicalmente del amor propio, sino de la gracia del Espíritu Santo, y que no es el amor propio, sino el don de Dios el que hace al hombre justo y bienaventurado, digo que los que, adoptando estas doctrinas católicas, creen y enseñan lo que enseña y cree la santa Iglesia, esos son para el autor los rigoristas, esos los sectarios, esos los fariseos, esos los que pretenden hacer infelices a las naciones.»

Lo critica también por la poca moderación y caridad cristiana y hasta falta de cortesía al juzgar a muchos autores en materia controvertible.

«No llamo yo hereje a su autor; téngole por católico, y como tal le venero, y quisiera verle muy lejos de las extravagancias en que le precipita el amor de la novedad, o tal vez el no meditar lo que escribe. Mas no quiera Dios que el amor que profeso al autor me ciegue para no ver sus yerros, y más en un libro que pretende imprimir y de cuya publicación resultaría injuria a la buena memoria de muchos escritores católicos, descrédito a la doctrina de la caridad por Jesucristo y admitida en las escuelas, turbación y tal vez ruina a los fieles, los cuales, leyendo este libro, necesariamente habían de concebir ideas falsas y erróneas acerca de la gracia de Jesucristo, de la caridad y de la concupiscencia. Y aunque en el estilo redundante, embrollado y falto de método que observa el autor, suele mezclar verdades con falsedades, como las falsedades hieren el tronco y la raíz, siempre queda viciado el libro en el fondo de su sistema. Es como los enfermos que tienen inficionada toda la masa de la sangre. Y así aun sus errores, no los hallo en estado de poderlos corregir.»

Y aun pasando los defectos de lenguaje y hasta algunos errores que señala, entiende que debe negarse la licencia para imprimir este libro.

En vista de tal censura, el Consejo manda que se excuse la impresión (28 de enero de 1797). Y como el autor deseara conocer las faltas que le señalaban, se le envía copia a 19 de febrero.

Hervás contesta al censor en memorial dirigido al Consejo y fechado en Roma a 15 de febrero de 1798. Aunque cree que «se necesitarían muchos pliegos para enumerar los extravíos, inconsecuencias y equivocaciones con que se ha tejido la censura, no entra en este detalle».

«El revisor llama *nueva* y *errónea* la doctrina de dicho volumen; ella es literalmente la del anejo tomo italiano, impreso, no el mundo de la luna, no en países de paganos o de anticatólicos, no a escondidas, mas públicamente en



el centro del catolicismo, a vista y noticia del que es su cabeza sagrada.» Dedicado a monseñor Roverella, oidor entonces del Papa y ahora prodatario.

«El tomo está escrito en Roma, como lo dice claramente la fecha de su dedicatoria, y notorio es a todos los literatos que libros escritos en Roma fuera de ella no se pueden imprimir (bajo la pena de excomunión y de confiscación de lo impreso) sin licencia particular del Papa o aprobación de su maestro del sagrado palacio; con esta licencia y con nueva revisión del obispo y de la Inquisición de Fuligno el libro se imprimió, como consta de su última página, en que se pone la dicha revisión.

»El dicho tomo italiano se imprimió en circunstancias de haberse publicado, entre los años de 1786 y 1792, once o más tomos en Italia por diversos autores (que son Bolgeni, Mozarelli, Regono, Cristiani, Cortés, etc.) sobre su doctrina y opinión, con contrariedad de pareceres, como lo hacen ver sus obras, en que unos a otros se impugnan.

»El año 1792 se publicó la obra italiana del suplicante, y ninguno, no solamente no la ha impugnado hasta ahora, mas ni ha vuelto a escribir sobre su opinión. Cesó en el dicho año 1792 toda discordia literaria, y se dejó triunfar pacíficamente la opinión del suplicante. Estos hechos son ciertos, son notorios a todos los literatos de Italia y de los países vecinos.

»Es también notoria a toda Italia la retractación que Cristiani, uno de los autores antes citados, hizo publicar en la *Gaceta Eclesiástica* por haber impugnado como herética la opinión de Bolgeni, que es la del suplicante...; en ella el dicho autor confiesa arrepentido que había impugnado la dicha opinión cuando era de un *partido rebelde al supremo y único vicario de Jesu Cristo.*»

Para defenderse de la tacha de novedad con que el censor le ataca cita las autoridades de Malebranche, «uno de los teólogos más metafísicos del siglo pasado»; de Massoulie, vicario general de la Orden de Predicadores; de Bossuet, (juzgada favorablemente por Benedicto XIV), y de Du-Plexis, que defendieron esta doctrina, como también la seguían los modernos Casiano Fenici, Eusebio Amert y Silvano Regis.

Insiste en que es una opinión discutible, y «como tal se defiende o impugna por diversos autores, de los que cada uno alega a los santos padres en su favor».

Con este memorial acompañaba un ejemplar de la obra en italiano (5 de mayo de 1798). Todo volvió a pasar al censor. El cual dijo que «dicho autor, extendiéndose en quejas y declamaciones vagas contra la reprobación de su obra, se desentiende enteramente de las gravísimas causas que para ello se alegaron en la citada censura. Y así, como no responde directamente ni da satisfacción a los cargos, vuelve a quedar este expediente en el estado que tenía antes que al D. Lorenzo Hervás se le diese traslado de la censura contra su libro, la cual deberá regir mientras este autor no responda con individualidad a los cargos que en ella se le han hecho».

«El haberse impreso antes este libro en italiano y con la aprobación y autoridad necesaria, nada prueba a favor de la traducción que presenta; antes

bien, mientras no satisfaga el autor a los cargos de la censura debe tenerse por comprendido en ella el original impreso no menos que la traducción castellana que desea imprimir.»

No se conserva en el Consejo el original de esta versión incluido entre los manuscritos que Hervás dejó en España en 1802, según Caballero (1), y que no se sabe dónde fué a parar.

### C.—CATÁLOGO DE LAS LENGUAS DE LAS NACIONES CONOCIDAS

Desde 1784 circulaba entre los doctos esta obra en su original italiano. La fama que a Hervás debió de darle su *Historia del hombre* llevó sin duda al librero Elías Ranz a imprimir en castellano el *Catálogo de las lenguas*; para hacerlo, según prevenía la ley, pedía licencia, como apoderado de Hervás, en julio de 1799 (2).

Se envió el manuscrito a la censura de la Real Academia de la Lengua, en la forma que está prevenido por punto general (27 de julio de 1799). La Academia acordó «devolvérsela a V. S., respecto de que el rey, nuestro fundador, en el artículo 5.º, capítulo V de los Estatutos de este Real Cuerpo, manda que la Academia rehuse examinar obras de fuera del Cuerpo, y que, en el caso que se viera precisada a admitir alguna, sólo dé su dictamen en cuanto al estilo, pero sin hacer censura formal, por lo cual no le es lícito responder a los puntos que exige el Supremo Tribunal» (2 de agosto de 1799).

La Sala, en vista de esto, le mandó la obra a D. Tomás Antonio Sánchez, quien contestó a 13 de agosto en carta autógrafa, que decía:

«Año y medio ha que tuve tal novedad en la vista que repentinamente me vi casi privado de ella, y al presente me hallo incapaz de leer de corrido una gaceta, aun valiéndome de los auxilios ordinarios.

»Por tanto pido a usted lo haga presente al Consejo para que se sirva dispensarme de la comisión de examinar la obra, que devuelvo, la que reconocería con gusto, así por complacer a S. A. como por la novedad y mucha erudición que en ella advertí cuando la leí en italiano.»

Entonces se envió a D. José Antonio Conde, paisano del autor, que la evacuó en estos términos:

«M. P. S.: De orden de V. A. he visto la obra intitulada *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, etc., escrita por D. Lorenzón Hervás y Panduro, en la cual trata de todas las lenguas conocidas antiguas, y modernas, y de las naciones que las hablaron y hablan, de sus orígenes, afinidad que tienen unas con otras y genio particular de ellas.

»Este trabajo, que pudiera haber sido ocupación de toda una Academia y que después de los desvelos de sus individuos apenas lograría una mediana

---

(1) Obra cit., pág. 159.

(2) Archivo Histórico Nacional: Consejo de Castilla, *Impresiones*, leg. 5.563, n. m. 47.

exactitud, ha sido tratada por el autor con la diligencia que todas sus obras; su memoria, secundada con una inmensa lectura, le ofrece cuanto se ha escrito sobre la materia; pero a pesar de su erudición, de su juicio y crítica, y aunque haya procurado con empeño informarse de las lenguas de tan diversas y apartadas naciones, como es poco y superficial lo que de muchas de ellas se sabe, superficial y poco es lo que de ellas dice. Para la perfección de esta obra es absolutamente necesario saber no sólo la historia antigua y moderna de cada país y nación de que se trata, sino también las lenguas de cada pueblo, las que de ellas han procedido, con distinción de los dialectos que usaron en cada tiempo. Además de esto es indispensable conocer las relaciones y equivalencias armónicas de las pronunciaciones, las de la escritura de unas mismas voces usadas en diferentes dialectos y en los diversos caracteres propios de cada uno de ellos. Este sería el medio único para conocer los orígenes de todas las lenguas y su afinidad, y de aquí resultaría el cálculo de los pueblos tan seguro como el de los números.

»El erudito autor, procurando cuanto le ha sido posible que su obra fuese completa, en su primer volumen compila quanto se ha dicho por varios escritores de las lenguas de América, y junta con prolijidad varias memorias y noticias de las misiones jesuíticas.

»En el segundo, en que trata de los pueblos de Asia, hay más noticias históricas; pero por necesidad falta exactitud en los conocimientos especiales de cada lengua. Lo mismo sucede en el tercero, en que trata de algunas de Europa. En este volumen termina y queda sin concluir el plan que se propone; sin embargo, en atención a que nada contiene contrario a nuestra santa fe católica, a las buenas costumbres, a las regalías de S. M. y leyes de estos reinos y que por sus noticias puede ser de utilidad, me parece que se le debe permitir su impresión y publicación. Así me parece, salvo siempre mejor dictamen.—Madrid, 18 de enero de 1800.—*D. José Antonio Conde*. (Firmado.)

En su vista se concedió la licencia en la forma ordinaria (22 de enero de 1800).

A 27 de diciembre de 1803 pide Ranz licencia para imprimir dos tomos más (se habían impreso tres). Conde la volvió a censurar y dijo que «en ella, como en las demás obras del autor, a pesar de su inmensa lectura y erudición, se notan muchas conjeturas paradójicas, suposiciones voluntarias y consecuencias sin fundamento en la historia; pero éstas, de tal naturaleza que no me parecen perjudiciales, ni en toda la obra hay cosa contraria a las buenas costumbres y regalías de S. M.» (14 de octubre de 1803.)

El Consejo mandó que pasase al fiscal, el cual opinó que «mediante lo que aparece de la censura de esta obra y por lo prevenido en 22 de enero de 1800, en cuanto a los primeros tomos de ella, entiende podrá el Consejo, siendo servido, acceder a la licencia que se solicita en la forma ordinaria».

Los tomos IV (iberos) y V (celtas) se publicaron en 1804. El VI (celtas y vascos) en 1805.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA

*Universidad Central.*

Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)



UN «MELÓLOGO» CURIOSO Y UNA «INTRODUCCIÓN»  
A OTRO MELÓLOGO

---

## LA ESCENA TRÁGICA «POLICENA»

Como ampliación del artículo que en esta REVISTA dediqué a los «melólogos» (número de abril último) me complace señalar la existencia de una obra perteneciente en lo fundamental a la misma índole por el número y variedad de momentos en que la música orquestal intervenía para subrayar la acción, pero característica, porque hacia el final la gran sacerdotisa canta un «recitado y aria».

Titúlase *Policena* la referida producción. Su libreto se conserva, manuscrito, en la Biblioteca Municipal, teniendo por autor a Fermín del Rey. La misma Biblioteca guarda, manuscrita igualmente, la música que para esa obra compuso D. Blas de Laserna.

A dicha «scena trágica» —como se calificó por el vate y el compositor— precedió una «Introducción». Para comenzarla hay «música dentro y se canta el coro siguiente»:

Venid a la tarea.  
Venid, no tardéis tanto,  
que ociosidad y vicio  
producen los trabajos...

La «Introducción» acaba con los versos:

... Vamos  
a dar principio al festejo  
con una pieza en un acto,  
y una tonadilla para  
que se prevenga entre tanto  
la nueva monologuista  
por quien a todos rogamos,  
no corte las esperanzas  
de este renuevo temprano  
algún huracán de aquellos  
que vienen en algún caso.  
Todos. Y disculpe a la osadía  
el anhelo de agradaros.

Al empezar la obra. Policena «admira el sitio, duda, pregunta y vacila, mientras se oye una corta sinfonía alegre.»

Las otras intervenciones orquestales se explican en el libreto del modo que reproducimos aquí:

«Música ruidosa y grave. Policena se pasea; luego reflexiona, decae su espíritu y prosigue.»

«Música lúgubre. Policena llora.»

«Música triste que expresa los sentimientos de la situación.»

«Música estrepitosa y festiva.»

Después «sale la gran sacerdotisa, que canta lo siguiente. Entre tanto Policena expresa sus sentimientos según lo que oye.»

La canción de la gran sacerdotisa a que se refería el anterior párrafo dice así:

(*Recitado.*) Infeliz Policena,  
para cumplir el término a tu pena  
ha decretado el cielo soberano  
que al gran Pirro de esposa des la mano...  
(*Aria.*) En tu arbitrio está sólo  
tu desgracia o tu suerte.  
Elige gloria o muerte;  
suavidad o rigor.  
Admita, pues, tu pecho,  
sin iras femeniles,  
ser víctima de Aquiles  
u ofrenda del amor.

Policena habla extensamente.

«Música fuerte que se disminuirá por grados hasta acabar, y entonces fuerte otra vez.»

Son en verdad curiosos los trámites que sufrió esta «scena trágica» al pasar por la censura. La persona encargada de su revisión por orden del inquisidor ordinario y vicario de Madrid y su partido, dice sobre su rúbrica sin firma: «Despáchese con las enmiendas que van puestas, y finalice cayendo muerta Policena sin herirse, sino poseída de la pasión que expresa en la pieza, y de ningún modo se represente el criminoso e injusto suicidio.»

El inquisidor declara: «Damos licencia para que en los teatros públicos de esta Corte se pueda representar la pieza que antecede, titulada *Policena* (omitiéndose las enmiendas), digo con las enmiendas que van puestas, y finalice cayendo muerta la nominada Policena sin herirse, sino poseída de la pasión que expresa en dicha pieza, y de ningún modo se represente el criminoso e injusto suicidio. Madrid y enero 21 de 1794.»

Fray Josef Puerta Palanco, por orden del corregidor Armona, revisa la obra y dictamina que se puede permitir la representación «supuestas las enmiendas que van hechas y observándose lo que se previene en la censura anterior».

Don Santos Díez González, en 24 del mismo mes y año, formula un extenso dictamen:

«... No hallo más reparo que la prohibición del juez eclesiástico, que en

su decreto manda: «que finalice cayendo muerta sin herirse, sino (son palabras del decreto) poseída de la pasión que expresa en la pieza, y de ningún modo se represente el criminoso e injusto suicidio.» A vista de un decreto semejante, ¿me quedará arbitrio para exponer mi dictamen? Me parece que sí, pues creo que el manifestar mi opinión no es faltar al respeto que profeso al Tribunal Eclesiástico ni oponerme a sus decretos, sino obedecer la orden del señor juez, que me remite a examen dicha pieza, a quien tengo obligación de informar según lo que me pareciere justo. Es, pues, indubitable que las personas deben obrar en las escena de modo que sus acciones no desdigan de sus respectivos caracteres, y no siendo así se faltaría a una de las leyes fundamentales del teatro. Por eso no haría mal el poeta que en caso de sacar a Achiles al teatro le representase inexorable, y a Medea feroz, etc. Del mismo modo, en la suposición de sacar al teatro a Dido y Catón y otros que fueron famosos en la antigüedad, ciega con la idolatría, por el suicidio, no pecaría por representar estos personajes quitándose a sí mismos la vida, como nos lo han representado algunos insignes poetas. El suicidio de Lucrecia ha servido de materia a muchos dramas, y nadie delató a la Inquisición a Calderón por haber escrito *Los aspides de Cleopatra*.

»Los gentiles, que dudaban de la inmortalidad del alma, o la creían bajo de torpísimos errores, sin tener idea clara de su felicidad o infelicidad eterna, no era mucho que estrechados en algún peligro, o preocupados de falsas ideas de honor, cayesen en el delirio de matarse a sí mismos. Y semejantes suicidios tan lejos están de inducirnos a su imitación que antes por el contrario sirven para hacernos conocer más y más la flaqueza humana cuando se halla destituida de las luces de la revelación y auxilios de la gracia divina, a la cual deben los cristianos el no caer en tales locuras y debilidades, que sólo tienen la apariencia de valor. Si el suicida fuese un personaje cristiano, y el suicidio se representase entonces como acción heroica, merecería, sin duda, la prohibición contenida en el citado decreto; pero me parece no merecerla en el caso de la presente pieza en que es una mujer idólatra la que se mata por librarse de dar la mano a quien aborrece, o de aplacar los manes de un enemigo de su patria y familia, siendo entregada al sacrificio. Como se la supone ignorante de la vida eterna y de las obligaciones de una persona, que en todos los lances se ha de poner en manos del Señor de la vida y de la muerte, no es de extrañar que prefiera morir a sus mismas manos antes que sufrir otra violencia más atroz en su concepto.

»De más de esto, si en el dicho decreto se llama «criminoso» y también «injusto» el suicidio, y se prohíbe por eso, ¿qué razón hay para que en él se mande que Policena se «caiga muerta» en fuerza de «estar poseída de la pasión que expresa la pieza», cómo se explica el decreto? La pasión que expresa la pieza es «coraje, rabia, despecho.» Y digo, ¿es acaso menos «injusta» y «criminosa» la muerte prevenida de coraje, despecho y rabia? ¿Absolvería algún confesor a una persona que muriese de rabia y despecho? Yo creo que tan «injusto» y «delincuente» sería esta muerte como la del suicidio. Con que si se prohíbe el suicidio, ¿por qué causa en dicho decreto se manda



representar la muerte rabiosa y desechada? Si no me engaño, es común opinión de los teólogos que las acciones exteriores, o la exterioridad de las acciones, no añade cualidad esencial que aumente su malicia intrínseca. Con que si en el citado decreto no se halla reparo en que se permita representar una muerte rabiosa y desesperada, tampoco le hallo en que se permita el suicidio, atendidas las circunstancias de la persona, de su secta y del ningún escándalo que puede causar en los espectadores, los cuales, al verle representar, podrán dar gracias a Dios porque con las luces del Evangelio les ha iluminado y sacado de la ceguedad que a los gentiles precipitaba en el frenesí del suicidio. Este es mi parecer, salvo el respeto que profeso a los decretos del Juzgado eclesiástico. Y el señor juez protector resolverá, como siempre, lo más acertado.»

Largo tiempo debió de meditar sobre este dictamen. Transcurrido cerca de un mes, el 17 de febrero, dice el corregidor: «Apruébese y representese con arreglo a lo que expresa el señor vicario eclesiástico en su decreto de 21 de enero último que antecede.»

\* \* \*

Para complementar mi anterior artículo sobre los «melólogos» señalaré que entre los manuscritos existentes en la Biblioteca Municipal hay una «Introducción» al monólogo *El poeta* y la *Scena muda*, escrita por Gaspar Zabala, con censura de septiembre de 1793.

En esta «Introducción» la escena representaba el interior del vestuario. Preséntase allí un rústico, a quien producían asombro los preparativos de la función, y se informa de las obras que iban a representarse, haciendo con tal motivo comentarios hijos de la incompreensión más absoluta. Por su parte, los diversos actores hablan también de los preparativos para la representación de las obras anunciadas. Allí se halla este fragmento:

VALLES. Vaya, chico, pues que empiecen  
el monólogo y no demos  
lugar a que nos le mande  
al modo que sabe hacerlo  
el que puede.

ANTÓN. Diga usted,  
¿qué es eso de «monolego»?

TORRE. Monólogo.

ANTÓN. Vaya; ustedes  
todo lo dicen en griego.  
¡Monólogo! Vaya, vaya.  
Llevo que contar yo al pueblo  
para días. A que naide  
me adivina allá que es eso.

- CUBAS. Hombre, es una relación  
que hace mi chico.
- ANTÓN. ¿Quién? ¿Pedro?
- CUBAS. Sí, imitando solamente  
al mimo que en un casero  
pasatiempo le hizo, y esta  
es la razón, porque espero  
que el público disimule  
en él cualquiera defecto...

Por todo lo expuesto en este y el precedente artículo, se comprenderá el interés, tanto literario como musical, que al investigador ofrecen estas curiosas manifestaciones del arte escénico español, un tiempo famosas y hoy olvidadas en absoluto.

JOSÉ SUBIRÁ.

## FELIPE V, CONTINUADOR DEL «QUIJOTE»

### UN CURIOSÍSIMO MANUSCRITO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Ha sido durante algún tiempo costumbre en nuestra Biblioteca Nacional el hacer al fin de cada año o curso académico un resumen del movimiento bibliográfico de aquel admirable establecimiento de lectura, el más importante y el más popular de España y de su capital.

Con motivo de este resumen o Memoria —que se hacía imprimir por el Ministerio del ramo— el director de la Biblioteca solía leer, en solemne sesión pública, un trabajo inspirado en las notas más salientes, nuevas o importantes del año bibliográfico.

Ahora bien —para ir llegando ya a lo que aquí nos hace al caso como contribución a la bibliografía cervantina en este momento— hace algún tiempo que repasando la notable obra de Rius *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, encontramos las siguientes líneas en la página 289 del tomo II:

«468. *Dom Quichote*. Tome 5.

»Fragmento manuscrito de una imitación del *Quijote* en francés, que se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid, señalado V, 117, formando un cuaderno de 55 páginas en 8.º, repartidas en seis capítulos. El epígrafe del primero dice: «*Avantures sur avantures*.» Es un conjunto de puerilidades, según manifiesta el Sr. Hartzenbusch, quien nos da la completa descripción de este manuscrito y el texto francés, acompañado de la traducción de dicho primer capítulo, en la *Memoria leída en la Biblioteca Nacional...* en 1871. (Madrid, Rivadeneyra, 1871, en 4.º, de 39 págs.)

»Debajo del renglón que en este cuaderno forma el citado epígrafe del capítulo primero, hay una cifra o signo que es cabalmente la usada por Felipe V, cuando sólo era duque de Anjou; la cual circunstancia y otros datos que presenta el Sr. Hartzenbusch le hacen sospechar que el autor de esta imitación del *Quijote*, hecha en 1693, fué aquel príncipe, que entonces contaba diez años.»

Poco tiempo después, con motivo de nuestras pesquisas en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional para estudiar directamente el pequeño códice señalado por Rius —en cuanto a su signatura, con entera exactitud— vino a nuestras manos, por felicísima casualidad, una de aquellas Memorias anuales de la Biblioteca a que antes nos referimos —precisamente la señalada por Rius— y en la cual, el admirable sabio y poeta que fué, don Juan Eugenio Hartzenbusch —a la sazón bibliotecario director de la Nacio-



nal— dedicaba su discurso de rúbrica a la descripción del interesante y casi desconocido manuscrito.

La clara exposición y el brillante análisis que D. Juan Eugenio hace del manuscrito dejan casi apurada la materia, y poco es lo que como conclusión puede añadirse. La rareza, en cambio, del folleto de Hartzenbusch, «Memoria leída en la Biblioteca Nacional en la sesión pública del... año 1871», edición no venal, a estas fechas agotadísima; el no haber visto nosotros, además, reeditado este trabajo en ninguna otra parte, nos mueve a reproducir íntegramente aquí lo que al asunto se refiere: lo uno, porque nos parece inmejorable el examen crítico del documento en cuestión; lo otro, porque la gloria del descubrimiento quede, como es de justicia, en quien lo llevó a cabo, contribuyendo nosotros no más que a remozarlo, desempolvando del olvido su trabajo y completándolo —en cierto modo— con la transcripción íntegra del manuscrito a que se refiere.

Dice así D. Juan Eugenio Hartzenbusch en las páginas 9 a 19 de su archicitada Memoria:

«Hay entre los manuscritos de ella [Biblioteca Nacional], uno, seguramente no de los más curiosos, registrado ya en el *Ensayo de Biblioteca española de libros raros*, tomo II, página 134 del *Apéndice* a dicho volumen, apéndice que es en general un extracto, y a veces copia literal de nuestro índice de manuscritos, hecha por el Sr. D. Bartolomé José Gallardo, cuya nota dice únicamente: «*Quijote de la Mancha* (Don). Un cuaderno en francés.» Nuestro índice de manuscritos viene a expresar lo mismo. En efecto, es un libro o cuaderno de poco volumen, escrito en papel fuerte, con buena letra, no tan buena la tinta, bien encuadernado en tafilete azul oscuro, con cortes dorados, cuatro florecitas de lis, doradas también a los cuatro ángulos de cada tapa, y otras cuatro en el lomo, encubierta ahora la una con un papel reciamente pegado que contiene la signatura del libro en la Biblioteca: V, 117, lo cual quiere decir que el manuscrito lleva el número 117 entre los que se custodian en el estante señalado con la letra V. Las hojas o interior del libro no dan muestra de que lo hayan leído mucho, y sin embargo, de las cuatro puntas de las tapas, las tres no sólo están rozadas, sino rota la piel de la encuadernación, como de libro muy manoseado por fuera, y aun maltratado; lo mismo se advierte en los bordes de las tapas y en el plano de ellas; la polilla ha hecho también algún agujero en la parte más baja del lomo. Cruzan éste cinco resaltos o nervios, y entre el primero y el tercero, separadas por el segundo, hay estas cuatro líneas de versalitas doradas, cada línea de solas tres letras, porque no caben más en el escaso grueso del tomo:

D O M  
Q V I  
C H O  
T O. 5.

»Abierto el libro, se lee la siguiente portada:

*Don Quichote*  
*Tome V.*  
*(Don Quijote, tomo quinto.)*  
Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)

»Queda un gran espacio de papel en blanco, y abajo hay el número 1693.

»Es nuestro libro un manuscrito francés, en tamaño de octavo, mayor que el español, y consta de 55 páginas, más o menos llenas, una en blanco a espaldas de la 55, y dos después sin numeración, que comprenden la tabla de los capítulos del tomo, encabezada con este título:

*Table des chapitres  
de ce 5.<sup>e</sup>, Volume.*

»En el tejuelo, pues, en la portada y en la tabla se dice que el volumen que describimos es un *tomo quinto*; pero ni en la Biblioteca Nacional, ni en la de Palacio, de donde vinieron a la Nacional (entonces Real, o Librería del Rey) los impresos y manuscritos de su dotación primera, por los años de 1711, se halla tomo alguno de los cuatro que faltan a este *Quijote*; sólo nos queda el último, y no es traducción del *Don Quijote* de nuestro país, sino obra original francesa, que no se extiende (queda ya dicho) a más que a 55 páginas, repartidas en seis capítulos, y el marco de las páginas comprende, ya catorce, ya quince renglones. Si cada uno de los cuatro tomos que faltan contenía cantidad igual de lectura que el quinto, claro es que no podían ser traducción exacta de nuestro *Quijote*; ni la tercera parte de él comprendieran. Si eran originales, y de mérito no superior al tomo que se conserva, no hay por qué lamentar su extravío: no hemos perdido cosa mayor.

»¿A qué, pues, podría decirse, ocupar la atención de la superioridad y de este respetable auditorio con la prolija descripción de un manuscrito de poca importancia?

»Manifestaremos el por qué.

»Debajo del renglón que en el mencionado cuaderno forma el epígrafe del primer capítulo, epígrafe reducido a tres palabras en francés, *Aventures sur aventures* (*Aventuras y más aventuras*, en castellano), hay una cifra o signo que consiste en una *A* mayúscula de carácter cursivo, cruzada con un rasgo a manera de *S*, o *F* o *D* echada hacia atrás, que arranca de la parte inferior de la *A*, y forma con ella como un número 8; y hay otra *A* de igual figura debajo del sumario de cada uno de los otros cinco capítulos, y otro, en fin, al remate de la tabla de ellos; y esta *A*, cruzada con la *S*, la *F*, la *D*, el medio 8 o el simple rasgo indicados, es cabalmente la rúbrica usual de Felipe V, que antes de ser rey fué *duque de Anjou*, apellido que principia con *A*; y la encuadernación del libro aparece adornada con las flores de lis borbónicas, y el tafilete es del color de la banda de Felipe V, y en la portada del cuaderno tenemos el número 1693, y Felipe nació en 19 de diciembre de 1683; de manera que en 1693 contaba sólo de nueve a diez años. Nuestro tomo V ¿sería un ensayo de narración francesa, un ejercicio de retórica de Felipe de Anjou, cuando era muchacho, cuando estudiaba? Procuremos averiguarlo.

»El manuscrito es anónimo, nada nos dice; el catálogo de la Biblioteca tampoco; D. Bartolomé José Gallardo no añadió noticia alguna en la copia que hizo de nuestro índice. La letra del manuscrito no es de Felipe ni de otro niño; es de mano firme, de un buen amanuense francés; la rúbrica parece hecha por el mismo



Rúbricas primera y última del M. S. de la  
Biblioteca Nacional,  
*Tomo quinto de Don Quijote.*



Rúbrica de S. M. D. Felipe V,  
tomada de un documento perteneciente al año 1701,  
de los que se hallan en el Ministerio de Estado.

que escribe el cuaderno; igual el corte de la pluma; la tinta, la propia; del examen, pues, del manuscrito que poseemos nada al pronto se saca en limpio. Pero no lejos de la Biblioteca, en el Palacio Real, en el Archivo del Ministerio de Estado, existe una colección de manuscritos que pertenecieron a la cámara de Felipe V, y no bajan de sesenta (1), ricamente encuadernados en tafilete, con flores de lis en lomo y en tapas, aunque mayores que las de nuestro códice, por ser mayor también el tamaño de aquéllos; y uno de estos últimos tiene la siguiente portada, de muy buena letra, en la primera plana escrita:

*Philipoj Ducis  
Andegavensium  
Themata  
a Calendis Octobris MDCCXCI.*

»La 1 en que termina esta fecha está como borrada o raspada, señal de que sobra. Debajo de la línea se halla la rúbrica de la A, igual a las siete de nuestro manuscrito, y debajo de la rúbrica el año 1690.

»En la primera plana de la segunda hoja principia el índice del volumen, concluye en la siguiente, y cerrando el índice aparece otra vez la rubrica de la A, escrita sin duda por la hábil mano de quien escribió el índice y la portada del manuscrito que citamos... y todo el nuestro.

»Con que tenemos aquí un manuscrito del duque de Anjou, a la edad de seis años, señalado con su rúbrica, bien que formada por mano ajena. No se puede suponer que un escribiente usara para sí la firma de su amo; se puede, sí, creer con más fundamento que la pondría como estampilla hecha con pluma; y así debere- mos entender que la rúbrica viene a ser la confirmación de la portada, en la cual se nos dice en latín que aquellos son *temas* o ejercicios literarios de *Felipe, duque de Anjou*. En el año 1690 no había en el mundo más duque de Anjou que el que diez años después fué rey de España.

»Lo que la portada de dicho volumen expresa en latín lo repite otro en francés, titulado *Versions (Traducciones)*. Tal voz se lee en el tejuelo del volumen (uno en 4.º) y en la primera página de él, *Versions de Philippe Duc d'Anjou, depuis le premier jour d'octobre, 1690*. La segunda página contiene la tabla de lo contenido en el libro, que son varias metamorfosis de Ovidio; la letra de la tabla es la del manuscrito de la Biblioteca; la letra de las traducciones, como la de los temas (*themata*), es de otra mano: forma desigual, insegura, clara sí, pero no muy bella.

»La tapa izquierda del libro lleva este principio de inscripción en letras doradas:

VERSIONS  
DV  
SERENISSIME  
PRINCE;

y en la tapa de la mano derecha se completa la inscripción diciéndose:

PHILIPPE  
DVC  
D'ANIOU  
M. D. C. L. XXXXI.

(1) He debido el favor de reconocerlos a la benévola amistad del Ilmo. Sr. D. Francisco Millán y Caro, del señor archivero D. Félix de Pereda y López y del Sr. D. José Alcalá Galiano. (N. de Hartzzenbusch).



»Otro tomo hay de *Versiones* francesas, correspondientes al año 1692, marcado en el tejuelo con el número II (de numeración romana), también con portada y tabla escritas por la propia mano que el código de la Biblioteca, y al fin de la tabla también la rúbrica de la A.

»De la misma letra y del mismo año 92 hay en el citado Archivo otros dos tomos de *Versiones* (el tercero y el cuarto), otro tercero de *temas*, cuatro, sin nota de año, de los *Comentarios de César*, traducidos al francés; uno de la historia del Patriarca José, otro de *Judit y Tobías*, otro de *Los oficios* de Cicerón, uno de *Catecismo*, otro que principia con la *Vida de San Eutimio*, en latín; otro, en fin, en folio y en idioma francés, con este tejuelo:

HIS. D'ESPAGNE  
DE  
MARIANA  
TRADVIT EN  
FRANÇAIS  
PAR SA  
MAIESTE  
TOM. I.

»El traductor era ya rey entonces; la letra es la del esmerado calígrafo que trasladaba en Francia los manuscritos del niño duque, Felipe de Anjou, y les ponía portadas e índices; debió, pues, venir a España con su señor, circunstancia que, ayudada de otras, parece indicar la persona de un M. Laroche llamado aquí D. Claudio La Rocha (1), que fué muchos años secretario de la estampilla (2). Conocemos ya la letra del copiante; la de Felipe, aunque no dejó firmado ni con su nombre ni con su rúbrica ninguno de los volúmenes de que tratamos, resulta identificada en ellos por la comparación de dos; en el primero de los cuales, que comprende ejercicios de *Aritmética*, y lleva este título en francés (*Aritmétique*) en el tejuelo, se leen en dicho idioma estas frases, al folio 14 vuelto: *Yo nací en 19 de diciembre de 1683* (3). Ésta, como ya hemos apuntado, es la fecha del nacimiento de Felipe de Anjou; no está firmada la nota; pudo ser escrita por cualquier otro que viese la luz en el mismo día y año; pero en uno de los tomos intitulados *Versiones*, cuya primera hoja principia con el epígrafe (4) *La guerra de Holanda*, hay unos como apuntes históricos, o más bien un elogio de Luis XIV. y refiriéndose al rey, se encuentra allí una declaración equivalente a firma del elogiante (5). «Esto es (dice) lo que he querido *tocar a la ligera*, a fin de que, animado por las grandes acciones que he referido, pueda algún día imitar la virtud de *mi abuelo* y hacerme dig-

(1) Nombrado ayuda de cámara del rey D. Felipe V en 21 de febrero de 1701. Noticia debida, con otras muchas, al Sr. D. Crisanto Francisco Puchol, oficial del Archivo del Real Palacio.

(2) Hay en el Archivo del Real Palacio minutas de D. Claudio La Rocha; la letra es, o parece, la misma de nuestro tomo V de *Don Quijote*.

(3) «Je suis né le 19 décembre 1683. Nous sommes au 12 feurier 1697. La différence est 13 ans 55 jours..., de sorte que j'ai 13 années.»

(4) *La guerre de Hollande.*

(5) «Voilà ce que j'ai voulu *toucher légèrement* de l'histoire du roy, à fin qu'étant encouragé par ses grandes actions que j'ai racontées, je puisse quelque jour imiter la vertu de mon ayeul et me rendre digne d'un si grand prince quand l'âge me le permettra.» (N. de Hartzzenbusch).

no de tan gran príncipe cuando la edad me lo permita.» El nieto de Luis XIV, que escribía estas líneas, era el que había declarado en su cuaderno de cuentas haber nacido a 19 de diciembre de 1683; nieto nacido en tal año y en tal día no se le conoce a Luis XIV otro que Felipe, duque de Anjou. Más: en la Biblioteca de Palacio, sala 2.<sup>a</sup>, estante letra I, plúteo (tabla u orden) 5, hay un tomo en 4.<sup>o</sup>, bien encuadernado en pasta, con adornos dorados, iguales a los manuscritos de Felipe V existentes en el Archivo del Ministerio de Estado; el tejuelo del libro dice *Compositiones latinæ*; en su guarda izquierda hay una tarjeta pegada, en la cual se lee *Biblioteca del Rey N. Señor*; en la primera hoja siguiente no hay más escrito que un nombre abreviado y un número, *Philip. V*; dicho libro principia: *Philippus audax dictus...*, y concluye *Joannem filium majorem reliquit*; y hay dentro del tomo una papeleta suelta, señalada con el número 1.402, que nos da estas palabras en latín y en castellano: *Compositiones latinæ. Manuscrito, al parecer, del Sr. don Felipe V.*—Como lo que le pareció al redactor de la nota es precisamente la misma verdad, traemos en testimonio su parecer.—La letra, en fin, de este libro, la de las mencionadas versiones, la de la nota en el libro de *Aritmética* y la de la renuncia de Felipe V en su hijo D. Luis, la cual sí está firmada (1), es mas o menos gruesa, más o menos cursada, ya de muchacho, ya de varón, pero siempre de un mismo individuo: Felipe, después llamado *El Animoso*.

»Una dificultad ocurre naturalmente aquí. Educado Felipe con la moral cautelosa que conviene para formar un príncipe cristianísimo, no parece probable que le dejaran sus maestros leer ninguna de las varias traducciones que al francés se habían hecho ya de nuestro *Don Quijote*; la lectura del *Ingenioso Hidalgo* no es para niños. Sin embargo, un docto eclesiástico español imprimió en Madrid, años ha, un *Quijote para los niños*, aligerado, simplificado, añinado, por decirlo así, y reducido a un solo volumen; pudo antes haber en Francia quien hiciese reducción parecida. Pudo el niño duque de Anjou haber visto en cuadros, en tapices o estampas aventuras de Don Quijote; haber preguntado qué representaban aquellas figuras; haber querido conocer el *Quijote* y habérselo extractado en cuatro tomitos o cuadernos alguén para que tomase cierta idea del libro, sin los lances cuya lectura no conviene a los pocos años (aunque yo sé quien lo leyó cuando todavía no contaba los ocho); pudo, en fin, el príncipe niño, sabiendo ya algo de Don Quijote y de su escudero, de Sansón Carrasco y Dulcinea, de paladines y de gigantes, urdir, a imitación de lo que sabía, un trozo de fábula, introduciendo en él leones y tigres en medio de la Mancha, y un verdadero gigante que fuesen vencidos por Don Quijote. Ninguna de estas suposiciones parece inverosímil, y la principal menos, porque entre los trabajos originales del futuro Felipe V hay alguno de más importancia, señaladamente un paralelo entre César y Alejandro, en que se da la preferencia al rival de Pompeyo; los príncipes tienen siempre auxiliares, y en los manuscritos de Felipe hay hojas de su letra con muchas enmiendas, que ni son del duque ni de su secretario de la estampilla. Si mis suposiciones van puestas algún tanto en camino, curioso es verdaderamente y singular ver a un extranjero prendarse a los diez años quizá no cumplidos del mejor libro de entretenimiento que produjo España, aquel país enemigo de Felipe a la sazón, aquel adonde no presumiría él entonces venir a reinar siete años después. Tampoco pudo Cervantes imaginar que entre los imitadores de su maravillosa fábula vinie-

(1) Existe en el Archivo del Ministerio de Estado, en borrador y en limpio; está en francés. (N. de Hartzenbusch).

se a contarse uno, príncipe por sangre y poseedor luego por herencia de la monarquía que se dilataba desde Monserrat al Vesubio, de Mallorca a Luzón, de uno al otro hemisferio. Propio es de príncipes honrarse entre sí; el nieto de Luis XIV honraba al príncipe de nuestros ingenios. Niños manoseaban en la época de Cervantes (él mismo lo afirma) el libro de *El Ingenioso Hidalgo*; las rozaduras exteriores de nuestro código provienen quizá de que su regio autor manejó, manoseó demasiado su obra, convertida en juguete, para él predilecto. El prudentísimo Cide Hamete dijo al despedirse de su mágica pluma: «Aquí quedarás colgada de esta espetera..., adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte.» Probablemente no leería Felipe la traducción de esta grave cláusula, que se omitiría en el breve extracto que se le hiciera del *Don Quijote*; pero antes el benigno filósofo arábigo y manchego había declarado ya que los niños no agravian. En fin, Cervantes concluyó el penúltimo capítulo de su libro inmortal dejando a Don Quijote enfermo en la cama, y el duquecito de Anjou principió su obra de empalme con el capítulo siguiente...»

Llegando aquí, D. Juan Eugenio inserta la transcripción francesa y la traducción castellana del primer capítulo, casi tan largo él solo como todos los demás juntos. Y a continuación agrega, para terminar:

«Creo, señores, no me negaréis que este capítulo (y los otros cinco no le aventajan) es verdaderamente, a pesar del gigante de tres cabezas y tres pies y los soñados azotes de Sancho, que los descargó sobre troncos de hayas, es... un pobre conjunto de puerilidades.—Sobrada extensión he dado al examen de un manuscrito breve; no son a veces de mayor interés, y requieren igual espacio muchas de las tareas en que nuestro oficio nos obliga a ocuparnos. Al fin se trata de una obra del fundador de nuestra Biblioteca... La Biblioteca, hoy nacional, existe porque la formó con sus libros (y algunos confiscados, es verdad) un rey extranjero de pocos años, no habiéndose acordado de favorecer con ella a su corte aquel rey poeta, que rodeado de Lope y Rojas, de Mendoza y de Calderón, de Quevedo, Montalbán y Luis Vélez, improvisaba comedias famosas en su regia morada.»

Hasta aquí D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Nuestro examen directo y minucioso del código no hace sino confirmar todos los extremos por él propuestos. La escritura de La Rocha, de que hemos visto muestras en numerosos documentos; la inicial de Anjou, cifra y rúbrica de Felipe V; las doradas lises de la encuadernación y el color azul de ésta; la persistencia del joven príncipe en sus aficiones a la literatura y la historia de España, comprobada, ya de rey, en su versión del padre Mariana y, sobre todo, la infantilidad, la absoluta puerilidad ingenua e inocente de los capítulos en cuestión *añadidos* al *Quijote* son cosas todas que no nos dejan lugar a duda, y que desvanecen a nuestros ojos hasta los tenues escrúpulos que una excesiva suspicacia y delicadeza despiertan en Hartzenbusch.

Para nosotros no hay duda alguna de que el manuscrito en cuestión, el *tome V* de *Don Quichote* que se conserva en nuestra gran Biblioteca Nacional es obra de la infantil fantasía del duquecito de Anjou. Todos sus caracte-



res son los de un ejercicio de colegial (*devoir d'écolier*), de alumno de Literatura Universal, hecho por el joven príncipe sin duda en una relativa colaboración con su maestro, el buen D. Claudio de La Rocha, que lo puso en limpio, corrigiéndole seguramente las más garrafales faltas de gramática y de lengua; pero conservando toda la inocencia, toda la puerilidad ingenua y balbuciente propia de la pluma de un niño de diez años.

No tiene, pues, la obra más importancia que la que dimana del nombre de su autor, luego fundador de la monarquía borbónica en España, y por otra parte —en el reino de las letras— creador de nuestra más ilustre Biblioteca.

Esto nos ha parecido, sin embargo, razón bastante para reproducir íntegra la obrita de Felipe V niño, como mera vulgarización de esta curiosidad bibliográfica. Sirva ello también —como decimos al principio— de modestísima contribución a los estudios cervantinos.

Excusado es decir que hacemos una transcripción absolutamente literal del manuscrito, conservándole no sólo su ortografía y puntuación, propias del tiempo, sino sus mismas faltas de puntuación y ortografía.

MANUEL MACHADO.

*Don Quichote*  
*Tome V.*



1693

*Don Quichote*  
*de la Manche*

*Tome V.*  
*Chapitre I.<sup>er</sup>*

*Quantures Surquantures.*

96

*Cid Hamet Benengeli—*  
*dit que Don Quichote étant*  
*guéri s'en alla dans les—*  
*champs habillé en berger—*  
*avec une houlette, et une—*

## «DON QUICHOTE

TOME V

1693

---

### CHAPITRE PREMIER

#### AUANTURES SUR AUANTURES

»Cid hamet Benenglj dit que Dom Quichote étant guéri s'en alla dans les champs, habillé en berger avec une houlette, et une cornemuse, mais qu'en sortant il recontra un géant énorme qui avoit trois testes trois pieds et trois mains, Dom Quichote l'ayant veu suivit son inclination naturelle, s'en alla dans son village sans rien dire pour prendre ses armes, et Sancho le suivit avec son fidèle grison pour voir ce qu'il vouloit faire. Dom Quichote étant arrivé chez lui s'arma de toutes pièces sans que Sanson Carrasco le sçeut, mais Sancho voyant cela, lui dit: mon maître, voulez vous fausser la parole que vous avez donnée à ce chevalier de la blanche lune qui vous abatit l'autre jour de dessus Rossinante, Dom Quichote lui répondit: avez vous jamais lu dans les histoires des chevaliers errants qu'ils se soient reposés. Sancho ne répondit rien, et Dom Quichote sortit de son village pour aller chercher le géant dont j'ai parlé, il vit qu'il n'étoit qu'à cinquante pas, & aussi-tôt il fit aller Rossinante au grand amble (qui étoit son plus grand train) et quand il fut près de lui, il lui cria: O géant arrête, car je veux te combattre, aussi-tôt le géant armé de toutes pièces, et monté sur un superbe cheval, se retourna contre Dom Quichote, Sancho eut peur et se mit derrière un grand chesne pour ne le pas voir, alors Dom Quichote se campant au milieu du chemin lui dit: O qui que tu sois prépare toi au combat car je ne passerai outre qu'après t'avoir combattu, le géant lui répondit: Je ne puis me battre avec la lance, car j'en ay point, mais si tu veux nous nous battons avec l'Épée, j'en ay une fort bonne: Je le veux dit Dom Quichote, mais je voudrais bien que tu me disses ton nom auparavant: Seigneur chevalier répondit-il, je m'appelle le géant Panthaphilandos. Ils s'éloignèrent donc tous deux pour combattre, et ayant tiré leurs épées l'un alloit au galop, et l'autre à l'amble, enfin ils se joignirent et le géant déchargea un si grand coup sur Dom Quichote que s'il ne l'avoit esquivé il lui auroit fendu le casque et la teste, enfin Dom Quichote lui fit tomber son épée en lui coupant le poin dont il la tenoit, et comme il la vouloit prendre de la main gauche, Dom Quichote lui enfonça la sienne dans la poitrine, et il tomba à terre roide mort de dessus son cheval: comme Sancho vouloit prendre le

cheual il s'enfuit dans les forests; et Sancho voyant qu'il ne pouuoit le suivre reuint vers Dom Quichote et lui dit: mon maistre allons voir si ce geant est mort: Je le veux repondit-il, et te trouuant mont ils s'en allerent chercher les auantures.

»Dom Quichote neût pas fait cent pas, qu'il apperceût deux armées qui alloient se battre: l'une de chrestiens, l'autre de mores, aussi-tost il donna des talons a Rossinant et fit si bien, qu'il arriua au milieu de l'armée des chrestiens, et alla tout droit aux ennemis. Sancho qui s'estoit mis sur une colline pour voir l'euénement du combat voyant que Dom Quichote alloit tout seul aux ennemis lui cria: mon maître vouléz vous vous faire tuer par les mores? ne voyez vous pas que vous ne pouuez défaire une armée tout seul? Dom Quichote faisaut semblant de ne le pas entendre alloit toujours son train, quand il vit venir a lui au grand galop un escadron moire; alors il mit sa lance en arrest et alla se mesler dans l'Escadron, cependant Sancho se desesperoit, mais voyant que les mores prenoient son maître pour un des leurs il comença a esperer qu'il remporteroit la victoire. Dom Quichote se voyant au milieu des ennemis, jetta sa lance a terre tira son épée et frappa un des mores si fort dans les entrailles qu'il le perça d'outre en outre, et comme les mores se retournoient contre Dom Quichote pour le tuer, les chrestiens vinrent a son secours en tuerent une partie et les autres s'enfuirent. Dom Quichote ne point doutant que le epouante ne se mit dans le reste de leur armée comme il arriua en effect fit tan qu'il vint au haut de la colline ou étoit Sancho.

»Lui voyant que son maître étoit sorti d'un si grand peril sans auoir eu la moindre blessure, lui dit: Mon maître asseurement il faut remercier Dieu de cette auanture, mais il me semble qu'il seroit bon de manger, et puis nous mettre chacun au pied d'un arbre et dormir: Je le veux bien, répondit Dom Quichote, et aussi-tost Sancho tira de son bissac du pain et du fromage: lis en mangerent jusques a cequ'ils fussent rassasiez, puis ils se mirent chacun au pied d'un arbre. Dom Quichote ne fut pas plustost endormi qu'il eut un songe admirable.

»Il vit une grande plaine ou il y auoit une fort belle princesse vestie d'écarlate qui s'approcha de Sancho et lui dit: Vaillant écuyer je suis bien asseurée que tu t'es donné les trois mille trois cens coups de foïet parce que je suis desenchantée, et tu peux bien connoistre que je suis parce que je viens te dire, aussi-tost elle disparut, Dom Quichote s'estant eueillé, et voyant Sancho qui estoit appuié contre un chesne ne dormant plus, lui raconta son songe; et comme il eût fini, Sancho lui dit: mon maître aceque je vois je me suis donné les trois cens coups de foïet: Oui mon ami tu te les es donnez: J'en suis bien aise dit Sancho, Dom Quichote se leua et s'en alia dans les champs, ou il n'eût pas fait deux cent pas qu'il vit venir vers lui un homme de bonne mine qui l'ayant veu lui dit: O qui que tu sois je veux me battre contre toi pourueu que ce soit avec la lance, car je n'ay point d'épée, Sancho voyant ce defi eût peur, descendit de dessus son grison, et monta sur un arbre pour voir le quel des deux remporteroit la victoire cependant ils marcherent l'un contre l'autre, mais Dom Quichote donna a son ennemi un si grand coup de sa lance qu'il le

perça d'outre en outre, et il tomba de son cheual. Sancho voyant cela fût fort aise, il descendit et alia le regarder pour voir s'il estoit mort, et l'ayant regardé il dit a Dom Quichote q'il étoit mort, et ils s'en allerent tous deux chercher les auantures.

»Ils ne furent pas plus tost partis qu'ils virent des voleurs qui s'enfuioient par des broussailles et huit archers qui les poursuiuoient, Dom Quichote donna des talons a Rossinante, et le fit aller au petit galop, ce qu'on n'auoit jamais veu, et quand il fût pres d'Eux il mit sa lance en arrest, et creua l'oeil a vn des voleurs, les archers voyant Dom Quichote au milieu d'Eux, prirent courage, ils pousserent leurs cheuaux a toute bride, joignerent les voleurs et les prirent, mais voyant que celui qui auoit l'oeil creué n'en pouuoit échaper, ils l'acheueret a coups d'épées, et Dom Quichote voyant qu'il estoient pris, reuint vers Sancho.»

## CHAPITRE 2.<sup>e</sup>

### DU DISCURS DE DOM QUICHOTE AVEC SANCHO ET DES DEUX PLUYS PLAISANTES AUANTURES QU'ON AIT JAMAIS VEÛES

Don Quichote estant arriué au lieu ou étoit Sancho, lui dit: Mon ami je crois que tu est bien aise d'estre quitte des coups de foïet. Oüi, mon maistre, repondit Sancho, mais beuuons un trait pour nous refraïchir et puis allons chercher les auantures. Je le veux, dit Don Quichote, aussi-tost Sancho tira de son bissac deux gobelets et une bouteille de vin dont ils beurent chacun un grand trait, et puis allerent chercher les auantures, ils n'eurent pas fait soixante pas qu'ils virent venir a eux des Jesuites montés sur des mules et Don Quichote les voyant crût que c'estoit des phantosmes, il mit donc sa lance en arrest et donna a un des Jesuites un si grand coup dans la jambe qu'il la lui cassa, un d'entre eux, voyant cela prit un baston qu'il trouua par hazard aupres de lui et en donna un si grand coup a Don Quichote qu'il jetta homme et cheual par terre a cinquante pas l'un de l'autre. Sancho courut a son maistre pour le secourir et il l'alloit faire quand le Jesuite qui auoit donné ce grand coup a Don Quichote en donna aussi un a Sancho, et les croyant morts il joignit ses compagnons et ils passerent outre, Don Quichote, Sancho et Rossinante demurerent tous trois étendus sur l'herbe come morts.

Enfin Sancho fit un grand soupir et dit a Don Quichote: Mon maistre, si vous etes remis montez sur Rossinante et moy je monterai sur mon grison, et nous continuerons nostre voyage, mais auparauant si vous auez une bouteille de baume de fier abras beuuons en un coup. Don Quichote repondit d'une voix dolente: Je le veux bien, mon ami, aussi-tost il tira de sa poche une grande bouteille de fier abras et Sancho prit ses deux gobelets, ils beurent chacun un bon trait, puis Don Quichote et Sancho allerent releuer Rossinante ce qu'ils firent avec beaucoup de peine, ensuite Sancho alla prendre son grison qui



païssoit et ils monterent tous deux a cheual. Ils n'eurent pas plû-tost fait trois cens pas qu'ils virent venir a eux quatre fous montes sur des asnes. Don Quichote mit sa lance en arrest et fit aller Rossinante au grand amble, Sancho le suivit au petit pas pour voir ce que les fous deuiendroient, mais Don Quichote donna un si grand coup de lance dans la cuisse a un des fous qu'il la lui perca et la lance en passant lui coupa la vene caue. Il tomba a terre roide mort et baigné dans son sang les autres s'enfuirent et Don Quichote revint victorieux vers Sancho et lui dit: Allons regarder si ce fou la est mort, ils y allerent donc et le trouant mort ils continuerent a chercher les auantures.

### CHAPITRE 3.<sup>e</sup>

#### ILS VONT DANS UNE HOSTELLERIE, ET IL LEUR ARRIUE UNE CHOSE PORT PLAISANTE

Don Quichote et Sancho n'eurent pas fait une demie lieüe qu'ils virent une hostellerie, Don Quichote la prit pour ce qu'elle étoit contre l'ordinaire, et Sancho lui dit: Mon maistre allons dans cette hostellerie: Je le veux bien mon ami, repondit Don Quichote, et ils n'y arriuerent qu'au but d'une heure, tant Rossinante allait doucement, en arriuant ils demanderent a l'hoste s'il y auoit quelque logement qui fut vuide, l'hoste leur repondit qu'oui et il mena Don Quichote dans sa chambre. Sancho appela l'hoste et lui dit: N'avez vous pas quelque poulet pour manger ce soir, l'hoste lui repondit: J'en ai trois ou quatre et le soir etant venu Don Quichote, Sancho et l'hoste se mirent tous trois a table. On servit quatre poulets et ils mangerent jusques a ce qu'ils fussent rassasiez. Après qu'ils eurent mangé ils se coucherent mais comme il dormoient, Maritorne entra dans la chambre ou étoient Don Quichote et Sancho ouvrit tout doucemet le rideau du lit de Don Quichote et lui donna un si grand coup de poign, qu'elle luy mit la bouche tout en sang et lui cassa trois ou quatre dents. Don Quichote sentant ce coup appella Sancho mais il dormoit. Et Don Quichote voyant qu'il ne lui repondoit rien se leua, prit une bouteille d'eau qui étoit sur la table, en versa dans un verre et se lava la bouche, puis se recoucha; cependant Maritorne étoit cachée derriere le lit de Sancho, et comme elle entendit du bruit dans la chambre, elle s'avança un peu pour voir ce que c'étoit et n'aperceuant personne, elle vit bien que c'étoit Don Quichote qui se recouchoit. Aussi-tost elle monta sur le lit de Sancho et lui donna un si grand coup de poing qu'elle le fit saigner du nez: puis elle alla se coucher comme si de rien n'étoit; cependant Sancho s'eveilla, se tata au visage et trouvant qu'il avoit du sang autour du nez alia dehors pour chercher une seruiette au clair de la lune, et n'ayant trouué une il reuint et prit la bouteille qui étoit sur la table, comme j'ay dit, et ayant mouillé la seruiette il se lava le nez et se recoucha.

## CHAPITRE 4.<sup>e</sup>

### IL LEUR ARRIUE QUATRE AUANTURES

Le jour etant venu Don Quichote et Sancho se leuerent, et s'etant habillés se raconterent l'un a l'autre ce qu'on leur avoit fait, ils monterent a cheual et partirent sans le dire a l'hoste, mais ils n'eurent fait trois cens pas qu'ils virent venir a eux des boeufs que des hommes chassoient, Don Quichote creût que c'étoit une armée, mit sa lance en arrest et en donna un si grand coup a un des boeufs qu'elle lui entra des quatre doigts dans l'os de la teste, il tomba roide mort, un des hommes qui les chassoient deuant eux voulut jetter une pierre a Don Quichote, mais comme il se bassoit pour la prendre il lui enfonça sa lance dans les reins, sur la pierre qu'il vouloit jetter, un autre homme leua le blessé, prit la pierre qui étoit sous lui, et en donna un si grand coup a Don Quichote dans la poitrine qu'il le jetta par terre de dessus Rossinante, et ayant fait cela ils prirent le blessé et passerent outre. Sancho descendit de dessus son grisson, l'atacha a un arbre, courut viste a son maistre et l'ayant trouué demi-mort il lui dit: Mon maistre vculez vous tousjours chercher les auantures? ils vous arriuera comme dit le prouerbe: tant va la cruche a l'eau qu'en fin elle se casse. Don Quichote lui repondit d'une voix dolente: Oui mon ami je le veux car c'est pour aquerir de la gloire que je le fais, mais va prendre un des gobelets qui est dans ton bissac. Sancho y alla et ayant fait ce que Don Quichote lui avoit commandé il lui porta un gobelet: Don Quichote tira de sa poche la bouteille de fier abras et en bût un coup, ensuite ils monterent tous deux a cheual et s'en allerent par les champs.

Ils ne furent pas plus tost partis qu'ils virent venir a eux un cerf et des chiens qui le poursuivoient, Don Quichote creût que les chiens estoient des mores qui vouloient le tuer et que le cerf étoit leur capitaine, il mit sa lance en arrest et en donna un si grand coup au cerf qu'il le tua, et comme les chiens se jettoient sur lui pour le manger Don Quichote les tua tous les uns après les autres, et les piqueurs ne purent les secourir parce qu'il ne sçavoient ou ils estoient. — Don Quichote reuint victorieux vers Sancho et ils s'en allerent tous deux dans les forests pour chercher d'autres auantures.

Nos auanturiers n'eurent pas fait mille pas qu'ils virent venir a eux douze lions et Don Quichote les voyant mit sa lance en arrest et comme un des lions auoit la gueule ouverte pour le devorer il la lui perça avec sa lance sans toucher aux dents, mais le lion en deuint encore plus furieux et el l'alloit deuorer quand Don Quichote lui donna un si grand coup dans la poitrine qu'il le tiia. Les autres lions l'entourerent et Don Quichote voyant qu'ils l'alloient de-

uorer en blessa un et en tua deux autres (et comme le premier qu'il avoit frappe n'étoit pas encore mort il l'acheua a coups de lance) et les lions etonnés de sa hardiesse s'enfuirent dans les forests; cependant Sancho étoit monté sur un arbre et voyant que les lions s'enfuioient descendit, detacha son grison et reuint vers son maistre, ainsi ils allerent tous deux chercher les auantures.

Quelque temps après ils virent venir a eux des tigres, mais Don Quichote ne les eut pas plus tost veus qu'il mit sa lance en arrest et en donna un si grand coup a un des tigres qu'il le renuersa par terre roide mort: Les autres eurent peur et se detournerent du chemin.

## CHAPITRE 5.<sup>e</sup>

### DON QUICHOTE ET SANCHE VONT EN AFRIQUE

Don Quichote declara alors a Sancho qu'il vouloit passer en Afrique. Ils allerent donc a Ubeda, qui est dans l'Andalousie, dela ils allerent a Guescar, dans le royaume de Grenade, de la a Lorca et enfin a Cartagene ou ils s'embarquerent, mais ils suspendirent Rossinante et le grison en l'air avec des cordes parcequ'ils n'étoient pas accoutumez aux secousses de la mer; comme ils alloient aborder a Oran il vint un vent de Sud si furieux qu'ils les fit échoïer sur les costes de l'Isle Majorque, le vaisseau se brissa et tous ces qui étoient dedans se noyerent, hormis Don Quichote, Sancho, Rossinante, le grison, deux ou trois matelots et un des passagers, ils se jetterent tous a terre hors Rossinante et le grisson qui étoient suspendus avec des cordes. Nos auanturiers les detacherent et s'en allerent avec les autres dans la ville de Majorque pour prendre des provisions et se rafraichir.

Le lendemain ils allerent voir au port s'il y auoit quelque vaisseau qui allast en Afrique, ils en trouuerent un marchand qui alloit partir pour trafiquer a Oran et comme le vent étoit Nord-ouest ils s'embarquerent et partirent, mais ils n'eurent pas fait six lieües qu'il vint une tempeste et le vent se retourna au Sud. Don Quichote voyant cela dit a Sancho que s'il en echapoit il yroit en pelerinage a la Sainte Baune. Sancho lui repondit: Mon maistre vous avez pris la un bon parti et j'yrai aussi si j'en echape. Cependant le vent se renforca, et ils donnerent contre un isthme qui est entre Marseille et Cassis, tous ceux qui étoient dedans le vaisseau se jetterent a terre avec Rossinante et le fidele grisson et ils s'en allerent a Marseille ou ils demeurerent trois jours. Le quatriesme etant venu ils prirent chacun de bon matin un bourdon, partirent et arriuerent a la Sainte Baume ou ils demeurerent deux jours au bout des quels ils reuinrent a Marseille: ils y avoient laissé Rossinante et le grisson qui les ayant veus arriuer firent chacun un saut de joye. Et le lendemain qui étoit le vingt cinq de mars ils s'embarquerent. Le quinze du mois d'auril ils apperceurent l'Afrique et ils arriuerent a Oran le seiziesme du mesme mois.

## CHAPITRE 6<sup>e</sup>

### IL LEUR ARRIUE DEUX AUANTURES, ET DON QUICHOTE MEURT

Ils partirent le lendemain pour auancer dans les terres et ils n'eurent pas fais une demie lieüe qu'ils virent venir a eux des pantheres. Don Quichote mit sa lance en arrest et en donna un si grand coup a une des pantheres qu'il la renuersa par terre roide morte. Les autres en deuinnrent encore plus furieuses, et elles alloient mettre en piezes Don Quichote s'il n'en auoit encore tüé cinq. Les autres voyant cela s'enfuirent dans les forests, cependant Sancho s'en étoit allé se desesperant et croyant que les pantheres auoient mis son maistre en pieces, mais côme il tournoit la teste pour voir s'il étoit mort ou non il apperceut quelque chose de blanc et comme il pensoit a ce que cela pouvoit estre il entendit une voix qui disoit: Mon ami Sancho, revenez, je ne suis pas mort, alors il vit que c'étoit Don Quichote qu'il l'appelloit et luy faisoit signe de son gand, il s'en retourna joyeux vers son maistre, et ils s'en allerent tous deux chercher les auantures.

Don Quichote et Sancho n'eurent pas fait mille pas, qu'ils virent venir a eux un nain monté sur un asne, qui etant arriué ou ils estoient, s'adressa a Don Quichote et lui dit: Seigneur il y a un chevalier a cent pas d'icy avec une demoiselle et comme je passois ou ils sont pour aller a un château nommé Valderin: la demoiselle a demandé au chevalier de lui donner ma teste: quand j'ay entendu cela, j'ay regardé autour de moy pour voir s'il n'y avoit point de cheualier, et vous aperceuant, je suis venu vers vous pour vous demander si vous voulez bien combattre contre ce chevalier: Je le veux bien repondit Don Quichote, mais il faut que tu nous serves de guide. Le nain se mit donc devant, et ils allerent avec Sancho du coste ou étoit le chevalier.

Enfin ils arriuèrent ou estoient le chevalier et la demoiselle et Don Quichote dit: O chevalier je veux te combattre, ils s'eloignerent donc, et l'estant assez, ils vinrent l'un contre l'autre et le cheualier donna un si grand coup a Don Quichote qu'il l'ebbranla, mais lui le desarçona, lui mit sa lance sur la gorge et lui dit: Promets moi que tu ne tüeras point le nain: — Je te le promets, repondit le cheualier, Don Quichote le laissa donc aller: Mais sur le soir il se troua incommode, il mourut quatre jours après, et Sancho l'emporta sur ses épaules faisant de temps en temps des grands soupirs, il le porta a Oran pour l'enterrer ce qu'il fit solennellement.

FIN



TABLE DES CHAPITRES DE CE 5<sup>e</sup> VOLUME

Chapitre 1 <sup>er</sup> .—Auantures sur auantures .....	1
Chap. 2 <sup>e</sup> .—Du discours de Don Quichote avec Sancho et des deux plus plai santes auantures qu'on ait jamais veües ...	20
Chap. 3 <sup>e</sup> .—Ils vont dans une hostellerie, et il leur arriue une chose fort plaisante .....	28
Chap. 4 <sup>e</sup> .—Il leur arriue quatre auantures.....	34
Chap. 5 <sup>e</sup> .—Don Quichote et Sancho vont en Afrique .....	43
Chap. 6 <sup>e</sup> .—Il leur arriue deux auantures, et Don Quichote meurt...	49

*Chap. 4<sup>e</sup> Il leur arriue  
quatre auantures ————— 34*

*Chap. 5<sup>e</sup>. Don Quicho-  
te et Sancho vont en Afri-  
que ————— 43*

*Chap. 6<sup>e</sup> Il leur arriue  
deux auantures, et Don Quis-  
chote meurt ————— 49*

*B.*

# ESCRUTINIO DE MONEDAS MATRITENSES

## (Conclusión)

Obsérvase que a partir de las últimas monedas de molino a que nos acabamos de referir, se abre en el monetario de Castilla un paréntesis que dura más de cinco lustros. Ignoramos cuando reanudó sus labores la Casa de Madrid, pero conocemos un escudo de oro de 1689 con la marca  $\text{M} - \frac{1}{4}$  y otro igual de 1690; asimismo poseemos calcos de un doblón de ocho, cuya fecha está frustra con la marca  $\frac{2}{3} - \text{M}$ , que por llevar aun el escudo de Portugal debemos considerarlo anterior a 1684, así como el real de cuatro con iguales marcas, correspondiendo la del ensayador a Bernardo Pedreira y Negrete, que desempeñó el cargo de ensayador mayor del reino hasta 1691.

La existencia de monedas acuñadas en Madrid, cuya marca de ensayador es una M, y la referencia a un Manuel Mayas, designado para desempeñar dicho cargo en



Carlos I.—Onza y doblón.

Segovia, que lo renunció, permite pensar si podrán atribuírsele las monedas en que aparece dicha fecha. Son éstas un real de dos marcado  $\frac{1}{2} - \frac{1}{4}$ , en cuyo escudo todavía figuran las quinas, y un doblón de cuatro con iguales marcas, pero sin el escudete de Portugal, es decir, posterior a 1684 en que se decretó la supresión de este emblema. Esta última pieza inédita, como la onza antes citada y otras varias a que nos hemos referido, se ha considerado como de Felipe II, pues sólo se lee en el anverso... VS  $\text{H} \cdot \text{D} \cdot \text{G} \cdot$ ; pero nosotros, considerando sobre todo su arte pesado y decadente, le traemos a este lugar.

Todavía tenemos que incluir en este inventario otro real de a dos como el citado anteriormente con la marca de ensayador R.

Sabida es la reducción del valor de la moneda de plata de 67 a 84 piezas en marco llevada a cabo en la acuñación de las monedas llamadas *Marias* por llevar este monograma en el reverso. La fabricación de estas piezas se realizó en las Casas de Moneda de Segovia y Sevilla, pero también participó la de Madrid, de la que conocemos una pieza de real sencillo fabricada a volante que lleva la fecha de 1687, la marca de ceca y una M correspondiente al nombre del ensayador.

Por último habremos de señalar la emisión de piezas de bronce de dos maravedís.

El auge que iba alcanzando la ceca de Madrid se manifiesta en una provisión del Consejo de Castilla de 1698 mandando que no se admitiera labor de oro y plata en el Ingenio de Segovia sin acreditar haberse dejado igual cantidad para labrar en Madrid. Asimismo consta la remisión a esta casa desde aquélla en 12 de febrero de 1687 de dos volantes de hierro para acuñar.

Como consecuencia de la dominación española en Orán habíanse realizado varias acuñaciones destinadas al comercio de esta ciudad africana; sólo nos corresponde mencionar la emisión de 1691 de piezas de cuatro y ocho maravedís con el escudo coronado de España entre 4 — 4 u 8 y en el reverso el monograma I H S coronado también, con la fecha 16-91 y debajo ORAN.

\* \* \*

El advenimiento de la Casa de Borbón al trono de España señala un período floreciente para la Casa de Moneda de Madrid, a lo que contribuyeron de una parte la política centralista que se inauguraba, y de otra, el perfeccionamiento de los mecanismos, sustituyendo la pesada maquinaria de los rodillos por los volantes.

Un conato de traslado de la fábrica a las casas del conde de Oropesa en la plaza de Santo Domingo quedó sin efecto; no así la incautación por la Corona del establecimiento de la calle de Segovia, que se llevó a cabo en 1718, aunque no se formalizó hasta 1760 en que se procedió a la indemnización correspondiente al duque de Uceda.

Las monedas salidas de la fábrica con anterioridad al año 1721 siguen la tradición sin otra novedad que la de estampar en el centro del escudo al escusón de las lises o anjou, pasando el águila del Tirol y el león de Flandes a la punta del escudo; además en las piezas de oro figura pendiente encima del toisón la cruz de la Orden francesa del Espíritu Santo.



Lámina II. — Felipe V: 1. Onza de 1720. 2. Media onza. 3. Escudo sencillo. 4. Onza pelucona. 5. Media onza. 6. Veintén. 7. Duro.



La ordenanza de 1728 establecía la ley de once dineros para la moneda de plata y la de veintidós quilates y talla de sesenta y ocho piezas en marco para el oro, así de España como de Indias. También disponía que las pastas fueran acuñadas en ingenios o molinos de agua o sangre; que la moneda sería de figura circular con un cordoncillo o laurel al canto y para mantener la uniformidad en la estampa se harían las matrices por el tallador de la casa de Madrid y se remitirían a las demás casas.

Confirmando el favor que la casa de Madrid iba adquiriendo, la ordenanza de 1730 establecía en su capítulo 2.º que el oro y la plata se labrarían únicamente en las Casas de Madrid y Sevilla.

La mayor suma de datos que arroja este período y la abundancia de las monedas que conocemos nos permitirán formar el cuadro de acuñaciones que consignaremos al fin de este trabajo, en el cual damos noticia de las marcas de ensaye, y para que pueda establecerse su correspondencia y la consiguiente interpretación incluimos a seguido la relación de los ensayadores de que hay noticia; debiendo advertir la costumbre que hasta tiempos relativamente recientes hubo de dar la preferencia al nombre sobre el apellido.

En 1712 fué nombrado ensayador D. José García Caballero, fallecido en 1744. Le sucedió D. Juan José García y a este D. Antonio de la Cerda y D. José Tramullos y Ferrer, que murió en 1764.

El deseo de modificar la estampa de la moneda sustituyendo la cruz de Jerusalén por el retrato del soberano, tuvo al fin realización, pero únicamente en la de oro, ya que la serie de piezas de ocho, cuatro y dos reales que tienen la fecha 1709 y un bonito retrato del rey fueron solo un ensayo muy limitado. A partir de 1729 se observa el cambio de que es prueba un escudo de ocho de oro u onza con el busto del rey con coraza y peluca, según el modelo dibujado por el pintor Riu, y en el reverso el escudo grande coronado y rodeado por el collar del toisón que viene a sustituir a la cruz de Jerusalén que desde Carlos I había venido empleándose sin interrupción en el monetario aureo de Castilla. También cambia la leyenda que es INITIUM SAPIENTIAE TIMOR DOMINI, tomada de los Salmos (110-10).

La marca de la ceca se modifica también, ya no vuelve a verse la MD, sino que es una M hasta 1716, y a partir de esta fecha la misma letra coronada bien con corona cerrada  $\overline{M}$  o abierta  $\breve{M}$ .

Por este tiempo se habían introducido ciertas designaciones que pasaron del lenguaje familiar al uso corriente, siendo admitidos en el *Diccionario de autoridades*, impreso en 1737, donde se encuentran las voces *Peseta: Pieza que vale dos reales de plata...*; *Peso: «Moneda castellana de plata de peso de una onza. Su valor ocho reales de plata»*, llamado también *peso duro* habiendo quedado el último término para designarlo. Aunque no mencionada, también se usaba por entonces la voz *onza* como sinónima de escudo de

a ocho, cuyo valor era exactamente diez y seis veces mayor que el del duro, conforme a lo consignado en la ordenanza de 1730 que en su capítulo 7.º establecía la proporción del oro a la plata de uno a diez y seis.

Habremos de colocar aquí la mención de la única moneda acuñada en Madrid durante el fugaz reinado de Luis I (1724); es una peseta que únicamente difiere de las de su padre en el nombre y en el numeral.

\* \* \*

La mayor actividad en la acuñación de moneda durante el siglo XVIII correspondió a las cecas americanas, que inundaban el mercado con sus incomparables *onzas peluconas*. El reinado de Fernando VI fué muy parco en emisiones peninsulares, pero no tanto que dejaran de fabricarse en Madrid onzas, medias y medios escudos. El busto que en ellos aparece con alguna variante es obra del grabador particular D. Francisco Sáez, a quien se encomendó por Reales órdenes de 23 y 27 de julio de 1746. El reverso es lo mismo que el de las onzas de cabeza de Felipe V, con la diferencia de que la cruz del Espíritu Santo cae por debajo del toisón. También varía la leyenda, que dice NOMINA MAGNA SEQUOR.

Ejercieron el cargo de ensayadores, además del ya citado José de Tramullas y Ferrera, Bernardo Muñoz de Amador, Juan Rodríguez Gutiérrez y Pedro Cano.

La plata de que sólo se emitieron en Madrid las piezas menores continuó sin alteración como la del reinado precedente.

\* \* \*

En el examen del monetario de Carlos III, copiosísimo sobre todo en oro se impone la división en dos períodos, que justifica la ordenanza de 1772.

El natural afecto del rey hacia su augusta madre y las ambiciones acerca de los estados de la Casa Farnesio, llevaron a este monarca a introducir una nueva modificación en el escudo nacional, colocando en el centro los blasones de Castilla y de León para dar cabida en los flancos a los de Toscana con sus roeles y a las lises de Parma, añadidos a los cuarteles de Aragón y Sicilia, Austria y Artois, Brabante y el Tirol, Flandes y Borgoña.

En la onza de 1760 aparece ya dicho escudo coronado y rodeado del collar



Lámina III.—*Luis I*: 1. Real de a dos.—*Fernando VI*: 2. Onza. 3. Real sencillo.—*Carlos III*: 4. Real de a dos 5. Onza. 6. Media onza. 7. Medio duro. 8. Doblón.



del toisón (del que ha desaparecido la cruz del Espíritu Santo) con la leyenda que se perpetúa en este género de moneda AUSPICE DEO IN UTROQ. FELIX. El busto del soberano, de perfil, peinado con coleta y armado de coraza, no difiere de las acuñaciones posteriores, sino en la expresión de juventud. La fecha consignada debajo del busto y en el reverso la indicación del valor, expresadas en escudos; a uno y otro lado del blasón y debajo las marcas de ceca  $\overline{M}$  y las iniciales del ensayador o ensayadores completan los caracteres de esta moneda de onzas y de sus divisores. Los medios escudos, llamados también durillos por su pequenez, omiten la leyenda en el reverso dejando que campee sólo el escudo cuartelado de Castilla y León, con el escudete de Borbón, coronado y rodeado del toisón, llevando a los lados la marca de ceca y de ensaye en vez de la de valor considerada innecesaria.

En la moneda de plata anterior a 1772 se observa la continuación de los tipos heráldicos de la Casa de Austria con las modificaciones señaladas en los reinados anteriores. Hay, pues, para los anversos dos escudos: el adoptado por Felipe V que aparece en las monedas de 1760 y 61 y el nuevo, creado por Carlos III, con los cuarteles de Toscana y Parma, en que nos hemos ocupado al tratar de la moneda de oro, que es constante a partir de 1762, salvo en las moneditas de medio real, que llevan el escudo cuartelado.

La pragmática dada en Aranjuez en 29 de mayo de 1772 tendía a regularizar el numerario, cuya variedad se prestaba a fraudes y errores que convenía evitar. El capítulo XX dice... «mandamos que toda la moneda de oro nacional que se labre, así en las Reales casas de estos Reynos, como en las de América, lleve en el anverso mi Real busto, vestido, armado y con manto real: alrededor estas letras CAROL III D. G. HISP. ET IND. R. y debajo el año en que se fabrique; que en el reverso se ponga el escudo de mis Reales armas con todo él lleno de cuarteles que le componen al presente conforme a mis Reales órdenes, rodeado de este lema IN. VTROQ. FELIX AUSPICE DEO. a la derecha del escudo las letras o cifra de la capital donde se labre la moneda y a la izquierda las iniciales de los nombres de los ensayadores de la respectiva casa, con el número y letra que denote el valor de cada moneda y que por las orillas del anverso y reverso se eche su gráfila y por el canto un cordoncillo agallonado y retorcido en plano. En la moneda provincial de oro que corre con el nombre de escudito o veintén se pondrá mi Real busto de igual modo que en la nacional, aunque reducido a un corto tamaño, y con la inscripción CAROL III D. G. HISP. por fabricarse en estos reinos y no en las Indias, y en el reverso llevará el escudo de mis armas en pequeño o con las más principales solamente, sin lema en su circunferencia ni la letra y número de su valor, conviniendo en todo lo demás con la moneda nacional de oro.»

«La moneda así gruesa como provincial de plata, que sólo se labra en mis casas de estos Reynos, llevará mi Real busto desnudo, con una especie de man-



to real, y alrededor las letras siguientes CAROLUS DEI G. y debajo el año, y en el reverso se pondrán las armas principales de mi Real escudo, timbradas con la corona real, ésta tendrá el escudo de mis armas igual al de la moneda de plata de Indias, pero sin las columnas, y a un lado la letra R, debajo de ella la inicial de la capital donde se fabrique, y en frente de ésta, al otro lado del escudo, las de los nombres de los ensayadores y sobre ellas el número que señale el valor de cada moneda, menos en la de medio real de plata o realillo de vellón que no se pondrá. A las orillas de uno y otro lado se echará una gráfila y al canto un cordoncillo de perlas redondas y largas y en la circunferencia del reverso se continuará la inscripción del anverso con las letras que digan HISPANIARVM REX.»

La moneda de bronce desde 1730 venía acuñándose exclusivamente en Segovia, pero por excepción se emitieron en Madrid las de un maravedí con la fecha de 1770.

Es de notar en los reinados de Felipe V y Fernando VI la frecuencia con que en vez de puntos se ponen rosetas; pues bien, en las monedas de Carlos III no aparecen éstas a los lados de la fecha hasta 1786.

En este reinado descuella un grabador notable, D. Tomás Francisco Prieto, autor del busto del buen rey Carlos III, que bien mereció el dictado de Padre de la Patria, y las armas reales que figuran en las monedas.

El oficio de ensayador lo desempeñaron en este periodo D. Pedro Cano, D. Juan Bautista San Faury, D. Domingo Antonio López y D. Vicente Campos González.

A título de curiosidad, pues no se trata de moneda española, incluimos la referencia de las acuñadas en la ceca de Madrid para circular en el Imperio de Marruecos. En 1876, siendo secretario de Estado el conde de Florida-Blanca, se dispuso la labor de monedas de oro y plata por cuenta del Imperio marroquí, para la cual había depositado en Tánger, prontos a ser despachados para Cádiz, 100.000 pesos fuertes y otras cantidades. También se encargaba al grabador general que hiciera las matrices para las monedas teniendo en cuenta las condiciones especiales, aunque una carta del emperador decía que «El cuño será como la muestra que te llegará, y su trabajo conforme vosotros lo acostumbráis en España», añadiendo que se pusiera en las monedas «acuñadas en Madrid» (*doriba bi Madrid*) en vez de «acuñadas en Marruecos» como al principio se pensó y el «año 1201» que corresponde al año 1786 de nuestra era.

El valor se había de arreglar de manera que la moneda de oro grande fuera de diez duros cabales.

Las monedas del reinado de Carlos IV no son sino una prolongación del anterior sin otra variación, en las cecas peninsulares, que el cambio del retrato del soberano, conservando los mismos caracteres indumentarios y el numeral IV o IIII que de ambos modos aparece. Las siete cecas americanas reclaman para sus productos más variados el interés del estudioso que encontrara en ellas motivo de análisis y comparación apenas esbozado hasta hoy.

Fué grabador de la Casa de Madrid en este tiempo D. Pedro González Sepúlveda, y ensayadores D. Manuel Lamas, D. Francisco Herrera, D. Antonio Goicoechea y D. Ildefonso Urquiza.

\* \* \*

La invasión francesa con que se inauguraba el reinado de Fernando VII entrañaba además del movimiento de protesta armada mantenida con heroísmo, el germen de un cambio importante en el régimen político causa de sangrientas luchas que detuvieron el progreso de España durante la mayor parte del siglo XIX.

La esencia de la institución monetaria apenas varió, pero en cuanto a la forma presentó muchas novedades derivadas del gran número de talleres que la necesidad obligó a establecer, siendo los primeros y más importantes los de Cataluña (Reus, Tarragona) y el de Cádiz, que funcionó al amparo de las famosas Cortes desde 1811 a 1813, pudiendo considerársele como una hijuela de la Casa de Madrid que bajo el imperio de las circunstancias se dedicaba a la emisión de las monedas del rey José que habremos de estudiar como introducción a las del monarca legítimo.

Tan pronto como José Bonaparte estableció su Gobierno en la Corte se comenzaron en la Casa de Moneda matritense las emisiones con el retrato y leyendas del nuevo soberano y el escudo de la Monarquía con los cuarteles de Castilla, León, Navarra, América (representada por las columnas de Hércules), Andalucía (por la granada) y Aragón, con el escusón cargado del águila imperial y ciertamente que, descontado el carácter convencional de este blasón, expresaba bastante bien el concepto de los dominios españoles en aquél tiempo. Otra novedad plausible fué consignar por vez primera el valor en reales de vellón, evitando con ello las confusiones que acarreaba la reducción de esta moneda a la de plata u oro.

Las especies acuñadas fueron en oro las piezas de 320 reales (onza) y de 80 (doblón); en plata las piezas de 20 (1) (duro o real de ocho), 10, 2 y real

---

(1) Existen también duros de José Bonaparte con la marca R — 8, pero son raros y sólo de 1809.



Lámina IV.—Carlos IV: 1. Onza, 2. Escudo.—José Bonaparte: 3. Onza, 4. Doblón. 5. Otro con la cabeza laureada.—Fernando VII: 6. Onza de oro, 7. Media onza, 8. Doblón, 9. Onza del período constitucional.



sencillo, y en bronce la pieza de 8 maravedís y sus divisores acostumbrados que se desconocen a pesar de que consta haberse acuñado.

La cabeza del rey, bastante artística, presenta un tipo laureado y otro desnudo, siendo ambos obra de D. Mariano González Sepúlveda. Los ensayadores fueron D. Antonio Narváez, D. Ildefonso Urquiza, D. Isidro Ramos Manzano y D. José Sánchez Delgado.

\* \* \*

Es lástima que carezcamos de un estudio acerca de la numismática de la guerra de la Independencia que tantas rarezas atesora y evoca tanto patriótico sacrificio. A nosotros únicamente nos corresponde ilustrar un sólo sector y no el más interesante. Antes de la salida definitiva de José Bonaparte se realizaron en Madrid algunas acuñaciones de monedas fernandinas que llevan la fecha 1812 y el busto que no deja de recordar el de su competidor; en un doblón de oro figura laureado y vestido con casaca con cuello alto y el collar del toisón. El tipo neoclásico con la cabeza coronada se ve ya en 1814 en una media onza, y en los duros y monedas menores aparece el mismo, pero de busto, con un paño a la romana.

El nuevo régimen instaurado en 1820 trascendió a las representaciones y leyendas monetarias señalando el carácter constitucional de la Monarquía y disponiéndose que «El anverso de toda clase de moneda será el Real busto de S. M. sin laurel...» «como también sin paño ni otro objeto...», como se observa en las de los años 1821 a 23, siendo de notar que a partir de estas fechas se establece la indicación de valor en reales de vellón en vez de reales de plata, como se hizo en las acuñaciones de este reinado anteriores a las fechas expresadas.

Esto no obstante con la restauración del régimen absoluto se restablece el tipo del busto con laureado que dura hasta el fin del reinado, incluso en el duro de 1833 que se supone no llegó a circular en cuyo canto se lee DIOS ES EL REY DE LOS REYES.

La moneda de bronce siguió teniendo por principal centro de fabricación la Casa de Segovia; pero también se habilitó una en Jubia, cuyas labores se distinguen por su rudeza, esto no obstante emitió algunas piezas de ocho maravedís la Casa de Madrid en el período constitucional.

Los grabadores, a quienes se deben los retratos de este soberano, son don Pedro González Sepúlveda el de las monedas de 1811 hechas en Cádiz y Sevilla; después D. Pedro Sagau; D. Mariano González Sepúlveda es autor de



la cabeza que figura en las piezas de 1821 a 23 y de la prueba del duro de 1833.

Ejercieron el cargo de ensayadores D. José Sánchez Delgado, D. Gregorio Lázaro Labrandero, D. Antonio Rafael Narváez, D. José Luis Castroviejo y D. Isidro Ramos del Manzano.

\* \* \*

El reinado de Isabel II introdujo en el orden monetario no pocas novedades, siendo la primera la relativa al aspecto iconográfico y a las leyendas, en las que en 1836 se añadió a la fórmula POR LA GRACIA DE DIOS, Y LA CONSTITUCIÓN.

Las cecas experimentaron un aumento con la habilitación en la de Barcelona para el numerario nacional.

Las monedas de este reinado forman tres grupos: el primero es continuación del reinado anterior, y llega a 1850; el segundo en que se establece como unidad monetaria el real, moneda de plata efectiva de talla de 175 piezas en marco ley de 900 milésimas, adoptándose la relación decimal en las cuatro monedas fundamentales: *doblon de Isabel II, escudo, real y décima de real* sustituida esta última desde 1853 por el *cuartillo de real* o veinticinco céntimos, con las demás divisiones. La tercera reforma fué la llevada a cabo en 1864, estableciendo como unidad monetaria el *escudo de plata*.

Correspondiendo a cada uno de estos períodos se observa la adopción de tipos artísticos diferentes. El primero es copia del que aparece en el ya citado duro de Fernando VII que lleva el año 1833, considerado como un ensayo, correspondiendo al anverso la cabeza de la reina niña grabado por D. Mariano González Sepúlveda. De los tipos de la segunda emisión correspondiente a la serie decimal fué autor el grabador principal D. Remigio Vega, y representan a la reina peinada con rodete y dos grandes cocas a los lados. Estas monedas, de muy escaso valor artístico, se acuñaron hasta 1855 y presentan la particularidad de que la ceca va expresada por las dos estrellas que hay a los lados de la marca de valor que son de seis radios las de la ceca de Madrid, de ocho que las de Barcelona y de siete la de Sevilla. Son monedas de oro de *cien reales* y de *veinte* y de *diez, cuatro, dos* y *uno* de plata, dándose el caso de haberse introducido un nuevo modelo de anverso para las últimas, obra de D. Luis Marchioni, cuyas iniciales L M figuran en el corte, siendo acaso su prototipo una medalla del grabador general D. Francisco Coromina. Los mismos cuños que acabamos de mencionar, usados en la moneda

decimal, siguieron empleándose en la correspondiente a la reforma que introdujo como unidad el *escudo de plata*, sin otra novedad que la ofrecida por la pieza de oro de diez escudos, cuyo reverso lleva el emblema nacional bajo manto coronado.

La moneda de bronce correspondiente a este reinado continuó acuñándose en las otras Casas de Moneda; en la de Madrid sólo se hicieron algunas pruebas que llevan las iniciales D G (Departamento de Grabado).

La fundación de la actual Casa de Moneda, decretada ya en 1855 y emplazada en la huerta de la Escuela de Veterinaria que daba al paseo de Recoletos, no se realizó hasta 1861 en que se inauguró, aunque las obras duraron hasta 1866. Este es el límite que hemos señalado a nuestro trabajo, aunque más adelante, acaso nos ocupemos en las emisiones llevadas a cabo en dicho Centro a partir de la revolución de 1868 (1), y que por tener curso legal no han caído aún en el dominio de la Numismática.

C. M. DEL RIVERO.

---

(1) A quien interese este periodo actual le remitimos a un breve trabajo del autor publicado en la revista *Coleccionismo* con motivo de las Bodas de Plata de S. M. el Rey con la Corona (mayo 1927), que lleva el título *Monedas de Don Alfonso XIII. (Notas para la Numismática futura de España.)*

CUADRO DE MONEDAS ACUÑADAS EN LA CASA DE LA MONEDA DE MADRID  
DESDE 1706 HASTA 1868

*Felipe V, primer periodo (1700-1724)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Duro.....	$\begin{smallmatrix} M \\ J \end{smallmatrix} - 8$	1706	Duro.....	» — »	1716
Idem.....	»	1707	Peseta.....	$\begin{smallmatrix} M \\ J \end{smallmatrix} - \begin{smallmatrix} II \\ R \end{smallmatrix}$	»
Idem.....	1709	$J - M$	Idem.....	» — »	1717
Medio duro....	»	$\begin{smallmatrix} R \\ M \\ J \end{smallmatrix} - \equiv$	Real.....	$\begin{smallmatrix} M \\ J \end{smallmatrix} - \begin{smallmatrix} I \\ R \end{smallmatrix}$	»
Duro.....	$\begin{smallmatrix} M \\ J \end{smallmatrix} - 8$	1710	Onza.....		$\bar{M}-F-8-1719$
Media onza....	» — 4	»	Peseta.....	$\begin{smallmatrix} R \\ M \end{smallmatrix} - \begin{smallmatrix} II \\ J \end{smallmatrix}$	1719
Cuatro mrs....	1710	$M \ V \ 4$	Onza.....		$\bar{M}-F-8-1720$
Duro.....	$\begin{smallmatrix} M \\ J \end{smallmatrix} - 8$	1711	Peseta.....	$\begin{smallmatrix} M \\ R \end{smallmatrix} - \begin{smallmatrix} II \\ JJ \end{smallmatrix}$	1720
Peseta.....	$\begin{smallmatrix} R \\ M \end{smallmatrix} - \begin{smallmatrix} II \\ J \end{smallmatrix}$	»	Doblón.....		$\bar{M}-A-2-1721$
Duro.....	$\begin{smallmatrix} M \\ J \end{smallmatrix} - 8$	1713	Escudo.....		$\bar{M}-A-1-1723$
Idem.....	» — »	1715	Peseta.....	$\begin{smallmatrix} R \\ M \end{smallmatrix} - \begin{smallmatrix} II \\ A \end{smallmatrix}$	1723
			Escudo.....	$\begin{smallmatrix} RMD \\ - \end{smallmatrix} - I$	....

*Luis I (1724)*

	Anverso	Reverso
Peseta.....	$\begin{smallmatrix} R \\ M \end{smallmatrix} - \begin{smallmatrix} II \\ A \end{smallmatrix}$	1724

*Felipe V, segundo periodo (1724-1746)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Peseta.....	R II M A	1724	Medio duro...	» — 4 JF	1734
Real.....	R — 1 M A	1726	Media onza...	1734	J M F
Duro.....	R — 8 M JJ	1728	Peseta.....	R II M JF	1735
Idem.....	»	1729	Medio real...	M — JF	»
Onza.....	1729	JJ-M	Veintén.....	1738	M-JF
Doblón.....	1729	M	Peseta.....	R II M JF	1738
Medio real...	M — JF	1730	Medio real...	M — JF	»
Doblón.....	1730	M	Cuatro mrs...	M — 4 V	1739
Medio duro...	R — 4 M	1728	Otro.....	4 M M	»
Duro.....	R — 8 M F	1731	Duro.....	R — 8 M JF	1740
Medio duro...	» — 4 F	»	Real.....	R — 1 M JF	»
Medio real...	M — F	»	Escudo.....	1741	J M F
Duro.....	R — 8 M F	1732	Idem.....	1742	J M A
Doblón.....	1733	J M F	Veintén.....	»	»
Duro.....	R — 8 M JF	1734	Idem.....	1744	A M J
			Real.....	R — 1 M AJ	1745

*Fernando VI (1746-1759)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Onza.....	1747	M-J	Medio real...	M — JB	1748
Veintén.....	»	J M B	Onza.....	1749	M J B
Media onza...	1748	J M B	Doblón.....	»	»
Real.....	R — 1 M JB	1748	Veintén.....	»	J M B



	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Medio real . . . .	$\bar{M} - JB$	1749	Real . . . . .	$R - 1$ $\bar{M} - JB$	1756
Onza . . . . .	1750	$\bar{M} - JB$	Veintén . . . . .	1757	$J \bar{M} B$
Veintén . . . . .	1751	$J \bar{M}$	Peseta . . . . .	$R - II$ $\bar{M} - JB$	1757
Idem . . . . .	1752	»	Veintén . . . . .	1758	$J \bar{M} B$
Idem . . . . .	1753	»	Peseta . . . . .	$R - II$ $\bar{M} - JB$	1758
Idem . . . . .	1754	»	Medio real . . .	$\bar{M} - JB$	»
Peseta . . . . .	$R - II$ $\bar{M} - JB$	1754	Veintén . . . . .	1759	$J \bar{M}$
Veintén . . . . .	1755	$J \bar{M} B$	Peseta . . . . .	$R - II$ $\bar{M} - JB$	1759
Real . . . . .	$R - 1$ $\bar{M} - JB$	1755			
Veintén . . . . .	1756	$J \bar{M} B$			

*Carlos III (1759-1788)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Escudo . . . . .	1759	$J \bar{M}$	Veintén . . . . .	1767	$J \bar{M} P$
Veintén . . . . .	»	$J \bar{M} P$	Idem . . . . .	1768	»
Onza . . . . .	1760	$JP \bar{M}$	Idem . . . . .	1769	»
Media onza . . . .	»	$J \bar{M} P$	Medio real . . .	$\bar{M} - PJ$	1769
Veintén . . . . .	»	»	Veintén . . . . .	1770	$P \bar{M} J$
Media onza . . . .	1761	»	Maravedí . . . .	$\bar{M} 1770 1$	
Medio duro . . . .	$R - 4$ $\bar{M} - JP$	»	Medio real . . .	1771	$P \bar{M} J$
Peseta . . . . .	$R - II$ $\bar{M} - JP$	1761	Onza . . . . .	1772	$8 - S$ $\bar{M} - PJ$
Veintén . . . . .	1762	$J \bar{M} P$	Media onza . . .	»	$4 - S$ $\bar{M} - JP$
Duro . . . . .	$R - 8$ $\bar{M} - JP$	1762	Veintén . . . . .	»	$\bar{M} - PJ$
Veintén . . . . .	1763	$J \bar{M} P$	Duro . . . . .	1772	$R - 8$ $\bar{M} - PJ$
Peseta . . . . .	$R - II$ $\bar{M} - JP$	1763	Peseta . . . . .	1772	$R - II$ $\bar{M} - PJ$
Veintén . . . . .	1764	$J \bar{M} P$	Onza . . . . .	1773	$8 - S$ $\bar{M} - PJ$
Idem . . . . .	1765	$P \bar{M} J$	Media onza . . .	»	$4 - S$ $\bar{M} - PJ$
Idem . . . . .	1766	»			
Real . . . . .	$R - 1$ $\bar{M} - PJ$	1766			

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Doblón .....	1773	2 — S M̃ PJ	Escudo .....	1779	1 — S M̃ PJ
Veintén.....	»	M̃ PJ	Veintén.....	»	M̃ PJ
Duro .....	»	R — 8 M̃ — PJ	Media onza...	1780	4 — S »
Onza.....	1774	8 — S M̃ PJ	Escudo .....	»	1 — S »
Media onza....	»	4 — S M̃ PJ	Media onza...	1781	4 — S »
Doblón .....	»	2 — S M̃ PJ	Doblón .....	»	2 — S »
Veintén.....	»	M̃ PJ	Escudo .....	»	1 — S »
Duro .....	»	R — 8 M̃ PJ	Media onza...	1782	4 — S »
Onza.....	1775	8 — S M̃ PJ	Escudo .....	»	1 — S » JD
Media onza....	»	4 — S M̃ PJ	Veintén.....	»	M̃ JD
Doblón .....	»	2 — S »	Real.. .....	»	R — 1 M̃ JD
Veintén.....	»	M̃ PJ	Media onza...	1783	4 — S » JD
Doblón .....	1776	2 — S »	Veintén.....	»	M̃ JD
Veintén.....	»	M̃ PJ	Escudo .....	1784	1 — S »
Medio duro....	»	R — 4 M̃ — PJ	Veintén.....	»	»
Doblón .....	1777	2 — S M̃ PJ	Escudo .....	1785	1 — S » DV
Veintén.....	»	M̃ PJ	Veintén.....	»	»
Medio duro....	»	R — 4 M̃ — PJ	Real.....	»	R — 1 M̃ DV
Peseta.....	»	» — 4 PJ	Media onza...	1786	4 — S M̃ DV
Medio real ....	»	M̃ PJ	Escudo .....	»	1 — S »
Doblón .....	1778	2 — S M̃ PJ	Veintén.....	»	M̃ DV
Idem .....	1779	2 — S »	Media onza...	1787	4 — S » JD

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Escudo .....	1787	1 — S » DV	Doblón .....	1788	2 — S »
Veintén.....	»	»	Escudo .....	»	1 — S »
Onza.....	1788	8 — S M̃ M	Veintén.....	»	M̃ MV
Media onza....	»	4 — S »	Peseta.....	»	R — 2 M̃ — M
			Medio real...	»	M̃ — M

*Carlos IV (1788-1808)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Onza.....	1788	8 — S M̃ MF	Escudo .....	1792	1 — S »
Veintén.....	»	»	Media onza...	1793	4 — S »
Escudo .....	1789	1 — S »	Doblón .....	»	2 — S »
Doblón .....	»	2 — S »	Escudo .....	»	1 — S »
Veintén.....	»	»	Veintén.....	1793	M̃ MF
Doblón .....	1790	2 — S »	Medio duro...	»	R — 4 M̃ — MF
Escudo .....	»	1 — S »	Peseta.....	»	R — 2 M̃ — MF
Veintén.....	»	M̃-MF	Real.....	»	» — 1 MF
Media onza. ...	1791	4 — S M̃ MF	Medio real....	»	M̃ MF
Doblón .....	»	2 — S »	Doblón .....	1794	2 — S »
Escudo .....	»	1 — S »	Veintén.....	»	»
Veintén.....	»	»	Media onza...	1795	4 — S »
Media onza ...	1792	4 — S »	Doblón .....	»	2 — S »

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Media onza...	1796	4 — S »	Escudo .....	1801	1 — S »
Escudo .....	»	1 — S »	Onza .....	1802	8 — S » DA
Veintén .....	»	M MF	Media onza...	1803	4 — S »
Doblón .....	1797	2 — S »	Doblón .....	»	2 — S »
Escudo .....	»	1 — S »	Idem .....	1804	2 — S »
Doblón .....	1798	2 — S »	Idem .....	1805	2 — S »
Escudo .....	»	1 — S »	Idem .....	1806	2 — S »
Duro .....	»	R — 8 M MF	Idem .....	1807	2 — S »
Doblón .....	1799	2 — S M MF	Real .....	»	R — 1 M FA
Escudo .....	»	1 — S »	Doblón .....	1808	2 — S » AI
Doblón .....	1800	2 — S » FA	Duro .....	»	R — 8 M AF
Media onza...	1801	4 — S »	Real .....	»	R — 1 M AI
Doblón .....	»	2 — S »			

*José Bonaparte (1808-1813)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Duro .....	1808	20 — R M AI	Duro .....	1809	8 — R » IG
Peseta .....	»	4 — R » AI	Idem .....	»	20 — R »
Doblón .....	1809	80 — R » AI	Peseta .....	»	4 — R »



	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Onza.....	1810	320 — R »	Doblón.....	1812	80 — R M AI
Duro.....	»	20 — R »	Duro.....	»	20 — R » AI
Medio duro...	»	10 — R »	Medio duro...	»	10 — R » RN
Peseta.....	»	4 — R M AI	Peseta.....	»	4 — R » RS
Doblón.....	1811	80 — R »	Doblón.....	1813	80 — R » RN
Duro.....	»	20 — R »	Duro.....	»	20 — R »
Medio duro...	»	10 — R »	Medio duro...	»	10 — R » RN
Peseta.....	»	4 — R »	Peseta.....	»	4 — R »
Dos reales....	»	2 — R »			
Onza.....	1812	320 — R » RS	Real.....	»	1 — R » AC

*Fernando VII (1808-1833)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Doblón.....	1812	2 — S M IJ	Medio duro..	1813	R — 4 M GJ
Duro.....	»	R — 8 »	Peseta.....	»	» — 2 IG
Peseta.....	»	» — 2 »	Real.....	»	» — 1 IJ
Doblón.....	1813	2 — S M IG	Onza.....	1814	8 — S M GJ
Duro.....	»	R — 8 M IJ	Duro.....	»	R — 8 »
Medio duro...	»	» — 4 »	Real vellón...	»	»

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Media onza....	1815	4 — S »	Doblón .....	1822	80 — R »
Duro .....	»	R — 8 »	Duro .....	»	20 — R »
Medio duro....	1816	R — 4 »	Peseta.....	»	4 — R »
Veinten.....	1817	M̄ GJ	Media peseta.	1823	R — 2 » AJ
Media onza....	1820	8 — S »	Idem .....	1830	»
Real.....	»	R — 1 M̄ GJ	Real.....	»	R — 1 »
Medio duro....	1821	10 reales M̄ SR	Idem .....	1832	»
Onza.....	1822	320 — R »	Doblón .....	1833	2 — S »
Media onza....	»	160 — R »	Duro .....	»	20 — R » DG

*Isabel II (1833-1868)*

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Doblón .....	1834	80 — R M̄ CR	Duro.....	1837	20 — R » CR
Duro .....	»	20 — R » NC	Peseta.....	»	4 — R »
Doblón .....	1835	80 — R M̄ CR	Real.....	1839	1 — R » CL
Duro.....	»	8 — R CR	Doblón .....	1842	»
Peseta.....	»	4 — R »	Medio duro...	»	10 — R » CL
Duro.....	1836	20 — R » NC	Maravedí.....	»	DG
Media peseta..	»	2 — R » CR	Doblón .....	1844	» LC
Doblón .....	1837	»	Media peseta.	»	1 — R M̄ CL

	Anverso	Reverso		Anverso	Reverso
Duro.....	1847	20 — R » DC	Peseta.....	1857	* *
Real.....	»	1 — R » DC	Diez reales...	»	10 — R * *
Duro.....	1848	20 — R » LC	Dos reales...	»	2 — R * *
Peseta.....	»	4 — R »	Duro.....	1858	* 20 rs. *
Medio real....	»	DG	Idem.....	1859	»
5 décimas....	»	»	Real.....	»	1 — R * *
Duro.....	1849	20 — R M LC	Duro.....	1860	* 20 rs. *
Peseta.....	»	4 — R » CL	Real.....	»	1 — R * *
Doblón, 100 rs.	1850	M	Doblón, 100rs.	1861	* 100 rs. *
Duro.....	»	20 — R » CL	40 reales oro..	»	* 40 rs. *
Idem.....	»	» DC	20 reales oro..	»	* 20 rs. *
Idem.....	»	* 20 rs. *	Duro.....	»	* 20 rs. *
Idem.....	1851	»	Duro de oro..	1862	* 20 rs. *
Idem.....	1852	»	Real.....	»	1 — R * *
Real.....	»	1 — R * *	100 reales....	1863	* 100 rs. *
Medio duro....	»	* 10 rs. *	40 reales....	»	* 40 rs. *
Idem.....	1853	»	Duro de oro..	»	* 20 rs. *
Doblón, 100 rs.	1854	* 100 rs. *	Media peseta.	»	2 — R * *
Duro.....	»	* 20 rs. *	100 reales....	1864	* 100 rs. *
Doblón, 100 rs.	1855	»	40 reales....	»	* 40 rs. *
Duro.....	»	»	D. on 4 E. oro.	1865	* 4 E. *
Doblón, 100 rs.	1856	»	Idem .. . . .	»	* 2 E. *
Pieza de 100 rs.	»	* 100 rs. *	Idem .. . . .	1866	* 4 E. *
Duro.....	»	* 20 rs. *	Escudo .. . . .	»	* 1 E. *
Peseta.....	»	4 — R * *	Doblón .. . . .	1867	* 4 E. *
Duro.....	1857	* 20 rs. *	Escudo.....	»	* 1 E. *
		»	Doblón .. . . .	1868	* 4 E. *
			2 escudos....	»	* 2 E. *
			2 reales.....	»	* 20 c. E. *
			Real.....	»	* 10 c. E. *
			Medio real ...	»	* 5 c. E. *

## VARIEDADES

### La partida bautismal de "Tirso de Molina,"

Hace cuarenta años era muy poco lo que se sabía de la vida de Tirso de Molina y pocos los que trabajaban por averiguarlo. Un premio que al mejor estudio sobre el madrileño dramaturgo propuso la Real Academia de la Lengua en 1885 fué tal vez el aliciente que lanzó a varios investigadores por archivos en busca del documento y del detalle ignorado. Uno de los concursantes, la señora de los Ríos, obtuvo el premio (1), y desde entonces, aunque el trabajo premiado continua inédito, casi no ha pasado año sin que aporte un nuevo dato o publique algún documento desconocido, que, empleando la frase de una ilustre escritora, han sido como «los hilos y rayos de luz que Blanca pudo recoger y que iluminaron la densa sombra» (2).

Tal vez entre los numerosos trabajos con que ha enriquecido la bibliografía de Tirso, ninguno de tal valor —revolucionario históricamente— del último aparecido: la conferencia que pronunció en la Real Academia de Legislación el 30 de abril último, que ahora acaba de aparecer impresa (3). El capítulo, a mi parecer, más importante por su novedad y por lo sabiamente desarrollado, es aquel en que intenta demostrar que la partida de bautismo encontrada por ella en el archivo parroquial de San Ginés, de Madrid, hace treinta y seis años, partida que transcribe y comenta incluyendo dos facsímiles en el texto, es la de fray Gabriel Téllez (4).

Sostiene doña Blanca de los Ríos que el Gabriel, hijo de Gracia Juliana, que allí figura bautizado el 9 de marzo de 1584, es fray Gabriel Téllez, Tirso de Molina; pero no Téllez simplemente, apellido que desde en vida del fraile se le viene aplicando, sino un Téllez Girón, hijo nada menos que del segundo duque de Osuna y hermano del gran Girón, que contaba en esa fecha nueve años (5). Dedúcelo

---

(1) *Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina). Estudio biográfico y crítico premiado por la Real Academia de la Lengua*, anunciado como «en preparación» en el *Catálogo de las obras de Blanca de los Ríos de Lampérez y algunos juicios de la crítica acerca de ellas*. Madrid, V. H. de Sanz Calleja, 1927, págs. 6-7.

(2) Condesa de Pardo Bazán, en *La Nación*, de Buenos Aires, 1910.

(3) *El enigma biográfico de Tirso de Molina*. Madrid, Tip. de Alberto Fontana, 1928, 75 págs., 4.º

(4) Aquí verá el lector reproducidos aquellos facsímiles, para que más cómodamente pueda por sí apreciar la cuestión en su totalidad. Uno de ellos (lám. II) es de la partida en cuestión, íntegra, un poco reducida de tamaño; el otro (lám. III) de la nota marginal, tachada en parte posteriormente, nudo del enigma. Esta en la reproducción algo ampliada.

(5) Entre los dos duques de ese título a quienes se puede atribuir la paternidad, se inclina la señora de los Ríos por el segundo duque, D. Juan.





Lámina I.—«Tirso de Molina». Retrato de Soria en que se dan las fechas 1572 y 1648 como extremas de la vida del escritor. (Reproducción del grabado por D. B. Maura y publicado en el tomo XII de *Libros españoles raros y curiosos* en 1878.





A los nueve de  
mil y quinientos  
tro en la Volos  
esta villa de  
Gabriel  
Guliana y de  
del qual fuere  
por ydalgos, y L  
no balgaendo propio  
Corrado Doctor Lima  
maestro de tie  
Hiero Capos cristinos, Ma  
caro de Arana  
eduvieron a t  
murinez, ni  
arte

Lámina III.—Reproducción ampliada del margen con las tres líneas en discusión.

bado todos los exploradores de la historia ante el hallazgo de un documento revelador». Yo he tenido ante mis ojos esa partida, y confieso que no he sentido choque inefable alguno hijo del ayuntamiento del espíritu y la verdad, sino la desazón de la duda, y esa duda es la que intento exponer noble y sinceramente, y sólo con el deseo de prestar mi ayuda modesta a la insigne autora del estudio, señalándole un posible punto débil del edificio, para que al darlo por acabado, cuando edite su libro sobre Tirso, refuerce la prueba hasta disipar de nuevo todo asomo de desconfianza; que nadie pueda pronunciar la palabra «superchería» tratándose de asunto en que todos debemos trabajar porque resplandezca la certeza, y más si lleva la firma de escritora cuya honradez literaria y seriedad, probada mil veces, excluye de antemano toda posibilidad de engaño voluntario.

Quede, desde el comienzo, sentado que la nueva fecha encontrada por la señora de los Ríos no tiene como única garantía de exactitud la partida; cuenta además con el apoyo de la conocida Cédula del Real Consejo de Indias, dada a conocer por ella (1), y está confirmada por el fruto de aquella confesión íntima que arranca la escritora al escritor frente a su obra. En último caso aun quedarían en pie los testimonios de autoridades en paleografía, como son el llorado don Antonio Paz y Melia y «el meritísimo perito y fotógrafo D. Ramón Gil y Miquel».

Por eso, las dudas que voy a exponer respecto a la exactitud de la transcripción de la nota puesta al margen de la partida de Sau Ginés no debilitan siquiera la prueba respecto a la fecha; mucho menos niegan el mérito indiscutible del trabajo (2).

Lee doña Blanca de los Ríos, bajo ese borrón cruel que se ha lanzado sobre lo escrito al margen, lo siguiente, conservando las abreviaturas del original: primera línea, «Tz. Girón»; segunda línea, «Hijo del», y tercera línea, «Dq. Osuna».

Hoy, observando con la mayor buena voluntad y el mejor deseo de encontrar allí debajo esas palabras, no he podido dar con ellas ni en el original, ni en la fotografía, ni en lectura directa, ni al trasluz. Por eso es preciso acudir a recursos indirectos para averiguar lo que dice o, como únicamente pretendo, lo que no dice.

Una de las circunstancias que pudieran tal vez alegarse en apoyo de la sospecha de error es que desde hace treinta y seis años esté esa partida descubierta, conocida su existencia por la señora de los Ríos, por el Sr. Paz y Melia, por los encargados del archivo parroquial de San Ginés..., y todos hayan guardado secreto el hallazgo, y se haya esperado a que lo que entonces, a pesar de la tachadura, pudo leer de corrido el Sr. Paz y Melia, y en presencia de ello afirmar que, «sin titubear declararía que aquella fe bautismal era la relativa al gran dramaturgo, si a ello no se opusiera la fecha señalada en la inscripción de su retrato» (3), ya no se

---

(1) Vid. artículo de Blanca de los Ríos de Lampérez en el diario *ABC*, de Madrid, del 12 de noviembre de 1922: *Reedificación biográfica. Un documento para la biografía de Tirso de Molina*. Es curioso que Mesonero Romanos dé la fecha de 1585, sólo en un año apartada de la de 1584 y tan distante de la asignada corrientemente y la del retrato de Soria (entre 1570 y 1572), y sería interesante averiguar el fundamento que tuvo el escritor madrileño para lanzarla, porque Mesonero Romanos fué un alto ejemplo de escritor preocupado del documento hasta donde entonces era posible, y en época de fantasía y creaciones.

(2) No ignoro que la prueba que podríamos llamar de autoridad es abrumadora en contra de mi posición: desde los citados, hasta Gómez de Baquero en *El Sol* (23 de septiembre de 1928) admiten todos el punto de vista de la señora de los Ríos.

(3) Blanca de los Ríos, *El enigma biográfico de Tirso de Molina*, pág. 31.



pueda por haberse «oscurecido» la tinta de las tachaduras (1), y cuando está desgraciadamente muda para siempre la autoridad que podía, reforzando con la suya la grande de doña Blanca de los Ríos, confirmar con testimonio irrecusable tal afirmación.

Pero ¿se puede leer en las tres misteriosas líneas lo que se pretende? Veamos: En la primera línea, aunque se observa en el original que se ha manipulado allí con algún líquido (tal vez puerilmente con saliva, por si se lograba hacer desaparecer el entintado y que quedara al descubierto la escritura inferior), para leer «Tz.» y «Girón» (2) es preciso inventar una nueva *t*, sin alzado, distinta de la constantemente empleada en el cuerpo de la partida, y una *z* también nueva, sin caído, en contra de lo que nos dice el resto del documento. Obsérvese en el texto cómo a la *t* no le falta en ningún caso este rasgo, y menos a la inicial, en *tiniente* y *testigos*, por ejemplo (3); véase cómo la *z* lleva siempre el trazo inferior correspondiente, que puede observarse en las palabras *baptizo* (4.<sup>a</sup> línea), *Cruzado* (12.<sup>a</sup> línea) y *Martínez* (15.<sup>a</sup> línea); donde se pretende leer «Girón» hay que tener en cuenta la nueva forma que para la *G* mayúscula se introduce: sin el caído que observamos en el «Gabriel» del mismo margen y en las palabras *Gabriel*, *Gracia* (lín. 5) y *Gaspar* (lín. 7) del texto, y, lo que es más extraño, sin rasgo superior alguno; *G*, por otra parte, de un *ductus* completamente *sui generis*, comparada con todo lo escrito y no tachado. Parece, además, desmesurado el espacio que ocupa la pretendida palabra Girón.

En la segunda línea, la lectura «Hijo» es legítima; no así «del», de donde se saca (de que se haya escrito «del» y no «de») un argumento a favor de la lectura de la línea siguiente; lo mismo puede decir «del» que «de», pues quien haya leído una sola vez documentos de esta época sabrá que no eran los calígrafos muy escrupulosos en los tamaños relativos de la *e* y la *l* en la combinación «del», ni en el trazado o supresión del signo de abreviatura. Compárese la pretendida *l* final con la típica del texto en la misma posición, y se notará cuán grande es la diferencia de una a otra; ésta, de ojo abierto, constituida por una sencilla línea vertical ligeramente curvada hacia la derecha en su parte superior; aquélla, con el ojo cerrado, enana hasta hacerse más pequeña que la *d* y con una curvatura general hacia la derecha que la coloca muy próxima a la *e* del texto, si no es precisamente tal letra. En el mejor de los casos, por faltar aquí el signo general de abreviación, más lógico es leer «de» que «del», mientras el texto siguiente no contradiga la transcripción. Es decir, la lectura «de» o «del» depende de lo que siga después, nunca ésto de aquélla.

Vengamos ahora a la tercera de las líneas en entredicho: La redacción «duque Osuna» es un disparate de lenguaje. Duque es un título que implica autoridad sobre un lugar, y siempre lleva anejo un nombre geográfico con «de»;

---

(1) Afirmación esta última algo atrevida, porque no es lo común que las tintas se oscurezcan con los años y la luz, sino, lo contrario, que empalidezcan. Además, una escritura que a los ciento ocho años de estampada se puede leer, a pesar de todo, de corrido, no es fácil que en los treinta y seis años siguientes llegue al estado en que se encuentra hoy. La acción de la luz, estando el libro, como está, cerrado y en armario, ha sido nula desde 1892 acá; no así en los años anteriores, cuando el libro debió forzosamente ser más consultado.

(2) En el supuesto de que sea lo marginal de mano del escribano del cuerpo, Jerónimo Campos, cosa más que dudosa para mí.

(3) Lám. II. líneas 10 y 13. Esto suponiendo que la *t* de «Tz.» sea minúscula, porque si fuera mayúscula, la dificultad de tal lectura subiría al rango de imposibilidad.

decir duque Osuna, entonces como ahora, es tan incorrecto gramaticalmente como rey Castilla o un «gobernador Barataria» que hubiera inventado Cervantes. Pero pudiera acaso admitirse esta brevedad inexplicable, en gracia a la rapidez con que se habrían de sentar esas notas marginales, si la lectura fuera tan evidentemente clara que no admitiera otra. Pero ¿de dónde sacar la *d* inicial, que si es mayúscula no hay medio de reconstruir de los pequeños restos náufragos que ahí quedan, y menos aún si minúscula, teniendo a la vista las del texto? (i). ¿Adonde ha ido a parar el rasgo inferior de esa *q* nonnata, compañera de la *D*? La *O* inicial de Osuna, yo no me atrevería a afirmar rotundamente que sea tal *O* sin más pruebas que ese alargado arco que sobresale por sobre el borrón de la línea tercera; lo mismo puede ser una *O* que (y tal vez con mayor probabilidad) la parte superior del nexo *st* (2), el alzado de una *h* o de una *G*. La transcripción menos posible es la de *O*, porque, en tal caso, se cerraría en el aire, mucho más arriba de la línea: prolónguense los dos arcos que ahí sobresalen y se verá que se encuentran ya casi, fuera de lo tachado.

No parece sino que el que escribió esas líneas se complació en trazar letras nuevas y extrañas. Se podría tal vez decir que sí, que se quiso precisamente desfigurar la letra para hacer ilegible el pasaje; pero esto tendría explicación después de verificada la tachadura, cuando hubo surgido el deseo de ocultar lo inconfeable, no antes, al escribir con la intención lógica de que fuera tan duradera la leyenda marginal como el cuerpo mismo de la partida.

El nombre del bautizando, en el texto, se dice que fué escrito de forma que quedara un «claro, como una débil esperanza, después del nombre Gabriel (nótese que la *e* final, cortada a cercén en la nota marginal, fué aquí prolongada con un trazo como para llenar el hueco) [*paréntesis, como lo transcrito, de Blanca de los Ríos*], y a continuación se consignó, dejando al neófito sin nombre...» Esa *l* lleva el trazo final prolongado, por la misma razón que lo lleva la final de «el» (línea 10) o la *e* de «de» (línea 6) (este rasgo final de «de» es un caso idéntico exactamente al discutido), y tal vez también para hacer menos notable un hueco; pero no un hueco *dejado* al escribir Gabriel, sino *encontrado* cuando se fué a poner el nombre. El libro de bautismos en que se incluye la partida (3) está casi todo él escrito por un escribano, no de los mejores, ciertamente, de aquel siglo xvii en cuyo final se escribió con tanto descuido, pero tampoco de los peores. La partida en cuestión está escrita de puño y letra del teniente de la parroquia, Jerónimo Campos, «notario apostólico y notario público del Sacro Imperio» (4). No es, por consiguiente, que esté escrita con «primor caligráfico» ni que no haya «en el libro ninguna mejor escrita» (5), por tratarse de tal personaje, sino que lo está por otra mano, la misma, y con el mismo primor que los dos asientos inmediatamente anteriores y los dos también siguientes, en el vuelto del mismo folio 136, en cuyo rec-

(1) Véase cuán distinta es la *D* de la que encontramos para *Doctor* y en la partícula «de» (lám. II, línea 10), y para la *d* minúscula compárense los trazos del margen con las de las palabras de *Hidalgo*, *Cruzado*, « c. (líneas 8, 12, et *passim*).

(2) Obsérvese este nexo en las palabras *desta* (línea 4.), *maestro* (línea 11), *sacristanes* (línea 12), etc. Téngase en cuenta el nexo *ct* en *Doctor* (línea 10).

(3) Libro núm. 7 de los de San Ginés, comenzado el 22 de mayo de 1582 y terminado el 26 de junio de 1586, 361 folios, papel, tamaño folio.

(4) Según afirma el mismo en el fol. 136 v. del libro.

(5) *El enigma biográfico*, pág. 35.

to se contiene la discutida. El padre Campos escribió cinco partidas en total (1), dos o tres diligencias accidentales, y algún añadido o rectificación a lo escrito por el amanuense de oficio que debía haber en la parroquia. Pero el teniente de cura empleó un recurso muy expedito y socorrido siempre para ganar tiempo: escribió de antemano el formulario de sus cinco partidas, dejando los huecos correspondientes para llenarlos en el momento de la inscripción en el libro del nuevo cristiano, con los detalles de la fecha, nombre, padres, etc. En comprobación de ésto, se podrá observar cómo en las dos partidas que preceden a la de Gabriel (una de «Matías» y de «María» la otra), queda el mismo claro después de los nombres; y para corroborarlo, los dos asientos que le siguen (2) están inutilizados antes de llenarlos, con sus correspondientes espacios blancos y de distintos tamaños, según el texto para que se destinaban: no sólo para el nombre, sino para la fecha, padres, los padrinos, etc. El segundo de los formularios es el siguiente:

«A los... (*pequeño espacio*) del mes de Março de mil quinientos y ochenta y quatro... (*pequeño espacio*) se baptizo en esta yglesia de S.<sup>or</sup> San Ginés... (*pequeño espacio*) hijo de... (*espacio de más de dos líneas*) fueron sus padrinos... (*con dos líneas en blanco*) siendo cura el S.<sup>or</sup> doctor A.<sup>o</sup> de Lima y tiniente el Maestro Hierónimo Campos, Sacristanes Mathías Cruzado, Lazaro de Arando (*sic*), Testigos que estuvieron presentes al baptismo» (3).

Creo haber demostrado, con lo dicho y lo transcrito, que el hueco en cuestión no fué dejado ahí como una débil esperanza de que viniera a ocuparlo el nombre de un linajudo Téllez Girón, sino que *fué encontrado* y llenado lo más y mejor que se pudo con el nombre de Gabriel exclusivamente, y teniendo el escribano espacio suficiente, alargó el último rasgo de la *l* tanto o más que el de las restantes del texto; en cambio en el margen, como es fácil observar, no andaba muy sobrado de hueco en que hacer primores y filigranas caligráficas porque lo impedía el comienzo del texto, escrito ya de antemano.

Lo sucedido, a mi juicio, es mucho más sencillo y menos aparatoso: en el formulario, escrito anteriormente, como queda demostrado, por el P. Campos, alguien, que no era él, pensó inscribir a un bautizando y empezó por anotar su nombre y los datos más precisos en el margen. Luego Jerónimo Campos no lo encontró bien o no llegó a bautizarse en San Ginés aquel neófito, borró la nota, salvando la tachadura, y escribió lo que hoy queda.

He de confesar, no obstante, que no hay razones para negar que la partida descubierta por doña Blanca de los Ríos sea la de fray Gabriel Téllez, como creo asimismo que no las hay para afirmar que lo sea; me inclino a creer que realmente se trata de la partida de Tirso de Molina, aunque contradiga la afirmación del retrato de Soria (4), porque, como se ha visto más arriba, esta fecha tiene en su

---

(1) Si no me he saltado ninguna en mi examen.

(2) Fol. 136 v. del libro original.

(3) Fol. 136 v. Al final del folio en que se contienen estos dos formularios tachados está escrito y firmado de mano del propio Jerónimo Campos: «Todo esto no valga, pues quedó assi por hierro, yo el maestro Hiero.<sup>o</sup> Campos, notario apostólico y notario público del Sacro Imperio y tiniente de cura de dha. yglesia. —Campos».

(4) A título de información se da aquí también este retrato de importancia suma. (Lámina I).

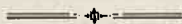


apoyo otros testimonios y da explicación cumplida, además, a la rara particularidad, que ya extrañaba al Sr. Cotarelo (1), de que Tirso retrasara su profesión religiosa hasta los veintinueve años de edad —el 21 de enero de 1631 (2)—, cuando lo común era se hiciera en la primera juventud, antes de los veinte años: si es cierta la fecha de 1584 se verificó la profesión cuando Tirso tenía unos diez y siete años.

Dice doña Blanca de los Ríos (3): «Si la partida bautismal encontrada por mí en San Ginés fuera la de fray Gabriel Téilez, la vida del excelso poeta habríase reconstruido entera entre mis manos; aunque esa partida no sea la suya, puedo congratularme de haber reedificado íntegramente su vida, documento a documento...» Exacto de toda exactitud. Mis observaciones no contradicen la legítima congratulación de la insigne maestra del investigar y del decir, y yo quiero reconocerlo expresamente; quiero hacer mías, suscribiéndolas, las palabras de Menéndez Pelayo en su prólogo a *Del Siglo de Oro* (4), palabras que un queridísimo amigo y maestro, D. Pedro Sáinz Rodríguez, recordó en solemne ocasión hablando de la Sra. de los Ríos: «La naturaleza se complació en reunir en ella dotes que rara vez se encuentran juntas, y puso en débil cuerpo femenino un alma de temple de acero, a quien no arredran los obstáculos ni rinde la incesante labor, ni desalienta siquiera el no encontrar, al término de la investigación, todo lo que de ella se esperaba. Su viva y poética fantasía puede llevarla quizás a exagerar la importancia de algún dato o a establecer alguna combinación literaria; pero su bien regido entendimiento y sólida cultura bastarán para alejarla del peligroso sendero y contenerla dentro de los límites de la prudencia crítica. Y, en cambio, jamás adolecerán sus producciones de aquella aridez de estilo y sequedad de alma que suele caracterizar a los simples eruditos» (5).

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.

*Archivo de Villa.*



## Moratín y su época

Émulo de Moliere fué Moratín, y junto a él descansaron sus cenizas mortales. Era Moratín un hombre que pocas veces mostró alegría, ni aun en la infancia sintió la atracción de los juegos, y su rostro, herido por la pica de la viruela, le había exasperado su carácter hasta hacerlo antipático.

---

(1) *Discurso preliminar* de las *Comedias de Tirso de Molina* en el tomo IV de la N. B. A. E., pág. XV.

(2) Según el descubrimiento de D. Manuel Serrano y Sanz. (Vid. *Nuevos datos biográficos de Tirso de Molina*, por el citado catedrático, en *Revista de España*, 1894, págs. 66-74 y 141-153.

(3) Trabajo citado y comentado, pág. 50.

(4) Blanca de los Ríos: *Del Siglo de Oro*, Madrid, 1910, prólogo, pág. IX.

(5) Del discurso pronunciano por el Dr. Sáinz Rodríguez en el homenaje a la ilustre escritora tributado en la Real Academia de Jurisprudencia el 12 de marzo de 1924. (Recogidas estas palabras en *Homenaje a doña Blanca de los Ríos*, Madrid, tip. de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1924, págs. 18-19.



Manuel Silvela, su íntimo y biógrafo, decía de él que fué afortunado decidor, pero sólo en la intimidad, pues fuera de ella su mutismo le mostró como a un estúpido. Fué reservado, y su carácter de desconfianza le hizo cobarde; alabó y se adaptó a todos los poderes, y su única fuerza de carácter la aplicó a las disciplinas literarias, en las cuales fué siempre sumo pontífice del preceptismo en España. Obligar al que siguiera su escuela a ceñirse a los moldes señalados fué la única característica de fuerza que nos dió.

Es, dentro de su tiempo, quizá el de más positivo talento, el más cultivado y laborioso de todos; el valor de sus obras lo realizaba la más exquisita pulimentación (privilegio de laboriosa inteligencia, *¡si labor limae non offenderet unumquemque poetarum!*) (1) y un máximo de pureza en el estilo y lenguaje. No se puede negar que Moratín en el siglo XVIII supone un valor incomparable; pero esto ha dado lugar a la creencia de que él podía representar y ser imagen de dicho siglo, y esto nos parece una afirmación fortuita.

Moratín creemos que bajo ningún aspecto podría ser símbolo de su siglo, el siglo de los abates desordenados, siglo que habría que estudiar en las obras que nos legó el más galante de todos, Casanova. Hay en estas obras, bajo la apariencia frívola y galante, un fondo digno de la página más seria de la Enciclopedia, y su estudio (por ejemplo, sus *Memorias*) sería fuente legítima para el estudio de aquel siglo de amores y revoluciones, de filosofía y acción violenta por conquistar lo que hasta ahora ha seguido siendo tan sólo una palabra: Libertad.

Alcalá Galiano, en las lecciones que acerca de este siglo explicó en el Ateneo de Madrid (2), dice que fué «uno de los más insignes en la historia del mundo, no porque en él haya dado quizá la literatura frutos tan sazonados como dió en el siglo anterior y aun en el siglo XVI, sino porque en él recibió el entendimiento humano un impulso violento y se precipitó a la vez por varias sendas, sin apartarse empero de la literaria; viene por eso a ser la época más importante quizá en la historia del linaje humano»; y en unas lecciones posteriores afirma, hablando de Moratín y de Cienfuegos, «que pueden considerarse como una expresión del próximo pasado siglo, en la hora de su acabamiento».

En lo que se refiere a Moratín no estamos conformes con Alcalá Galiano, máxime después de leer el párrafo que precede, y sin embargo, esto lo hemos oído con frecuencia; pero creemos que entre Moratín y su siglo el afrancesamiento, que también pudo ser característica de nuestros siglos medios, no es prueba bastante, a nuestro juicio, para hacerlo representativo de él, pues por otra parte lo creemos la antítesis de Moratín.

Esta vulgaridad es semejante a la de suponer al romanticismo opuesto a lo clásico español, y hablamos aquí de él porque la invasión romántica nació en España, no, como se ha venido diciendo, como reacción contra el clasicismo de Lope y Calderón, sino contra el preceptismo de peluca y gafas importado de Francia por Moratín, a quien las ideas de Boileau y Barthèlemey habían intoxicado de reglas y preceptos; y no hay que perder de vista que si el XVIII fué el siglo de las poéticas, las vías literarias se ampliaron ante la visión de las revoluciones, y a pesar de que en el pecado del preceptismo cayeron hasta incluso los que, como el abate Mar-

---

(1) Verso 290 de la *Epístola ad Pisones*, de Horacio.

(2) *Historia de la Literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*. Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid por D. Antonio Alcalá Galiano. Madrid, 1845.

chena, tuvieron un carácter político de barricada, así Menéndez Pelayo, en su estudio sobre éste (1), dice que «Marchena, por una contradicción que en su tiempo no era rara y que también observamos en Gallardo y en otros, era furibundo revolucionario en todo menos en la literatura y en el lenguaje», y así lo vemos alabar a Moratín en su poético «Discurso de la apertura de una Sociedad literaria»:

«Apolo templará su acorde lira  
cuando de Jovellanos y Batilo,  
*del dulce Moratín* y Santibáñez  
los loores cantemos...»;

en cambio, Iriarte y Trigueros son tachados de insulsos y pesados.

La literatura del siglo xviii era de revuelta, trashumante, de pasión política, literatura ramplona de combate, literatura de grandes locuras y horizontes, pero desbocada y sin guía. Entre tanta dirección no hay motivo para fijar como tipo del siglo al grupo de los preceptistas, aunque la influencia francesa sea acusado carácter del siglo, y surge el fijar la atención sobre los reformadores del buen gusto que capitaneó Moratín; recordemos lo que el antes citado Alcalá Galiano, en su prólogo a las obras del duque de Rivas (2), dice de ellos: «Los llamados restauradores del buen gusto en la literatura castellana a mediados del siglo xviii son ciertamente merecedores de tan honrosa denominación, si se considera cuál fué el gusto que combatieron y ahuyentaron; pero no lo son tanto si se considera cuál fué el que le sustituyeron. Si los autores franceses adolecían del defecto de ser imitadores en demasía, los españoles cometieron otra falta más grave dedicándose a sacar copias de copias. Agregábase a esto que en los últimos años era la imitación el doble violenta, porque *en España había un gusto y un estilo nacionales* ya formados...; al introducir el clasicismo francés, los preceptistas españoles del siglo xviii, lo forzaron todo: lengua, hábitos, ideas, viniendo a ser sus composiciones sarta de palabras escogidas con esmero..., y en que si bien sobresalía la corrección, reinaba el mayor de todos los vicios, a saber: el empeño de encontrar modelos en parte muy diferente de aquella en que conviene buscarlos...» En efecto, en España había un gusto nacional que también nos señala Menéndez Pelayo (3), sin perjuicio de decir: «El siglo xviii empalma dos épocas de la literatura española, el siglo xvii y el xix, entre las cuales nunca se dió una verdadera solución de continuidad»; pero agrega, en contradicción: «Lo clásico español se transmite de modo continuo, aun en aquellas tragedias sujetas a las tres unidades»; y en efecto, bajo la factura de lo clásico se producían ya obras de fondo romántico, así como se dió también el fenómeno contrario, obras de factura romántica y fondo clasicista. Existía, pues, aun en el siglo afrancesado, una tradición de lo clásico español, lo mismo que existía lo clásico francés de Moratín; bien pudo el talento de éste seguir las rutas españolas, y el siglo xviii hubiera sido tan diestro en literatura como su precedente. Pero se ha de hablar, pues, en literatura del siglo asociándola con la historia de las ideas, y

(1) *Obras literarias de D. José Marchena...* Con un estudio crítico-biográfico del doctor D. M. M. P. Sevilla, 1892-1896.

(2) *Obras completas del duque de Rivas*. Prólogo de la edición de París por Antonio Alcalá Galiano, tomo II. Madrid, 1854.

M. P., *Ideas Estéticas*, tomo I.

Moratin carece de tal característica para representarle, pues si no el siglo de la Enciclopedia no hubiera podido ser definido, como lo era por Forner, en «siglo de ensayos», «siglo de diarios», «siglo de impiedad», «siglo hablador», «siglo ostentador».

Cánovas del Castillo (1), de Moratín y los preceptistas, comenta: «Seguramente entre los que siguieron aquel partido hubo muchos hombres de ciencia y muchos de bien; pero no representantes, en poco ni en nada, del rancio espíritu caballeresco, aventurero y fantástico de sus antepasados.» Pero lo más lamentable es aquello de que las reglas de Moratín se tuvieran como base de reforma, a pesar de existir un subsuelo español netamente, tanto que la Academia de la Historia ponía así en el prólogo a las obras de D. Leandro (2), que «Lope fomentó la corrupción del arte en el tiempo que iba a sucederle; Moratín ha preparado su mejora y perfección. La lectura y estudio de sus obras no puede menos de contribuir a la propagación del buen gusto y a la deseada reforma de nuestro teatro». Creo que la brillante literatura del romanticismo, hija legítima y aun de sangre más depurada que el clasicismo de Lope, es la mejor réplica que se puede dar a la de Lope corruptor, y bastará recordar que las mismas grandes obras moratinianas, sin meternos en preocupaciones de originalidad en gracia a la falta imaginativa y a los esclavos moldes que ponía en su obra Moratín, eran de tibia estructura y no podían lograr el interés popular que Lope consiguió en siglos que no tenían el espíritu tan dispuesto a toda obra humana.

El teatro de Moratín es el equilibrio insano del preceptismo, y su lenguaje es tan esclavo a su obsesión purista, que oyendo comenzar una cláusula ya sabemos su terminación y la colocación y el empleo que de las palabras hace. Donde la libertad no existe, la inexpressión se impone; el teatro de Moratín fué tal su frialdad, que no obstante el extraordinario valor de algunas piezas no interesó a nadie, y en cambio Lope fué el ídolo del pueblo.

Así lo ve el crítico moderno Rocamora: «Ni reformó el teatro, ni las costumbres, ni el gusto. Quiso convertir en parque inglés, y mereció por ello censuras, el parque exuberante de la inspiración shakespeariana» (3).

La escuela de Moratín fué un molde en que se quiso encerrar todo el desbocado espíritu del siglo; pero jamás se perdió el hilo de nuestro clasicismo, entroncado briosamente con el siglo XIX y transmitido paulatina y constantemente en el subsuelo literario del siglo XVIII, siglo anonadado literariamente por las tormentas políticas de los pueblos en su preliberalismo. «Moratín comprimía sin saberlo su sensibilidad —nos dice el marqués de Valmar—, así como Cienfuegos sacaba de quicio la suya, falseando ambos en sentido inverso las prendas reales y positivas de su alma» (4).

Moratín, fanático de las reglas, no puede representar un siglo de ideales errantes, y Moratín, como señala Ruiz Morcuende (5), preséntase en escena

---

(1) *La libertad en las Artes*. Discurso leído ante la Real Academia Española el día 3 de noviembre de 1867, publicado en *Artes y Letras*. Madrid, 1887.

(2) *Obras de D. Leandro Fernández de Moratín*, dadas a la luz pública por la Real Academia de la Historia, tomo I. Madrid, 1830 (prólogo, pág. XV).

(3) *De un ambiente literario: En tiempo de Moratín* (artículo en *A B C* del 4 de julio de 1928), por José Rocamora.

(4) Leopoldo A. de Cueto, *Poetas líricos del siglo XVIII*. Madrid, 1869. (*Biblioteca de Autores Españoles*, tomo LXI.)

(5) *Moratín: Teatro*. Edición, prólogo y notas de F. Ruiz Morcuende. Madrid, 1924.



en el D. Hermógenes (y por cierto este personaje lanza sin pensarlo tremendas acusaciones contra las reglas atávicas); mas creemos con Piñeyro que el mejor retrato de Moratín es D. Pedro, «el personaje por cuya boca habla Moratín mismo, que es siempre pesado, de una severidad antipática, aunque no sea ésta evidentemente la intención del autor» (1). Tal nos revelan a su creador estos personajes, y ese no pudo ser el ambiente del siglo XVIII; no pudieron serles simpáticos a aquel siglo que Forner llama «hablador». Esto no era el siglo XVIII: bastaría mirar los saladísimos sainetes de D. Ramón de la Cruz; «quien busque la España del siglo XVIII, en sus sainetes y sólo en sus sainetes» (2), o mirando también aquel otro gran poeta que vió la alborada del romanticismo, y de quien dice Menéndez Pelayo «llegó a tiempo: fué el poeta de las ideas del siglo XVIII; tiene todos los errores y también todas las nobles aspiraciones de su siglo...; es la expresión poética de la filantropía, o es la explosión magnífica del sentimiento nacional» (3). Estos respondían a la diversidad del siglo; en ellos quizá podríamos hermanar dos ideas, la poesía civil y la parodia. La parodia tiene cierto valor determinativo para ver hasta qué punto fué impopular la tragedia al gusto *no nacional*, y cómo reaccionaba y rebullía aquel siglo XVIII de los sainetes de D. Ramón, que se había burlado de aquellas tragedias con las tres unidades, tal aquel remate de «Tragedia para reír o sainete para llorar, no con tres, sino con tres mil unidades», que puede dar idea de la vis satírica que le animaba contra el preceptismo, tan opuesto a nuestra psicología nacional.

Fué, pues, Moratín el proclamador en nuestra patria de la tiranía estética, y por ello poco tenemos que agradecerle. Fué el dictador de estrecha teoría literaria que tiende a destruir todo germen de libertad; al siglo de las grandes revoluciones quiso ponerle un ceñidor en los labios, para como árbitro ejercer la censura y cerrar los libros que transportasen el espíritu libérrimo del clasicismo español.

Fácilmente se explican sus teorías literarias paralelas a su servilismo de ciudadano; amó las reglas y las unidades más que al pensamiento en libertad, y adulando a los grandes fué el primer servidor a toda autoridad; adula a Floridablanca, Godoy le pensiona a Francia, y en pleno afrancesamiento compuso al mariscal Suchet una canción, de la que se hubo de doler cuando los patriotas.

Vivió un turbulento periodo de agitación y jamás sintió la rebeldía ni amó la independencia. Por todas partes el ambiente hablaba de heroicidades, y nunca pudo ser un héroe. No es Moratín representativo del siglo; esto se afirmaría del contraste que resulta de compararse al ciudadano Marchena, gran girondino español, que lleva todo el espíritu turbulento y extraviado del siglo XVIII. Moratín, adulador y servil, sin infancia y sin sentimientos de juventud, y el abate Marchena, que a los veinte años escandalizaba la Universidad sevillana con sus rebeldías.

Marchena, y más literariamente hablando, Meléndez Valdés, podrían ser representativos del siglo, y antes que Moratín habría que señalar aquellas escuelas poéticas de la época, en que conformados con el gusto nunca faltaba el culto a lo español, como aquella sevillana en que tanto abundaron los clérigos semiivolterrianos del tipo de Marchena.

---

(1) *El romanticismo en España*, por Enrique Piñeyro. París, 1901.

(2) *Ideas estéticas*, tomo V.

(3) *Ideas estéticas*, tomo VI.



Ni es posible alabar al Moratín servil con los poderosos, ni al Moratín de la esclavitud estética; a pesar de ello, no dejamos de admirar a aquel heredero de la tendencia ética y pedagógica de Juan Ruiz de Alarcón, a su vez admirada en Terencio, y sobre todo aquel fondo de amargura y honda melancolía filosófica de que están impregnadas sus comedias, y cuyas huellas están en Agustín Moreto. Tendremos que distinguir entre el Moratín que atacaba a Meléndez Valdés porque era fiel reflejo de las diversas corrientes en ideas y arte de su tiempo; entre el Moratín que, como Nifo y Clavijo, atacaba el sainete, o sea el Moratín de la intolerante regularidad, y aquel otro Moratín del fino retrato de *La Mojigata*, comedia legítimamente entroncada con Tirso, y aquel de la comedia (1) que cultivan un buen plantel de escritores, como Bretón de los Herreros y otros ingenios, como Gorostiza, Javier de Burgos, Martínez de la Rosa, Gil y Zarate, etc.

Moratín se vió en escena bajo el nombre de «un ingenio» en la *Visita del hospital de mundo*, de D. Ramón de la Cruz. D. Ventura de la Vega, aunque le llamó maestro con adoración, escribió la crítica del *Sí de las Niñas*, que al fin y al cabo era una crítica, y, por último, quiero consignar cómo al través del romanticismo fué impopular de tal modo, que ya a fines del siglo xix un escritor como Valera decía en el prólogo de una novela «he puesto en mi libro cuanto se ha presentado a mi memoria de lo que he oído o leído en alabanza de una época muy distinta de la presente, cuando era España la primera nación de Europa. Así he procurado consolarme de que hoy no lo sea, *si bien escribiendo la más antimoratinésca de mis composiciones literarias*» (2).

No congenió, pues, mucho Moratín ni con su siglo ni con el siguiente, y no puede, por tanto, hacerse de él el símbolo del siglo xviii, siglo de agitaciones y crisis espirituales de los pueblos, a los cuales hacían falta no intelectuales del temple flexible en ciudadanía e inflexible en literatura de D. Leandro, sino genios de amplitud, de miras literarias y vigorosos sentimientos políticos, cual correspondían a otros insignes ciudadanos de aquel siglo que vivió Moratín sin «vivirlo» con la fría calculabilidad de sus ideas acomodaticias, que no pudieron ser robustecidas por su inmenso ingenio de escritor de ética aplastante y sátira genial.

AGUSTÍN DEL SAZ.

---

(1) Pero siempre las inalterables reglas de su obra le hacían debilitar las buenas cualidades que tenía, haciéndole resultar artificioso y sin poder disimular los defectos de originalidad e inventiva.

(2) Juan Valera, *Morsamor: Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna*, de Miguel de Zuberos y Tiburcio de Simaonda. Madrid, 1899.

## RESEÑAS

MARTÍN ECHEVERRÍA, LEONARDO.—*Geografía de España*. Barcelona, Editorial Labor, 1928, 3 vols. de 228, 182 y 200 págs.

Esta nueva *Geografía de España*, muestra paladina de lo que son capaces algunos catedráticos de los Institutos Nacionales de Segunda enseñanza, esos trabajadores competentes que saben poner tan alto el prestigio de la Ciencia española, es una resultante de la renovación geográfica que se viene notando en nuestro país, en lo que va del siglo, gracias a las aportaciones, no sólo de los naturalistas —que no son los únicos—, sino de los mismos profesores de la Facultad de Letras, entre los que ha cundido la curiosidad geográfica, en un ansia de floración vigorosa y ubérrima.

En el primer tomo de la obra que nos ocupa estudia el autor la posición, aspecto geológico, relieve, costas, clima, hidrografía, flora y fauna, población, razas, *folklore* e idiomas de España, y todas las cuestiones que giran en torno del Estado y de la economía nacional. Pone al descubierto e Sr. Echeverría los grandes recursos con que cuenta para acometer trabajos de esta índole, recursos que, dada la extensión del manual, apenas si se desfloran; pero en una síntesis comprensiva y luminosa, orgánica, disuelta en una prosa fluida y elegante.

El método que sigue el autor, entusiasta de Ratzel, a quien cita varias veces con esa delectación del que ha gustado el agua pura en la propia fuente, no puede ser más lógico y natural. Sin embargo, en algunas apreciaciones poco importantes, es posible que no surja nuestra modesta adhesión tan espontáneamente, porque a la mayor claridad y recto sentido de las cuestiones que integran este primer volumen de que hablamos, acaso conviniera romper los moldes clásicos. Insinuamos esta idea porque el Sr. Echeverría, siguiendo la costumbre, antepone el estudio de la *orografía* al de la *hidrografía*, acaso, porque como él mismo dice en la página 70, «la red hidrográfica depende, en primer término, del relieve, por lo que puede considerarse como una consecuencia de éste». Pero a renglón seguido añade, que la hidrografía «a su vez influye sobre el mismo de una manera innegable, actuando los ríos con su obra de erosión, como dice Dantín, *de escultores por excelencia de las formas continentales*». Quien realmente sienta tal afirmación es De La Noe, cuando dice que «*les formes du relief résultent principalement de la sculpture du sol par l'érosion fluviale*». (*Les formes du terrain*. París, 1885). De donde deduce que «*les formes du relief sont instables et doivent être considérées comme le produit d'une évolution plus ou moins avancée*». Resulta evidente que las formas del relieve son transitorias, siendo el agua, en su aspecto fluvial sobre todo, el cincel de la Geografía física, y por ende, lo primero que se debiera dar a conocer, ya que dicha disciplina es, sobre todas las cosas, una *ciencia actual*. Basta pasar la mirada por el mapa hidrográfico de un país cualquiera,

el de España, sin ir más lejos, que da el Sr. Echeverría en la misma página 70 a que antes aludimos, y conocer las líneas de perfil de los principales ríos, para formarse una idea muy aproximada del relieve. Por esta causa nos hemos permitido la digresión antecedente; pero bien percatados de que, en Geografía, la originalidad no consiste en crear nuevos sistemas, sino en el modo de enfocar un hecho geográfico y establecer sus relaciones mutuas, cosa que, según puede comprobar el lector paciente, lo sabe hacer a maravilla el concienzudo geógrafo de la Casa Labor.

En efecto, el capítulo VI, dedicado al estudio de la flora y fauna, nos ofrece un resumen muy estimable, inspirado en las obras de los Sres. Prosper Reyes y H. del Villar, que con tanto acierto escriben de Geografía botánica. También cita al ilustre botánico Lázaro de Ibiza, ya algo anticuado en alguna de sus apreciaciones.

El capítulo VII, en el que estudia la población de España, y todo lo demás del volumen, es una serie continuada de aciertos. Al hablar de los pueblos españoles, por ejemplo, se anima la pluma del Sr. Echeverría con los colores más precisos y suaves para describir las agrupaciones rurales y urbanas de Galicia, Vasconia, el Pirineo, el valle del Duero, los del Tajo y Guadiana, Andalucía, etc... «Estas agrupaciones humanas son tan numerosas —se refiere a Galicia— que ocupan todos los lugares pintorescos, en las faldas de las montañas, el fondo de los valles, las orillas de los ríos..., y tan próximas, que en algunas partes forman una sucesión de viviendas separadas por algunos metros». Visión placida y sugeridora, en pocas palabras, de la *terra cubierta en toda-las estaciones de herbiñas e de frores*. Siempre, o casi siempre, halla la frase más gráfica para dar idea, en el breve marco que le deja la obligada síntesis, de la región que describe. Al ocuparse de los pueblos del Duero, fatídicos y sedientos en el desierto de arcilla, se acuerda de la *charca* típica, abierta en el centro, o al margen del casco de adobes, y «que se llena durante las lluvias invernales y sirve en la temporada de sequía para abreviar el ganado de labor y otros usos indispensables». En fin, por este volumen, y por los dos siguientes, en la parte descriptiva o corográfica, desfila toda la España rural de las quinterías, rentos, torres, masías o masadas, barracas, cortijos, ranchos, pejugares, cármenes, josas y casonas. Pero esta perspectiva, cinemática, del campo, en la que un espíritu algo atento descubre más lacras que flores, se amortigua con la impresión que dejan en la retina las ilustraciones que adornan los tres magníficos tomos, todas ellas con motivos pulcros y presentables. Muy de aplaudir es semejante modo de proceder, porque con ello, y sin adoptar posturas teatrales, ha hecho el Sr. Echeverría un gran servicio a esta «espaciosa y triste España», tan llena de posibilidades...; ya que se leerá, si aún no está leyéndose, la Geografía de que hablamos en muchas partes de allende las fronteras.

Pues al tratar de las ciudades no anda más remisa la expresión, fiel servidora de la idea justa y preñada de sínéresis. He aquí cómo se traza el tipo de ciudad castellana: «Todas tienen el mismo aspecto. Edificadas sobre una altura, conservan trozos de sus murallas; en el centro de la ciudad, y en su parte más alta, como dominándola y amparándola a la vez, con su enorme masa de piedra, la catedral, románica y gótica. De ella parten en varias direcciones callejuelas tortuosas y mal empedradas, donde se alinean las iglesias, conventos y casas solariegas, que son muchas veces palacios maravillosos. Ordinariamente, cerca de la catedral, la típica plaza cerrada castellana. Fuera del recinto de la ciudad, en la

vega, o al otro lado del río, los arrabales. Así son Toledo, Burgos, Cuenca, Segovia, Avila, Soria, Salamanca, Zamora. Así son todas las ciudades castellanas». ¿Puede pedirse más en tan pocas palabras? Pues así continúa tratándose todo lo restante: tipos regionales, *folklore*, costumbres, indumentaria. Pero todo ello, adviértase bien, perfectamente encuadrado y sin perder el punto de vista científico geográfico, porque si el joven catedrático denota estimabilísimas cualidades de escritor y de hombre de muchas y buenas lecturas clásicas, su educación geográfica no puede ser también más seria y respetable.

Y buena prueba de ello tenemosla en el capítulo IX: *El Estado español*, capítulo que conviene leer con mucho detenimiento, porque en él se apuntan ideas muy poco divulgadas acerca del Estado y de la capital de España, al tiempo mismo que no faltan apreciaciones atinadas sobre las divisiones administrativas de nuestro país, tema sorteado, pese a su inevitable aridez, con singular acierto, a lo que contribuyen los gráficos que acompañan a la exposición, muy claros y limpios. A seguida trata de las regiones naturales, y con un criterio muy sintético y digno de loa, admite, apartándose un poco del Sr. Dantín, las siguientes: La meseta, región andaluza, región aragonesa, región septentrional (España húmeda), región portuguesa, región levantina, región litoral catalana y las dos insulares: balearica y canaria. Tal es, en definitiva, el plan que sigue el autor en el resto de la obra.

Pero antes, en los capítulos X y XI, estudia la Geografía económica de España de un modo completo, presentando gráficos, muy instructivos, y alguno de ellos, como el mapa agrícola —cosa que aun no tenemos en nuestro país con todo el detalle que fuera de desear—, en un intento digno de la mayor estimación. La producción cerealística, vitícola, olivarera, de frutales, patatas, hortalizas, legumbres y plantas industriales se trata con buena documentación; así como los riegos artificiales, que se ilustra con el conocido mapa de Brunhes, los prados, los bosques, la ganadería, caza y pesca. Asimismo resulta muy ordenada la exposición de la riqueza minera: carbón, hierro, cobre, plomo, mercurio, cinc, estaño, wolfram y metales preciosos. Pero cumple advertir que no se desarr. llan todos estos puntos en una forma árida, sino que el profesor Echeverría recoge ideas y las ofrece en su obra a quien guste tomarlas en consideración.

En fin, los dos últimos capítulos del volumen primero describen las industrias españolas y estudian el tráfico y el comercio.

Este primer volumen, clave de toda la obra, y por tanto el que ofrece resueltas mayores dificultades es, indudablemente, meritísimo. Hay en él, como en los otros dos restantes, densidad científica, claridad en la exposición, hecha con una prosa limpiísima, y, sobre todo esto, varios mapas, algunos muy notables, bastantes gráficos y fotografías que ayudan con eficacia la lectura del texto.

\* \* \*

El volumen segundo, en el que principia la Geografía descriptiva, comprende la meseta central (ambas Castillas, León y Extremadura) y la región septentrional (Galicia, Asturias, Santander, provincias vascas y Navarra y Rioja). En el tercero y último, se estudian las siguientes regiones: aragonesa-catalana, levantina, andaluza, balear y canaria. Se prescinde de la zona española de Marruecos y po-



sesiones de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea, porque serán objeto de un sólo volumen de la *Colección Labor*.

La pauta que sigue el Sr. Echeverría en el estudio de cada región es la siguiente: formación histórica, posición, aspecto geológico, fisiografía, clima, recursos económicos, extensión y población, usos y costumbres, traje, morada y por último la descripción de las comarcas de cada región natural. Es decir, todo lo que se puede desear en una Geografía moderna.

Como tipo de región muy bien tratada, y sin que la indicación envuelva el menor eufemismo, citaremos el reino de Galicia, de que antes hicimos méritos. Todas las comarcas gallegas están debidamente representadas: las Mariñas, el Bergantiño, el País del Jallas, la Ulla, el Ribero; la Simia, el Bollo, las Valdeorras, etc... ¡Lástima que los mapas no sean fisiográficos! Sin embargo, tienen perfectamente señaladas, en gruesos caracteres rojos, todas las comarcas, y constituyen una excelente guía para seguir las indicaciones del texto. Los fotograbados tampoco dejan nada que desear: Hay vistas de La Coruña; Santiago de Compostela, la ciudad levítica por antonomasia; la magnífica ría de Vigo; diferentes tipos de casonas gallegas y de pueblos, como La Guardia, Caldas de Reyes, San Clodio y Monforte de Lemos; aspectos de algunos valles, como el del Miño y el del Avia...

En realidad, sorprende el esfuerzo de síntesis que significa la obra que comentamos, porque hasta de las comarcas más remotas e ignoradas del vulgo encontramos indicaciones muy precisas, cual acaece, por ejemplo, con el Valle de Arán.

\* \* \*

En resolución, estos tres tomos de la *Geografía de España* de la *Colección Labor* revelan a D. Leonardo Martín Echeverría, tan modesto y tan silencioso, como un geógrafo ilustre, del que esperamos muy grandes cosas. El tiempo confirmará nuestras palabras, no por desautorizadas menos sinceras y cordialísimamente respetuosas.

J. MARTÍN ALONSO.



GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN.—*Goya*. Madrid, Ediciones La Nave, 1928, 301 págs. + 64 ilustraciones + 1 retrato.

Sí, sí; este es D. Francisco de Goya y Lucientes, nacido en Fuente de Todos, dentro del año de gracia borbónica de mil y setecientos y cuarenta y seis; de oficio, y beneficio, pintor, genio agrio y rotunda hombría, y en resumidas cuentas espíritu de socarra... Sí, es éste. Un poco adumbrado se nos presenta. Pero su peludo «montecristo», su pechera escarolada, su levitón, sus andares, un tantico patizambos, nos le delatan con suficiencia.

Por si fuera poco lo apuntado, un rudo acento maño, injerto en madrileñismo, sávido de ajos —en el metafórico sentido de la locución—, unas cuantas cartas escritas con ceño arrugado, la película de una existencia facciosa y cortesana al unísono, acaban con la más débil de las vacilaciones.

Esta visión humana y corriente y moliente del gran pintor no la habíamos tenido antes. Beruete y Moret nos trajo un D. Francisco apegado de su arte, fuera del hervor dramático de su tiempo, un tanto afrancesado y un cuanto impopular. Brunet nos presentó cierto sujeto, académico por lo relamido, en débito con los maestros de la pintura francesa del siglo xvii, de cara antipático y de cruz antipatriota. Nada digamos del Goya del conde de la Vinaza, Goya actor, Goya actor por lo mediano, sin despuntar en una comedia violenta de grandes voces, actitudes falsas y pasiones mórbidas.

Esta sombra, pues, de ahora, sombra nada más, pero dintorno de humana figura, cálida, curiosa, digna, no puede menos de dejarnos una impresión novísima de gusto y de regusto.

Ramón Gómez de la Serna, autor del *Goya* de hoy, no suele encontrar «su crítica» en revistas de erudición. Los periódicos, los semanarios, las hojas de la literatura de vanguardia son los portavoces, estandartes y lapidarios de su fama. Espiritu audaz, más de alarde que de cultura —aquí y allá se patentiza a lo leído y más leído de su obra—, ha querido lanzar su hurra original al genial artista en e centenario de su óbito y notarse un poco gallina en corral ajeno por las plumas de quienes cultivan —en sus grados distintos— la investigación, la erudición y la crítica de arte. La empresa, de excesiva perspectiva para su ponderación, no le ha fallado por completo. Si no se puede apuntar a su favor —pese al ditirambo de «grupo»— ningún éxito entero, sí le cabe pavonearse de haber lanzado a la viveza una obra con enjundia, una evocación con efecto. Por lo que de ramonismo tiene este *Goya* actual de buen bullir, propende a la narración novelesca, sin cuido de la certeza histórica, a la caricatura literal de gracia indiscutible. Los retazos de la verdadera biografía, entremezclados, cortados, suspendidos, de nada nuevo nos cuentan. En los precitados autores y en Pla Cargol, Pantoja, Mayer, Méli-da, están del primero al último. La extensa bibliografía que cierra el volumen de Gómez de la Serna no lo ha sido para la consulta ni para la garantía. Lo es para dar cierto empaque de obra de envergadura artística a cierta biografía novelada, notable por dar el único pergeño humano y asequible de D. Francisco de Goya y Lucientes, por limpiarle del sobrante soporífero, de la nota más veraz. El propio autor esconde su intención, ya barruntada a su solo nombre. El ha querido mover el aire novelesco y presenciabile que necesita toda biografía para llegar a la emoción de los lectores. Sabe lo decisivo que es distribuir el detalle que solivianta y destruir el conjunto que suele empachar...

No ha sido muy generoso el rumor del centenario con Goya. Oficialmente la recordación no ha pasado de la mediocridad. Cuatro discursos, alguna lápida, el funeral de rigor. Extraoficialmente no se ha superado el nivel. Un centenar de artículos periodísticos. Y sin embargo, ¿qué figura más gigantesca que la de nuestro pintor? El solo llena dos siglos, estúpidos, en las artes. Antes de él, Velázquez, el más próximo, gigantesco también. Después... Vicente López, Esquivel, Alenza, el Hispaleto, Cano, Gisbert, Bécquer, Rosales, el joyante Fortuny, tan amanerados, de tan corta talla...

Pese a los distingos precedentes, Ramón Gómez de la Serna ha colocado el hurra más firme entre esas dos fechas: 1828-1928. La edición, primorosa, de la

casa Atenea está valorizada con sesenta y cuatro admirables fotocopias, reproducción de los más conocidos grabados, dibujos y pinturas del genial artista aragonés.

S. DE R.



TORMO, ELIAS.—*Las iglesias del antiguo Madrid*. Madrid, 1927, Imprenta de A. Marzo, dos fascículos.

La nutrida bibliografía que se ha ido formando alrededor de Madrid (1) se ha enriquecido con un libro de un valor muy apreciable para su historia. Y esta vez no es sólo un libro más. Es un libro que será también de consulta y de acompañamiento en las visitas históricas y artísticas de Madrid.

Merece un estudio detenido.

De sobra es conocida la personalidad del Sr. Tormo para que aquí hagamos resaltar su minuciosidad y honradez científica. Hace ya siete años explicó en la Universidad Central (en tiempos de su fugaz autonomía) una cátedra de historia de Madrid, en cursos quincenales. El nombre del autor y el tema, en extremo interesante, llevó buen número de oyentes a su cátedra, desproporcionado para lo que entonces se acostumbraba. El tiempo no dió lugar más que a catorce lecciones, de preparación difícil. Empezó el curso con el Madrid paleolítico, y no pudo llegar más que hasta rozar el Madrid de Carlos V. Las conferencias debieron publicarse, pero no fué posible. No obstante quedó el autor deudor de sí mismo. Faltaba el Madrid de los siglos posteriores hasta nuestros días.

Pasados siete años, con motivo de la Exposición del Antiguo Madrid, celebrada el año pasado de 1927, emprendió el Sr. Tormo el estudio detenido, de todas y cada una de las iglesias madrileñas subsistentes. Organizó su curso en clases semanales, y conferenciante y oyentes se reunieron en iglesias y capillas para estudiar *in situ* el monumento, las obras de arte que encerraba y hasta la historia de la comunidad, si la tuvo.

La primera conferencia de la serie se dió en el edificio de la Exposición del Antiguo Madrid. Sirvió de preparación e introducción a las conferencias-visitas posteriores. En ella se dió un vistazo histórico y artístico a Madrid. Vista de conjunto, en la que se estudió el valor arquitectónico de la corte, haciendo referencia al de otras capitales europeas. Ciertamente, como decía el Sr. Tormo, que no es Madrid, entre las capitales y cortes, la que puede presentar ni más antiguos monumentos (no ya religiosos, ni civiles siquiera) ni tampoco mejores, aun-

---

(1) Véanse Madoz, *Diccionario geográfico*, Madrid, 1847, apéndice bibliográfico del artículo Madrid; Tomás Muñoz y Romero, *Diccionario biográfico-histórico de España*, Madrid, 1853, con ciento ochenta y tres notas bibliográficas para Madrid, algunas de ellas de obras perdidas; y entre las más modernas recopilaciones, la del Espasa, en el artículo de Madrid, y la que ahora trae el libro del Sr. Tormo, que motiva estas notas, en sus apéndices, donde se registran ciento cuarenta y una notas que se refieren sólo a las iglesias hoy existentes.



que en el número quizás no fuese a la zaga. El Sr. Tormo hace en la introducción de su libro curiosa reseña y estadística de los templos de Madrid antes de 1800.

La guía *Paseo por Madrid* (anónima), del año 1815, cita naJa menos que ciento cuarenta y seis templos (con esta denominación se comprenden capillas, ermitas, etc.). Si a esta cantidad sumamos los derribados por Napoleón en 1808, que ascendieron a nueve (San Gil, San Juan, Santiago, Santa Clara, San Martín, San Ildefonso, Santa Ana, Santa Catalina y el de Jesús), nos da, para una fecha redonda, la de 1800, por ejemplo, una cantidad de ciento cincuenta y cinco templos, de los cuales tan sólo queda la tercera parte, unos cincuenta. Esta cantidad se refiere, como es natural, exclusivamente a los antiguos, a los anteriores a 1835 (antes por tanto, de la expulsión de los frailes y la desamortización eclesiástica, fecha tomada como límite en el estudio), pues los que después se reedificaron y edificaron hasta hoy hacen subir la suma a unos doscientos cincuenta, contando capillas, oratorios, colegios, hospitales, etc., según cálculo aproximado del autor.

Algunos edificios desaparecidos han dejado en Madrid un gran vacío artístico. Citemos sólo como ejemplo el antiguo convento de San Francisco (donde hoy está San Francisco el Grande), único de frailes en Madrid durante la baja Edad Media, que se decía fundación personal de San Francisco de Asís. Debíó ser de gran importancia esta iglesia, núcleo de un arrabal y enterramiento de nobles familias madrileñas, a las cuales pertenecieron quizás veintidós estatuas, de las que no quedó ni rastro cuando en 1617 sufrió una renovación, y luego, en 1760, se derribó todo para construir el nuevo edificio.

En verdad que mucho se perdió antes de 1835; pero no fué poco lo que cayó derribado por la piqueta y los accidentes después de esta fecha. Añadimos aquí una rápida enumeración por cuenta propia y sin propósito de agotar la lista.

Pérdida importantísima fué la originada por el derribo de la parroquia decana de Madrid, la de Santa María, situada al final de la calle Mayor, con capilla y retablos platerescos, sobre todo el mayor. Irreparable fué la del retablo de Beceerra en las Descalzas, aun en su lugar a mediados del siglo xix. También lo fué la de la parroquia de Santa Cruz (cerca de donde hoy está la actual), con portada de Donoso, «el corruptor». Las dos iglesias de la Puerta del Sol: la parroquia del Buen Suceso, entre la Carrera y Alcalá, y el convento de la Victoria, que ha dejado recuerdo en la calle del mismo nombre. Nuestra Señora de Atocha (donde hoy está la Basílica) y otros conventos, como el dominico de Santo Tomás, con bellísimo claustro, obra también de Donoso y hermosas portadas, obra de Churriguera, en la iglesia; el de dominicos de la Pasión, San Felipe el Real, San Felipe Neri, Montserrat (en la plaza de Antón Martín), con bella portada barroca. La Merced Calzada (hoy plaza del Progreso), los Premostratenses (plaza de los Mostenses), capuchinos de la Paciencia (plaza de Bilbao), Santo Domingo el Real (Cuesta de su nombre), la Concepción Jerónima (que dejó nombre en la calle), la Concepción Francisca, Santa Teresa, etc., etc. Todas ellas con retablos, portadas, cuadros, imágenes, de lo que queda poco relativamente, y desde luego nada de lo arquitectónico, salvo retablos e imágenes trasladados a otros templos. Y sólo cuando le alcanzó la fecha, algunas fotografías, como las del claustro y portadas de Santo Tomás, fachada de Nuestra Señora de Atocha, de Santa María, etc., que en algo vienen a suplir la falta de estos monumentos, que hoy han cobrado tanto valor al rehabilitarse la arquitectura tan criticada y apostrofada de Ponz acá. Añadamos a las fotografías las litografías y dibujos de la época, riquísimo material, aún virgen, que suplirá en mucho la falta irreparable de los monumentos. La Exposición del



Madrid Antiguo expuso muchos de éstos y algunas fotografías, además de los planos de Madrid, que en algunos ofrece planta y hasta alzado. Con todo ello y las noticias literarias se puede emprender un análisis arquitectónico que ayude y complete el cabal conocimiento de la arquitectura religiosa del Madrid viejo, aún subsistente, tan humilde como castiza en su barroquismo libre y rebelde.

Todo se halla estudiado en este libro de un modo justo, y sobre todo breve. Como inventario no se le fué al autor anotar y comentar un retablito, una imagen, un capitel... Como compendio justo, sistemático y breve de la historia y estudio de las obras de arte, aventaja a las guías mejor hechas, y como obra de aportación científica dígalos como resumen de todo el descubrimiento de una joya arquitectónica madrileña, y de las más rancias: la torre mudéjar de San Nicolás, que estaba disfrazada de siglo xvii.

Lleva gran número de noticias inéditas de gran valor para la historia del arte, especialmente el arquitectónico. Tantas son, que difícil sería ahora espigarlas para ofrecer al lector un ramillete de ellas. Nombres de artistas desconocidos, obras anónimas que ya llevan su paternidad, arquitectos que han salido de la tercera o segunda fila para ocupar preeminente lugar en la historia de la arquitectura, etc., etc.

Al final de cada volumen unos apéndices vienen a completar las noticias de cada párrafo. Y como contera de todo, un índice completo de artistas que remite con frecuencia a noticias hasta ahora inéditas.

A. GARCÍA Y BELLIDO.



VÁZQUEZ ARJONA, CARLOS.—*Cotejo histórico de cinco Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*. Extrait de la *Revue Hispanique*, tome LXVIII, 1925.

Doble mirada al autor y a la obra. El autor: catedrático de la Universidad de Minnesota (Estados Unidos), investigador infatigable que ha continuado sus pesquisas en torno a los otros *Episodios Nacionales* galdosianos de la primera serie y ha terminado otro interesante trabajo —próximo a aparecer también en la misma *Revue Hispanique*—, *Elementos autobiográficos en el teatro de D. Juan Ruiz de Alarcón*. De habla española —portorriqueño—, domina absolutamente la lengua inglesa y el panorama literario anglo-americano; a este aspecto responde su estudio *Spanisch and Spanisch-American influences in Bret Harte* (1).

La obra: un sistema científico en torno a la novela histórica de Galdós.

La producción de los autores de nuestro siglo xix ha pasado por las siguientes fases: I. El entusiasmo acrítico de los coetáneos. Galdós más que nadie, por su representación de la historia, los sentimientos y los problemas conceptuales de

---

(1) Sobre un punto de literatura anglo-americana versa su ensayo *Abraham Lincoln, in American Poetry*.

su siglo, llegó a ser, naturalmente, objeto de una absoluta admiración. Aun en nuestros escritores revela una situación semejante, respecto a él, Pérez de Ayala. II. La reacción de la «generación del 98». Con Galdós menos que con otros. Pero existente. En los escritores de dicho movimiento la técnica novelesca es otra. Aunque los asuntos estén cerca. Oigamos al mismo Baroja refiriéndose a las *Memorias de un hombre de acción*: «Galdós ha ido a la historia por afición a ella —fijémonos en esta afirmación—; yo he ido a la historia por curiosidad hacia un tipo; Galdós ha buscado los momentos más brillantes para estudiarlos; yo he insistido en los que me ha dado el protagonista.» III. Entre la máxima separación de la literatura vanguardista, la aparición del momento científico, erudito, de datos objetivos en la crítica galdosiana. Aquí hay que situar el estudio de Carlos Vázquez Arjona.

Galdós está ya lo suficientemente distante para ser objeto de trabajos de archivo y de laboratorio. Arjona penetra en este campo para situar en las fuentes históricas contemporáneas los episodios *Trafalgar*, *La corte de Carlos IV*, *Zaragoza*, *Gerona* y *Cádiz*.

Con excelentes condiciones de investigador ha seguido paso a paso la génesis de la materia histórica en la obra del autor de *El Abuelo*, hasta llegar a la consecuencia de que todos los detalles de estos episodios se basan en la verdad objetiva de los hechos. Desmenuza las partes de las novelas para cotejarlas con los libros y opúsculos que sirvieron de base. Halla como fundamento de la acción de *Trafalgar* la obra de Ferrer de Couto, *Historia del combate naval de Trafalgar, precedida de la del renacimiento de la Marina española durante el siglo XVIII*. Madrid, 1851; de *Zaragoza*, la historia de sus dos sitios, por el cronista D. Agustín Alcaide Ibica—1830—; de *Gerona*, como fuente «principal, aunque no única», la famosa historia del conde de Toreno.

En *La corte de Carlos IV* y *Cádiz* va señalando los elementos arrancados de obras diversas. En este último episodio, señaladamente de un libro de Adolfo de Castro.

Es curioso señalar cómo las doctas investigaciones de Arjona confirman el aserto de Baroja sobre las fuentes galdosianas, encontradas en los libros y no en los archivos; en lo vulgarizado, y no en lo que supone una rebusca personal del novelista. «Como investigador Galdós ha hecho poco o nada; ha tomado la historia hecha en los libros; en este sentido yo he trabajado algo más: he buscado en los archivos y he recorrido los lugares de acción de mis novelas, intentando reconstituir lo pasado» (1).

En el libro del profesor de Minnesota, hallamos multitud de libros y folletos utilizados por Galdós, pero ningún documento inédito. Claro está que al combinar el autor de los *Episodios* los datos de diferentes obras con los elementos de su fantasía, revela poderosas dotes de artista historiador. Baroja lo reconoce en la misma página citada. Lo interesante es ver la distinta manera de ver el asunto en uno y otro escritor. Para terminar, un afectuoso pláceme al trabajo y a los resultados de la obra de Carlos Vázquez Arjona.

ANGEL VALBUENA PRAT.

---

(1) Pío Baroja, *Páginas escogidas*, Calleja. Madrid, 1918, pág. 371.

CUEVILLAS, FLORENTINO L. Y BOUZA BREY, FERMÍN.—*Prehistoria y folklore da Barbanza. Catalogo dos castros galegos*. Coruña, Seminario de Estudios galegos, 1928, 43 y 29 págs.

La labor del Seminario de Estudios gallegos es cada día más intensa, más intensa y mejor orientada. Investigadores regionales de amplia preparación y grandes ánimos, conocedores minuciosos de la tierra que estudian e inspirados por el más vivo deseo de completar los conocimientos adquiridos acerca de las huellas prehistóricas en la región, tratan de realizar un estudio sistemático y constante, libre de las lagunas que se encuentran siempre en las actuaciones aisladas, y de reunir el fruto que las precedieron en la misma obra, agregándose los resultados del esfuerzo actual.

Nunca se elogiarán bastante estas actuaciones regionales, que en la minuciosidad tienen su máxima eficacia.

Aunque la labor sea modesta, porque ha de desarrollarse en límites económicos reducidos; aunque el avance sea lento, porque los medios de que se dispone no permitan imprimirle mayor celeridad, la obra de los organismos regionales está llamada a constituir una base firme para el conocimiento de nuestra arqueología prehistórica, haciendo en lo porvenir, más que fáciles, posibles los estudios de conjunto que hoy se obtienen penosamente de entre la maraña de publicaciones dispersas y de investigaciones fragmentarias.

Con el Seminario de Estudios gallegos ha nacido un inestimable colaborador de cuantos por la prehistoria española se preocupan, y si el ejemplo cundiera por todo el país no se daría el caso de tantas regiones abandonadas a la iniciativa individual, cuando no a la codicia de los rebuscadores clandestinos.

Con una vigilancia directa y asidua, que no pueden ejercer los organismos nacionales por precavida que sea su función, ni está tampoco vinculada en los organismos provinciales de carácter oficial, por su peculiar estructura, no es fácil que se reproduzcan hechos que todos conocemos, expoliaciones que todos lamentamos.

Si a esta misión de velar por el respeto a nuestros yacimientos se une el propósito de estudiarlos con todas las garantías necesarias, se comprenderá la necesidad de prestar a quienes tales empresas acometen el apoyo moral que su actuación requiere.

Es, a nuestro juicio, un deber de todos prestar aliento a estas entidades que no pueden obtener por su esfuerzo otra recompensa.

Y el Seminario de Estudios gallegos lo merece como pocas.

\* \* \*

Don Florentino L. Cuevillas y D. Fermín Bouza Brey son los autores del primer folleto de los enunciados al principio. Pacientemente han recorrido la península de Barbanza, entre las rías de Noya y Arosa, estudiando sus estaciones y reco-

giendo en la narración popular los más estimables elementos folklóricos. Inician su Memoria con unas notas bibliográficas que abarcan desde el padre Martín Sarmiento hasta la aportación actual de Ramón Martínez López, Sendón y Espasandín, pasando por Vera y Aguiar, Barros, Sibelo, Murguía, Núñez Sarmiento, López Ferreiro, Villamil y Castro, Cabré, Oviedo y Arce, Saralegui, Mergelina y Obermaier, que sirven de introducción y establecen el estado actual de los estudios de la arqueología barbantina, para examinar a continuación todas las particularidades de la zona, de las que se formará idea exacta por los siguientes epígrafes:

«A citania e a mámoa do monte a cidá, e o folklore de Lagoa de Carragal»; «A auta e as inscricións de Axeitos»; «As mámoas do cruceiro de moldes»; «Outros núcleos dolménicos na bistrara de Santalixia»; «As mámoas da freguesía de Camboño»; «As mámoas da freguesía de Cures», y «Untra estrana gravura e o folklore da freguesía de Macenda».

Dibujos, fotografías y mapas completan este trabajo, cuyos autores han evadido todo lo que no es aportación concreta y comprobable, señalando analogías, rechazando interpretaciones aventuradas y proporcionando con el elemento gráfico la más útil y completa información.

\* \* \*

El *Catalogo dos castros galegos* es un nuevo intento digno de todo elogio. El primer fascículo comprende los castros de Val de Vilamarín, once en total, perfectamente descritos y acompañados de plantas y cortes, en los que se señalan las menores particularidades.

Constan al final algunas consideraciones arqueológicas muy ponderadas acerca de las hipótesis que del emplazamiento, número y mutua relación de los castros pueden colegirse, y de la especial estructura de las defensas que, como es natural, corresponden a la forma de vida, medios y vía de ataque perfectamente estudiados por sus constructores.

RAFAEL ALVAREZ.



BULLÓN Y FERNÁNDEZ, ELOY.—*Un colaborador de los Reyes Católicos. El Dr. Palacios Rubios y sus obras*. Madrid, Imprenta de Regino Velasco, 1927, 4.º, XI + 400 págs.

La literatura española, didáctica, era de una tendencia grande al equilibrio; ecléctica fué nuestra filosofía en Judas Abravanel (León Hebreo), filosofía de la escuela florentina intermedia entre Aristóteles y Platón; ecléctica fué también nuestra mística entre dos tendencias extremas, y tuvo el acierto de hermanar el afectismo italiano con el intelectualismo alemán; eclecticismo podríamos ver en el insigne jurista objeto de este libro, cuyo autor, el profesor Eloy Bullón, nos dice:



«Colocado Palacios Rubios en el confín de dos edades, batallan y se contradicen en su espíritu las viejas y las nuevas ideas; la concepción medioeval del derecho público, que iba a desaparecer, y las modernas orientaciones que comenzaban a apuntar en el horizonte.»

Poco sabíamos de Palacios Rubios; su personalidad, a través del rector Vicente de la Fuente (1), bien equivocadamente que la teníamos; el profesor Bullón, que hoy esclarece su figura con esta obra, deja resueltos los problemas planteados en torno a Palacios Rubios, y definitiva la biografía que ya nos había diseñado (2). Con la obra del Sr. Bullón ha salido a revelarnos su existencia un hombre insigne, una figura pública de la jurisprudencia, de la cátedra y de la política; de una época de tan gran importancia como la que corresponde a los Reyes Católicos, bajo cuyo cetro se verificó la gran obra de la unidad nacional y sobre todo el descubrimiento de un continente.

En todos los actos de gran transcendencia apareció mezclado el nombre de Palacios Rubios, del cual ha hecho un sereno y laborioso estudio, avalorado por su crítica exacta y personalísima D. Eloy Bullón, que ha puesto mucho de sí propio al comentar la vida y escritos, al aquilatar con gran imparcialidad, y dentro de la época, al hombre público de entonces con la misma generosa comprensión que tendría si aún vivieran los prejuicios sociales que tenía la España de los Reyes Católicos. El Sr. Bullón, que al fin conoce por propia experiencia las dificultades de las magistraturas públicas, ha sabido con gran elevación de miras ser imparcial y prudente, tanto en el elogio como en la censura.

¿Quién fué la persona de Palacios Rubios? «No fué vástago degenerado, de ilustre estirpe, como tantos nobles de ayer y de hoy que arrastran por el lodo los heredados blasones, sino cabeza y principio de nuevo linaje que de él recibió honores y fama.» En efecto, nuestro jurisconsulto no pertenecía, como se viene diciendo, a la familia de los Viveros, según se nos demuestra, y jamás usó tal apellido; la nobleza familiar comenzó en él mismo; los Reyes Católicos le concedieron «Cédula de Hidalguía» por sus valiosos servicios. Altos cargos, a más de la cátedra, obtuvo, y fué nombrado oidor de la chancillería de Valladolid —después trasladada a Granada—, el muy alto cargo de juez mayor de Vizcaya y sobre todo consejero real, cuyo nombramiento marca el apogeo de su carrera con el también importante de presidente del Consejo de Mesta.

Fácilmente se comprende el interés de esta biografía, referente a un hombre que tales cargos desempeñó en una fecunda intervención de los asuntos públicos. El libro del Sr. Bullón deshace los mal tomados datos de esta vida que nos dió la Fuente, tales como la fecha de su licenciamiento en Derecho canónico, de gran interés, como la no menos interesante de su tratado de *Donationibus inter virum et uxorem*; también rectifica y aclara lo de su promoción a la Real Chancillería de Valladolid y la mala aplicación del apellido preclaro de los «Viveros» al ilustre doctor. Pero de todos estos errores, debidos al superficial trabajo del rector de la Fuente, los principales son los cometidos con, en, por, sin, sobre los *Comentarios a las leyes de Toro* (Glossemata legum Tauri, 1542); la mala interpretación que él, por otra parte, sabio rector, dió al pasaje en que Alonso Pérez de Vivero habla

(1) *Revista general de Legislación y Jurisprudencia* (1869), XXXIV, 79 y 160.

(2) Academia de Jurisprudencia y Legislación: *Biografías de jurisconsultos...* [Palacios Rubios, por D. Eloy Bullón.]

de la pérdida de una glosa de su padre, el doctor Palacios, referente a unas leyes que llama de Sarabris, cosa que Bullón ha dejado claramente precisado así como la fecha que Vicente de la Fuente fijaba en 1523, pero que Bullón, sin dejar lugar a dudas, y valiéndose del testimonio del prólogo que su hijo Alonso Pérez puso a la primera edición, en que escribió que su padre lo había dejado inédito, y que inédito había continuado hasta la fecha, que es del año 1542; además, como acertadamente se nos advierte, la primera edición estaba dedicada al cardenal Tavera, a la sazón arzobispo de Toledo; pero era el caso que no había sido elevado a tal dignidad hasta el 1534, y por tanto, en 1523, nadie le podría llamar arzobispo a Tavera, que por cierto el citado D. Vicente de la Fuente le alargó la vida hasta 1576, siendo así que murió en 1545.

Gran vitalidad cobró la figura de Palacios Rubios, doctor salmantino, comprensivo y humanitario con los indios, siendo su defensor y sin caer en los excesos de Bartolomé de las Casas, a quien precedió en defenderlos. Su figura en la guerra de las Comunidades pone en claro el profundo respeto que hacia él sintieron en su tiempo; preso el doctor salmantino por los Comuneros, fué inmediatamente puesto en libertad... Su vida fué de gran dinamismo y fecundidad; consejero de los Reyes Católicos, aquellos magnánimos monarcas que supieron aconsejarse de los hombres ilustres y estudiosos, hombres de letras, clase media que labraba como en todos los tiempos la prosperidad en el trabajo, desprovistos de ambiciones y vanidades, pero pletóricos de sabiduría y prudencia...

Obras jurídicas, obras políticas y obras morales; tal nos ha sido clasificada por el Sr. Bullón la producción de Palacios Rubios. Toda ella, quizá más las jurídicas, adolecen del pecado de erudición impuesto en la época a los tratadistas de leyes; en los libros de los jurisconsultos se amontonaban citas de los más ilustres nombres del Derecho, y en verdad que Palacios Rubios no hacía el ridículo en esta cuestión y ¡cuánto más hubieran valido los propios comentarios de un hombre tan culto como experimentado! «En esta y en todas las materias científicas lo esencial son los razonamientos propios y no las citas ajenas» como nos advierte su biógrafo. De la producción jurídica, aparte el tratado *Donationibus inter virum et uxorem*, el más importante, por su enorme interés histórico, es *Glossemata legum Tauri*, obra breve, pero de sustancialidad concisa y excelente para conocer a fondo el cuerpo legal de las famosas leyes de Toro, cuyo verdadero alcance y las razones que tuvieron para dictarlas queda expuesto claramente, quizá en orden a lo concreto que fué Palacios Rubios, frente a tanta prosa como se escribió para aclararlas, a pesar de ser clarísimas. Palacios Rubios, que había tomado parte en la tal legislación, fué un documentado y primer comentador de ellas. Además defiende como abogado ruidosos pleitos, tal aquel interesante de la familia Pérez Vivero.

La debatida cuestión del poder político del papado fué combatido por nuestro salmantino, a gran satisfacción y en beneficio del Real Patronato, cumpliendo encargo de la reina Católica que le confirió el delicado de la embajada que había de reclamar al papa; pero la reina Isabel murió, y ya no fué nuestro doctor el encargado. En esta obra se comienza concediendo al papa omnimoda potestad, pero sin temor a los anatemas hace prevalecer el patronato de los reyes de España... También muestran al abogado, y su defensa de la conquista de Navarra en beneficio de la unidad nacional; justificar esta conquista quiso, pero no acierta con la verdad histórica y para conseguirlo proclama al papa, siguiendo la opinión de la época y dándole carácter religioso al asunto, «señor del mundo en lo espiritual y en lo temporal», según la teología y el Viejo Testamento; pero olvidando que había

escrito «que los reyes de España no reconocen superior en lo temporal». Dado carácter de cruzada debido al mal paso de Juan d'Albret, que de la neutralidad se había aliado a Luis XII y favorecía el cisma contra Julio II, que le excomulgó y declaró privado de sus reinos, esto ya favoreció a Fernando el Católico, cuyas tropas habían conquistado Navarra al mando del duque de Alba antes que llegara la bula pontificia.

Interesante debió de ser el citado trabajo *Instrucción política para Carlos I*, y a través de algún pasaje—nos dice el Sr. Bullón—se advierten las grandes verdades que en él diría... ¿Qué mejor servicio—nos dice—puede prestarse a los reyes que el de decirles la verdad por lo mismo que ésta tan difícilmente llega a los alcázares?

El Dr. Palacios Rubios, insigne humanista, había escrito casi todas sus obras en latín; sin embargo, para dar sin duda ejemplo de que se debe practicar la lengua castellana, escribió sus obras morales en correcta y cástiza versión; tal lo muestran sus tratados *Del gobierno doméstico y del esfuerzo bélico heroico*. La primera, perdida, fué escrita para su hija Ana, y sería de un gran interés para ver su concepto de la psicología femenina. La segunda, publicada según indicamos ocho meses después de morir su autor, es la más conocida y, sin duda, la más importante bajo el aspecto moral y literario.

El *Tractado del esfuerzo bellico heroyco* (Salamanca, 1524), es un estudio del esfuerzo; es obra de jurisconsulto más que de filósofo. «El valor no es instinto, sino una virtud—dice Palacios Rubios—; no es una reacción inconsiderada del hombre bestia, sino una decisión consciente del ser racional; no es atributo grosero de la animalidad, sino una cualidad excelsa del espíritu».. «el esfuerzo sin la justicia, materia es de iniquidad, y cuanto es mayor, tanto más aparejada para oprimir a los inferiores.» No se concibe mayor elevación de miras en los conceptos de la guerra ni más fino sentir en cuanto al valor militar, y aun por eso tuvo Palacios Rubios de elevarse hasta tener un pensamiento del *Quijote*, que ha sido recogido por el Sr. Bullón.

El cronista Alfonso de Palencia (1) nos presentaba a la «Experiencia» hija de la «Discreción»; preguntado acerca del por qué los españoles a pesar de ser esforzados no triunfaban siempre, a lo que contestó «que sin acompañarse con el Orden y Obediencia, España no podía ver el culto y fiesta del triunfo», por eso después de recordar ésto, nos parece admirable que se haga incapie en lo del Orden y lugar del caudillo de que nos habla Palacios, sin perjuicio de admirar la oportuna cita que hace el Sr. Bullón de la opinión imparcial de Benedetto Croce acerca del noble comportamiento del soldado español del siglo xvi en las lides de la guerra.

Esta obra moral de Palacios, de enorme vitalidad en todas las épocas, debían leerla siempre los profesionales del ejército y no olvidar que «el esfuerzo deve huyr y aborrecer el interesse y la cobdicia inmoderada de los bienes temporales como a pestilencia» y «que la legítima y no ficticia fortaleza es atributo de sabios y discretos», y sobre todo que el valor se puede adquirir según el método de vida. Admirable libro es éste en el «que hay rectitud, sensatez y templanza, que es el que podía esperarse de un hombre de ley».

\* \* \*

---

(1) *Tratado de la Perfección Militar*, 1460.



Este libro sobre Palacios Rubios, dividido en nueve capítulos de metódico y vital interés, contiene además cinco apéndices con profusión de documentos inéditos y de alto valor para la historia de España, y la forma amena y actualidad de ciertos comentarios a la obra y vida del doctor salmantino, hacen de ella un notable y discreto equilibrio de la erudición y amenidad con que se avalora la prestigiosa firma del Sr. Bullón.

A. DEL S.



CABRÉ Y AGUILÓ, JUAN.—*Museo Cerralbo o Museo del Excmo. señor marqués de Cerralbo, D. Enrique de Aguilera y Gamboa.*—Madrid, Imp. de Jesús López, 1928, 32 págs. y 2 láms, 8.º, m.

Una visita de la Sociedad Española de Excursiones al Museo Cerralbo da motivo a este interesantísimo folleto en el que el Sr. Cabré expone, en líneas generales, los orígenes de la fundación, y enumera las obras de arte más salientes en la colección legada a la nación española por el ilustre prócer y arqueólogo insigne.

Después de aludir a las disposiciones testamentarias que se refieren a la fundación del Museo, define su actual director el carácter del mismo, análogo a otros de Italia y Francia «donde se patentiza el modo con que vivía un gran señor español a últimos del siglo xix y principios del xx, admirador de las bellezas artísticas de su patria y extranjeras; que dió en él suntuosas recepciones artísticas y científicas, siempre con luz artificial, en las que los huecos de los balcones aparecían cubiertos con tapices que alternaban con hermosas obras pictóricas, armonizando todo ello, y, por consiguiente, nada se exponía a contraluz natural».

Es verdaderamente asombrosa, en cantidad y calidad, la riqueza acumulada por el marqués en su residencia de la calle de Ventura Rodríguez, pudiendo afirmarse que apenas hay manifestación de la Arqueología y de las Bellas Artes, que no se halle allí brillantemente representada. Con referencia sólo a obras pictóricas de la escuela de Madrid, destacan, entre artistas de menor categoría, los nombres de Velázquez, Antolínez, Mazo, Carreño, Cerezo, Pantoja, Bartolomé González, Bayeu, Maella, Goya, Paret, Lucas, Vicente López, Alenza, Carnicero, etcétera, etc. Son también del mayor interés la colección de armas blancas y de fuego debidas a maestros madrileños, y las series de vidrios de La Granja, porcelanas del Retiro y alfombras y tapices de la Real Fábrica.

El estudio minucioso de cada uno de los objetos que atesora el Museo ocupa actualmente la actividad del Sr. Cabré. La competencia y entusiasmo habituales en tan ilustre arqueólogo permiten esperar la pronta publicación de extensos catálogos y repertorios que serán, a la vez que detallada guía de las colecciones Cerralbo, importantes materiales para el estudio del arte en general y, particularmente, del español.

J. D. B.





BOIX, FÉLIX.—*Los recintos y puertas de Madrid*. Conferencia pronunciada en la Exposición del Antiguo Madrid en 4 de junio de 1927. Madrid, 1928, 14 páginas y 9 láms.

Entre las conferencias pronunciadas en la Exposición del Antiguo Madrid figuró una de D. Félix Boix, en la que el ilustre madrileñista disertó con acierto y erudición sobre asunto de tanto interés como el que encabeza estas líneas.

Madrid, la mayor concentración urbana de España, ha pasado por varios momentos de crecimiento y expansión, la mayor de las cuales se continua en nuestros días. Cuatro son las principales de sus fases, y a ellas corresponden cuatro recintos figurados en el plano de Alvarez de Baena, cuya obra, en unión de la de otros cronistas y documentos madrileños, y de las dos vistas del códice de Viena, han servido para su estudio al Sr. Boix. El primer recinto, que, como hace observar Cambroner, por el escaso desarrollo no debió albergar una verdadera ciudad, y tan sólo una fortaleza, partía del ángulo Sudoeste del Alcázar para volver a unirse al mismo en el ángulo Sudeste, después de encerrar un pequeño espacio que se extendía al Mediodía del Alcázar. El segundo recinto, que pertenecía al Madrid de tiempos de la conquista de Alfonso VI, partía del mismo punto que el anterior y volvía, según Alvarez de Baena, a unirse al Alcázar en el mismo punto también que el anterior; pero el Sr. Boix supone, fundándose en las vistas, que la unión se verificaba en el ángulo Noroeste, y que envolvía, por tanto, los lados oriental y septentrional del Alcázar. El recinto encerraba un espacio de una extensión superficial cuádruple del anterior, avanzando por el Sur hasta la Puerta de Moros y por el Este hasta las Puertas Cerrada y de Guadalajara.

El aumento de la población después de la conquista de Madrid y de la de Toledo, y sobre todo después del traslado de la capitalidad a esta ciudad, fué causa de una expansión extramuros de la primera y de la fundación de tres arrabales: El de San Martín, después de San Ginés, al Norte; el de Santa Cruz, al Este, y el de San Millán, al Sur. El recinto creció por el Norte hasta la Puerta de Santo Domingo, y por el Este hasta la de Antón Martín, llegando a encerrar una extensión superficial doble de la anterior. Partía del ángulo Nordeste del Alcázar y se unía con el recinto anterior en la Puerta de Moros. Este recinto, lo mismo que el anterior, debió desaparecer en tiempos de Felipe II y de Felipe III.

Convertida la ciudad en capital, Madrid crecía, cuando una Real cédula de Felipe IV, de 1625, vino a contener su crecimiento, ordenando la edificación de un nuevo recinto, que ha perdurado hasta mediados del siglo XIX. Sus límites eran: por el Norte, los actuales bulevares, desde la plaza de Colón a la calle de la Princesa; por el Oeste, la Montaña del Príncipe Pío, el Palacio Real y las Vistillas de San Francisco; por el Sur se extendía desde la Ronda de Segovia hasta la Puerta de Atocha; por el Este, el límite lo formaba el paseo del Prado, en sus tres secciones (Atocha, San Jerónimo y Recoletos).

El resto de la conferencia la dedicó el Sr. Boix a hacer un breve, pero erudito estudio de las Puertas de Atocha, Recoletos, San Vicente, Alcalá y Toledo, acompañado de la correspondiente documentación gráfica.

MANUEL DE TIRÁN.

FERRANDIS, JOSÉ.—*Marfiles y azabaches españoles*. Barcelona-Buenos Aires, Editorial Labor, 1928, 270 págs. + 88 láms., 8.º (Números 159 y 160 de la Colección Labor.)

El modo y la manera más eficaces para desvulgarizar determinados adjetivos son calificarlos con determinados nombres. Así en el caso de José Ferrandis. Actuosa, certera, fiel su labor, no la desmerecen las predichas calificaciones, sino que éstas adquieren su pristina ponderación desusada. Dentro y fuera del Instituto de Valencia de Don Juan, José Ferrandis estudia con primores y debanda sus estudios sin copiosidad, con sopeso, dintornando suficientemente la materia. Ahora —aún tinta la tinta de la edición— ha dado cobijo a una relación de los azabaches y marfiles españoles, que constata, si antes no lo estuviera ya, su afición a esos testimonios del puntillismo y del detallismo histórico, en los que sus adversaciones tienen una autoridad indudable. Monedas, medallas, arquetas, crucifijos, portapaces, plaquitas, evangelarios, báculos, camafeos, cabujones, miniaturas, entalles, piezas de ajedrez, descubren su secreto engolosinante a la perspicacia de José Ferrandis. La orfebrería, la eboraria y la azabachería españolas no están aun investigadas en cuanto importan, corriendo como corren paralelas con la realización plástica, y siendo en ocasiones causa y origen de nuestra escultura monumental, precipuamente en los dos momentos de mayor sintonización artística: el románico y el barroco. La gran policromía de los siglos x, xi y xii queda vibrante en esas manifestaciones, no sabemos por qué, relegadas a un término secundario en la historia del arte.

El manual *Marfiles y azabaches españoles* de José Ferrandis aporta una atinada generalización. La erudición podrá reprocharle ciertos visos de amenidad y una dicción sin mayor rango. El lector profano, de cultura más que media, le hallará, por ende, en gusto y sazón.

Las generalidades del volumen son francamente innecesarias. Que sea el marfil, cómo se trabaja y la consecución de la policromía, empecen la norma investigadora, en arte, que el manual debía buscar. Luego sí, la historia de la eboraria española se desenvuelve con precisión; en la prehistoria, los cuatro períodos de rigor: la Edad Antigua, la Edad media —motivos musulmanes, serie hispano-árabe; taller de Córdoba y taller de Cuenca; marfiles árabe-españoles —siglos xii al xv—; marfiles cristianos del medioevo, mozárabes y románicos —de éstos, taller castellano-leonés, de Fernando I, y taller de Alfonso VI—; tiempos góticos: la Edad Moderna, siglos xvii y xviii. Bibliografía.

En la parte de la azabachería José Ferrandis sigue los trabajos de D. Guillermo de Osma, aportando la propia tarea de los ejemplares no conservados en el Instituto de Valencia de Don Juan.

Santiago de Compostela ofrece el más admirable taller de esta industria, de fines religiosos casi siempre. Las tallas de azabache que representan convencionalmente al apóstol romero parecen haberse consolidado en los últimos años del siglo xv, y tal importancia tienen que sugieren dos obras magistrales: la de Osma (Vid. Guillermo J. Osma, *Catálogo de azabaches compostelanos*) y la de Drury

Fortum (Vid. *On a signaculum of Lt. Sames of Compostella, Archeological Journal* XXXVI-32 y 102, y XXXVIII-253).

La Editorial Labor presenta este nuevo y útil manual con el esmero admirable de los demás números de la colección.

S. DE R.



PAN Y FERNÁNDEZ, ISMAEL DEL.—*Notas para el estudio de la Prehistoria: Etnología y folklore de Toledo y su provincia*. Discurso leído en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias históricas de Toledo, 1928.

El catedrático de Historia Natural del Instituto de Toledo, D. Ismael del Pan y Fernández, es uno de los investigadores más entusiastas y preparados de nuestra juventud. A despecho de circunstancias poco favorables y de absurdos rigores burocráticos, como los que le arrancaron del laboratorio del Museo de Ciencias Naturales, D. Ismael del Pan prosigue sus trabajos con los medios que tiene a su alcance, porque los que como él cobijan un alto espíritu científico no pueden constreñir su actividad en las normas pedagógicas de un centro de enseñanza.

Su discurso, al ser recibido académico numerario en la de Bellas Artes y Ciencias históricas, revela un estudio minucioso de la prehistoria y etnología toledanas, una observación sutil y atenta de una zona a la que no se siente ligado por especial predilección; pero a la que ha sabido aplicar sus conocimientos con método y con arte, las dos características que distinguen la obra espontáneamente concebida; de la que responde al cumplimiento de una misión impuesta.

Desfilan por las páginas de este folleto, entreveradas con galas de escritor de la mejor cepa, los aspectos más interesantes de la prehistoria toledana, desde los primeros atisbos de D. Antonio Martín Gamero, que tan alto hablan del fino instinto del ilustre historiador, frente a los despropósitos del conde de Mora.

Según el Sr. Pan Fernández, aunque el paleolítico, en sus dos etapas, está representado en la provincia de Toledo, aún no ha sido posible encontrar yacimientos, cuya estratigrafía no dejen lugar a duda acerca de la edad de los sílex trabajados. Son todos los que se conocen hallazgos de superficie de dudosa clasificación, y aunque algunos corresponden por sus formas al musteriense, falta en los puntos en que se encontraban restos de fauna que establezcan una fecha exacta.

Muy recientemente los Sres. Pérez de Barradas y Fuidio han presentado a la Academia toledana una comunicación dando cuenta de haber encontrado en Azaña (partido de Illescas) cuarcitas acheulenses. El Sr. Pan duda de que, en efecto, sea de tan remota edad, por ser hallazgo de superficie en material muy sensible a la acción atmosférica.

Algo parecido ocurre con los restos neolíticos, muy abundantes —especialmente las hachas, que los campesinos aprecian como amuleto contra el rayo—, pero que no han sido sometidos a una exploración sistemática.

Vestigios de monumentos megalíticos y sepulturas, así como cerámica mame-

lonada e ibérica con decoración, se encuentran con relativa facilidad en varios puntos de la provincia, sin que tampoco se haya prestado la debida atención a estas industrias.

Gran parte del folleto de D. Ismael del Pan está dedicada a las consideraciones etnológicas que le sugirieron sus frecuentes correrías por la región. El *chozo*, característica vivienda rústica, y las actuales habitaciones troglodíticas de Villacañas, son temas que examina con cuidado y de los que extrae elementos importantes para el estudio psicológico de la población rural.

No podía faltar en este resumen tan completo la aportación folklórica cuidadosamente seleccionada por el notable catedrático, que como digno remate de su estudio ofrece al lector bellas muestras del arte popular, coplas ardientes o burlonas, fieras o satíricas, que encierran hondos sentimientos humanos o sutiles socarronerías.

Véase como ejemplo de estas últimas la que, aludiendo al carácter manchego, corre por Quero, Romeral, La Guardia y lugares vecinos:

«Si Dios fuera manchego  
no creyera en El,  
que tienen los manchegos  
mucho que entender.»

Conocido es el prurito de los toledanos de no pertenecer a la Mancha, a despecho de las razones geográficas que indican lo contrario; y fruto de esa animadversión hacia lo manchego son esa copla y este dicho igualmente popular, que desprovisto del carácter agresivo que encierra, puede ser un limpio reflejo del espíritu que sobriamente define:

«El manchego, fraile, ladrón o arriero.»

RAFAEL ALVAREZ.



# BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

## Generalidades

1.469. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 340-344. V. núm. 1.405.

## Prehistoria

1.470. Alvarez, Rafael.—*Madrid romano. Interesantes investigaciones del profesor D. Fidel Fndio*, en *El Sol*. Madrid, 10 junio, 1928.

## Hechos Históricos

1.471. Castrovido, Roberto.—*El madrileño desconocido*, en *La Voz*. Madrid, 9 junio, 1928. [Sobre el Duque de los Abruzzos.]

1.472. Varela Hervías, E.—*Donación de doña Mencía Fernández hecha a favor de Madrid para el arreglo del Puente de Segovia*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 317-319.

## Escritores madrileños

1.473. Alsina, José.—*Moratin en Paris. Una visita a Goldoni*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 17 junio, 1928.

1.474. [Alvarez Quintero, Serafín y Joaquín].—*El homenaje de los autores españoles a Moratín*, en *El Liberal*. Madrid, 22 junio, 1928.

1.475. Allende Lezama, Josefa.—*Al margen del «Quijote»*. Buenos Aires, Lib. «La Facultad», 1927, 192 págs., 8.º.

1.476. Araujo Costa, Luis.—*Un centenario. D. Leandro Fernández de Moratín*, en *La Epoca*. Madrid, 21 junio, 1928.

1.477. Armiñan, Luis de.—*Primer centenario de la muerte de D. Leandro Fernández de Moratín*, en *Informaciones*. Madrid, 21 junio, 1928.

1.478. Astrana Marín, Luis.—*La ceguera de Moratín*, en *La Libertad*. Madrid, 18 agosto, 1928.

1.479. Battistessa, Angel.—*Cervantes y la contrarreforma*, en *Síntesis*. Buenos Aires, IV, 1928, pág. 53.

1.480. Calderón.—*L'Alcade di Zalamea*. Trad. di G. Prampolini. Milano, Alpes, 1927, 122 págs.

1.481. Calderón.—*La mogiganga de la muerte*. Texto de A. Valbuena Prat,

con un prefacio de «Azorín» y un apéndice por J. B. Trend. Madrid-París-Buenos Aires, 1927, VIII-45 págs., 4.º.

1.482. Castrovido, Roberto.—*El centenario de Moratín*, en *La Voz*. Madrid, 21 junio, 1928.

1.483. Cedillo, Conde de.—*La musa de la Historia en la poesía moratiniana*, en *La Esfera*. Madrid, 30 junio, 1928.

1.484. Dam, C. F. A. van.—*Lope de Vega y el neerlandés*, en *Rev. de Filología Española*. Madrid, XIV, 1927, págs. 282-286.

1.485. Delano, L. K.—*The Relation of Lope de Vega's separate Sonnets to those in his «comedias»*, en *Hispania*. California, X, 1927, págs. 307-320.

1.486. Fernández Almagro, M.—*La sombra de Moratín (1828-1928)*, en *La Voz*. Madrid, 20 junio, 1928.

1.487. García Calderón, Ventura.—*Larra écrivain français*, en *Revue Hispanique*, LXXII, 1928, págs. 592-604.

1.488. Gómez de Baquero, E.—*El centenario de Moratín*, en *El Sol*. Madrid, 19 junio, 1928.

1.489. González Ruiz, Nicolás.—*Moratín y el teatro español*, en *El Debate*. Madrid, 21 junio, 1928.

1.490. Günther, A.—*Calderons «Alcalde de Zalamea» in der deutschen Literatur*, en *Zeitschrift für Französische Sprache und Litteratur*. Chemnitz-Jena, XXVI, 1926, págs. 445-457.

1.491. Herrero García, M.—*Imitación de Quevedo*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 307-309.

1.492. Hill, John M.—*Una jácara de Quevedo*, en *Revue Hispanique*, LXXII, 1928, págs. 493-503.

1.493. Iracheta, Francisco de.—*El teatro de Moratín*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 29 junio, 1928.

1.494. Larrubiera, Alejandro.—*El centenario de Moratín. Viajes y malandanzas*, en *Revista de Ambos Mundos*. Madrid, 1 agosto, 1928, págs. 49-52.

1.495. Miquis, Alejandro.—*Moratín crítico y los críticos de Moratín*, en *La Esfera*. Madrid, 30 junio, 1928.

1.496. Mori, Arturo.—*En el centenario de Moratín. Hombres, ideas y tiempo*, en *El Liberal*. Madrid, 21 junio, 1928.

1.497. Pérez Dionisio.—*Anales de Madrid. La casa de huéspedes donde amó Moratín*, en *La Voz*. Madrid, 6 agosto, 1928.

1.498. Répide, Pedro de.—*La aportación de Madrid a la literatura española*, en *La Libertad*. Madrid, 5, 8, 9, 10, 12 y 14 agosto, 1928.

1.499. Restori, A.—*I sonetti di Lope de Vega*, en *Archivum Romanicum*. Gêneve-Firenze, XI, 1927, págs. 384-391.

1.500. Romano, Julio.—*En el centenario de Moratín. El Partenón griego y la ergástula beocia*, en *La Esfera*. Madrid, 9 junio, 1928.

1.501. Ruiz Morcuende, Federico.—*Lo que vió Moratín en Inglaterra*, en *El Imparcial*. Madrid, 24 junio, 1928.

1.502. Ruser, Wilhelm.—*Roma abrasada. Ein echtes Jugenddrama, Eine Studie en Lope de Vega*, en *Revue Hispanique*, LXXII, 1928, págs. 325-411.

1.503. Sánchez Estevan, Ismael.—*En el centenario de Moratín. El sí de las niñas*, en *La Esfera*. Madrid, 30 junio, 1928.

1.504. San José, Diego.—*Ante el centenario de Moratín. El dramaturgo erudito*, en *El Liberal*. Madrid, 22 junio, 1928

1.505. Segura, E.—*Extremadura, visto por Miguel de Cervantes*, en *Revista del Centro de Estudios Extremeños*. Badajoz, I, 1927, págs. 37-52.

1.506. Steinberger, H.—*Zu Calderons Gestaltung komischer Bauernfiguren*.—Silvae monacenses, München, 1926.

## Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

1.507. García, J.—*Las estampas de la Biblioteca del Escorial*, en *Ciudad de Dios*. Escorial, CLI 1927, págs. 30-38, 426-432.

1.508. *Memoria y Catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas presentadas por la Hemeroteca Municipal de Madrid en la Exposición internacional de Prensa en Colonia*. Madrid, Blass, 1928, LXXXVI + 235 págs. + 1 hoja, 4.º

1.509. Millares Carlo, Agustín.—*Sobre el modo de comenzar el año en los libros de acuerdos del Concejo de Madrid durante los siglos XV y XVI*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*. Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 294-297.

1.510. Sarto, Juan del.—*La Real Academia de Jurisprudencia y Legislación*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 20 junio, 1928.

1.511. Zarco Cuevas, J.—*El Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial y la Casita del Príncipe. Descripción. Historia. Bibliografía*. Tercera edición. Madrid, Imprenta Helénica, 1926, 252 págs. 8.º

1.512. X.—*Bibliotecas de Madrid. La del Ateneo*, en *La Esfera*. Madrid, 11 agosto, 1928.

## Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

1.513. Alguacil Trotacalles, El.—*Del Madrid pretérito. La iglesia de Montserrat*, en *El Imparcial*. Madrid, 4 julio, 1928.

1.514. Alguacil Trotacalles, El.—*Del Madrid pretérito. Las antiguas parroquias de San Pedro y San Andrés*, en *El Imparcial*. Madrid, 15 julio, 1928.

1.515. Alguacil Trotacalles, El.—*Del segundo recinto de Madrid. Los estudios de Villa, la Casa de la Moneda, el viaducto*, en *El Imparcial*. Madrid, 24 abril, 1928.

1.516. Cabré Aguiló, Juan.—*Museo Cerralbo o Museo del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo, D. Enrique de Aguilera y Gamboa*. Madrid, Jesús López, 1928, 2 láms. + 21 págs., 4.º (Tirada aparte del *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*.)

1.517. Castrovido, Roberto.—*Madrileñas. Estatuas y monumentos*, en *La Voz*. Madrid, 13 junio, 1928.

1.518. Díaz-Alejo, R.—*El Museo de Artillería*, en *Heraldo de Madrid*, 29 agosto, 1928.

1.519. Donato, Magda.—*El Museo Arqueológico Nacional*, en *Heraldo de Madrid*, 20 agosto, 1928.

1.520. Estevez Ortega, E.—*Museos de Madrid. El de Reproducciones artísticas*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 15 junio, 1928.

1.521. Ezquerro del Bayo, Joaquín.—*Proyecto de compra de la quinta de Goya en el año 1854*, en *Arte Español*. Madrid, XVIII, 1928, págs. 334-335.

- 1.522. Gómez de la Serna, Ramón.—*El portal de la Academia* [de Bellas Artes], en *El Sol*. Madrid, 14 junio, 1928.
- 1.523. L. D.—*El castillo de Santillana en Manzanares el Real*, en *La Esfera*. Madrid, 30 junio, 1928.
- 1.524. Landero Juan, G.—*El casino de Madrid, su historial y su vida*, en *Heraldo de Madrid*, 22 junio, 1928.
- 1.525. Moreno Villa, J.—*Tres dibujos de Pedro de Ribera que reclaman la iglesia madrileña de San Cayetano*, en *Arquitectura*. Madrid, X, núm. 111. 1928, págs. 211-217.
- 1.526. Nelken, Margarita.—*El Palacete de la Moncloa, joya goyesca*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 17 junio, 1928.
- 1.527. Olmo, Rosario del.—*Una visita a la Real Armería*, en *Heraldo de Madrid*, 2 agosto, 1928.
- 1.528. Sánchez Cantón, F. J.—*La reorganización del Museo del Prado*, en *Arte Español*. Madrid, XVI, 1927, págs. 290-293.
- 1.529. Tamayo, Victoriano.—*Historias de teatros españoles. El del Buen Retiro y los otros Reales Sitios*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 22 julio, 1928.

## Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

- 1.530. Alguacil Trotacalles, El.—*Del Madrid pretérito. El Mentidero de las gradas de San Felipe*, en *El Imparcial*, Madrid, 19 agosto, 1928.
- 1.531. Blanco Soria, Luis.—*El famoso y pintoresco barrio de la Ventilla*, en *La Voz*. Madrid, 27 julio, 1928.
- 1.532. Blanco Soria, Luis.—*Por el barrio del Conde Duque y sus alrededores. Costumbres de antaño y recuerdos de hogaño*, en *La Voz*. Madrid, 13 julio, 1928.
- 1.533. Blanco Soria, Luis.—*Por el barrio de Quiñones y la huerta de. Noviciado. El simbólico origen de la plazuela del Gato*, en *La Voz*. Madrid, 7 julio, 1928.
- 1.534. Casares, Francisco.—*Instituciones del antiguo Madrid. La Hermandad del pecado mortal. Cómo se hizo, cómo actúa y cómo vive esta histórica cofradía*, en *La Voz*. Madrid, 21 agosto, 1928.
- 1.535. Castrovido, Roberto.—*Aspectos de Madrid. Antes de las nueve de la mañana*, en *La Voz*. Madrid, 11 agosto, 1928.
- 1.536. Deleito y Piñuela, José.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, en REV. DE LA BIBL. ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 260-275. V. núm. 1.290.
- 1.537. Gavira, José.—*Los problemas de la población penal en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo XVIII*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 313-317.
- 1.538. Martorell, Ricardo.—*Las cruces de San Bernardino*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 310-373.
- 1.539. Ortiz Cañavate, Lorenzo.—*Los toros en Madrid en 1628*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 5 agosto, 1928.
- 1.540. Rivera, Alfredo.—*Tradiciones y leyendas de Madrid. Curiosa histo-*



ria de un sombrero, en *El Imparcial*. Madrid, 9 agosto, 1928. [Trata de la calle del Sombrerete.]

1.541. Rivera, Alfredo.—*Tradiciones y leyendas de Madrid. Emocionante historia de la calle de la Cabeza*, en *El Imparcial*. Madrid, 11 julio, 1928.

### Planos y guías. Obras y proyectos

1.542. Alguacil Trotacalles, El.—*El «centro» de Madrid. Las «jorobas» de la villa y corte*, en *El Imparcial*. Madrid, 8 julio, 1928.

1.543. Alguacil Trotacalles, El.—*Del Madrid pretérito. La Puerta de Moros. El antiguo templo de San Andrés*, en *El Imparcial*. Madrid, 31 agosto, 1928.

1.544. Alguacil Trotacalles, El.—*Del Madrid pretérito. Una breve referencia, histórica de la calle Mayor*, en *El Imparcial*. Madrid, 27 julio, 1928.

1.545. Blanco Soria, Luis.—*En el corazón de Madrid. El barrio de Maravillas y sus alrededores*, en *La Voz*. Madrid, 19 junio, 1928.

1.546. Blanco Soria, Luis.—*El Madrid que Madrid no conoce. La ciudad, el río y sus puentes*, en *La Voz*. Madrid, 9 junio, 1928.

1.547. Boix, Félix.—*Recintos y puertas de Madrid*, en *Arte Español*. Madrid, XVI, 1927, págs. 271-283.

1.548. Campo, Antonio del.—*El futuro parque del Norte de Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 23 junio, 1928.

1.549. Cantó, Antonio.—*El turismo en la provincia de Madrid*. Madrid, Imprenta «Alpha», 1928, 383 págs. + 1 mapa, 8.º.

1.550. Castrovido, Roberto.—*La plaza de Antón Martín*, en *La Voz*. Madrid, 7 agosto, 1928.

1.551. Nadal, Ildefonso.—*Madrid, estación veraniega. Un experimento prodigioso*, en *La Voz*. Madrid, 4 agosto, 1928.

1.552. Pérez, Dionisio.—*Las calles de Sevilla y Arlabán. El cincuentenario de los callejones de Peligros y Gitanos*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 3 agosto, 1928.

1.553. Pérez, Dionisio.—*Un nuevo viaducto para un nuevo Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 30 julio, 1928.

1.554. *Proyecto general de modificación y ampliación de las instalaciones de la Estación de Madrid-Atocha, de la Compañía de los ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante*. Madrid, Talleres del Instituto Geográfico y Catastral, 1928, 20 págs. + 4 láms. + 4 planos, 4.º.

1.555. Rivera, Alfredo.—*Tradiciones. La Cruz de Puerta Cerrada*, en *El Imparcial*. Madrid, 19 junio, 1928.

1.556. Romano, Julio.—*El casticismo y la piqueta. La calle de Arlabán, estrecha y sórdida antaño, es hoy una ancha y luminosa vía moderna*, en *La Esfera*. Madrid, 4 agosto, 1928.

1.557. San José, Diego.—*Breve silueta de la Puerta del Sol*, en *Mundo Gráfico*. Madrid, 8 agosto, 1928.

1.558. San José, Diego.—*Reliquias del tiempo viejo. La Puerta de Hierro*, en *La Esfera*. Madrid, 30 junio, 1928.

REVISTA  
DE LA  
BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

---

TOMO V

---

(AÑO 1928)

---

ÍNDICE GENERAL

---

Número XVII

- M. HERRERO-GARCÍA.—*El Madrid de Calderón*, pág. 1.  
C. M. DEL RIVERO.—*Escrutinio de monedas matritenses*, pág. 28.  
AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*Contribucion al «Corpus» de códices visigóticos*, página 35.  
ANGEL VALBUENA PRAT.—*Los «antos del año santo» de Calderón*, pág. 60.  
JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Algunos hallazgos prehistóricos de superficie de término de Madrid*. pág. 74.  
VARIEDADES: ANGEL VALBUENA PRAT: *Una representación de «El gran teatro del mundo»*. *La fuente de este auto*, pág. 79.—JENARO ARTILES RODRÍGUEZ: *Una rica colección artística en Madrid (siglo XVII)*, pág. 83.—JOSÉ SUBIRÁ: *Una tonadilla extraordinariamente aplaudida: El «Malbrú» de Valledor*, pág. 87.  
RESEÑAS: Sánchez Rivero, Angel.—*Viaje de Cosme III por España (1668-1669). Madrid y su provincia* (J. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 92.—*Durán, Miguel.-La construcción del Palacio Real* (A. GARCÍA Y BELLIDO), pág. 95.—*Valbuena Prat, Angel.-Los autos sacramentales de Calderón. Clasificación y análisis* (LUIS MORALES OLIVER), pág. 97.—*Bertrand, Louis.-Santa Teresa (S. de R.)*, pág. 99.—*Depta, Dr. Max Victor.-Lope de Vega* (RAMÓN EZQUERRA), página 101.—*Millares Carlo, Agustín.-Índice y extractos del Libro Horadado del Concejo madrileño (siglos XV-XVI)* (M. DEL PILAR LAMARQUE), pág. 102.—*Catálogo de las armas del Instituto de Valencia de Don Juan* (J. D. B.), página 103.—*Villa-Urrutia, Marqués de.-Mujeres de antaño: la reina María Luisa, esposa de Carlos IV* (J. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 104.—*Rodríguez Marín, Francisco.-Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas* (A. MILLARES CARLO), página 108.—*Sociedad Española de Amigos del Arte.-Exposición del antiguo*

- Madrid. Catálogo general ilustrado* (J. D. B.), pág. 108.—*Cejador, Julio. Ibérica. I, Alfabeto e inscripciones ibéricas* (E. VARELA HERVÍAS), pág. 110. *Villa-Urrutia, Marqués de.-La reina María Luisa y Bolívar* (J. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 114.
- BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 116.

## Número XVIII

- EMILIO COTARELO.—*Editores y Galerías de obras dramáticas en Madrid en el siglo XIX*, pág. 121.
- JOSÉ SUBIRÁ.—*Estudios sobre el teatro madrileño: Los «melólogos» de Rousseau, Iriarte y otros autores*, pág. 140.
- JENARO ARTILES RODRIGUEZ.—*Curiosidades bibliográficas del Archivo de Villa (Madrid)*, pág. 162.
- CAYETANO ALCÁZAR.—*Los orígenes del correo moderno en España*, pág. 169.
- AURELIO BAIG BAÑOS.—*Cinco andaluces en Madrid*, pág. 188.
- VARIEDADES: VERARDO GARCÍA REY: *Escrituras inéditas de Lope de Vega Carpio*, pág. 193.—*La etimología griega de Madrid, según el «Messenger d'Athenès»*, pág. 205.—E. VARELA HERVÍAS: *Lo actuado por el Concejo de Madrid bajo la dominación austriaca de 1710*, pág. 207.
- RESEÑAS: Thomas, Lucien-Paul.—*Les jeux de scène et l'architecture des idées dans le théâtre allégorique de Calderón* (ANGEL VALBUENA PRAT), pág. 213.—*Villa-Urrutia, Marqués de.-Mujeres de Antaño. Teresa Cabarrús (Madame Tallien)* (J. DELEITO Y PIÑUELA), pág. 215.—*Morales Oliver, Luis.-Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 219.—*Muntaner, Ramón.-Crónica* (E. VARELA HERVÍAS), pág. 221.—*Mayr, Robert von.-Historia del Derecho romano* (S. DE R.), pág. 222.—*Trend, J. B.-Catalogue of the Music in the Biblioteca de Medinaceli* (JOSÉ SUBIRÁ), pág. 224.—*Choussa, Camilo.-Biblioteconomía. Sistemas de clasificación* (J. A. R.), pág. 226.—*Prescott, Guillermo H.-Historia de la conquista del Perú* (S. DE R.), página 227.—*Ocho sainetes inéditos de D. Ramón de la Cruz* (A. G. P.), página 230.—*Llanos y Torriglia, Félix.-Así llegó a reinar Isabel la Católica* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 231.
- BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 234.
- NOTICIAS: *Excavaciones en una villa hispano-romana en Villaverde Bajo (Madrid)*, pág. 239.

## Número XIX

- C. PÉREZ BUSTAMANTE.—*Las instrucciones de Felipe II a Juan Bautista de Tassis*, pág. 241.
- J. DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, pág. 260.
- J. DOMÍNGUEZ BORDONA.—*Retratos en manuscritos españoles*, pág. 276.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*Notas del Archivo. Sobre el modo de comenzar el año en los libros de acuerdos del Concejo de Madrid durante los siglos XV y XVI*, pág. 294.

COMANDANTE GARCÍA REV.—*El arcipreste de Talavera, Alonso Martínez de Toledo*; pág. 298.

VARIEDADES: M. HERRERO-GARCÍA: *Imitación de Quevedo*, pág. 307.—RICARDO MARTORELL: *Las cruces de San Bernardino*, pág. 310.—JOSÉ GAVIRA: *Los problemas de la población penal en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo XVIII*, pág. 313.—E. VARELA HERVÍAS: *Donación de doña Mencía Fernández hecha a favor de Madrid para el arreglo del Puente de Segovia en el siglo XIV*, pág. 317.

RESEÑAS: Sánchez Alonso, B.—*Fuentes de la Historia española e hispanoamericana* (LUIS MORALES OLIVER), pág. 320.—Ballester y Castell, Rafael.—*Las fuentes narrativas de la Historia de España durante la Edad Moderna* (AGUSTÍN MILLARES CARLO), pág. 322.—Aguiló y Fúster, Mariano.—*Catálogo de obras en lengua catalana* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 325.—Obermaier, Hugo y Breuil, Henri.—*Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormón (Teruel)* (E. VARELA HERVÍAS), pág. 327.—García de la Fuente, P. Arturo (O. S. A.).—*La numismática española en el reinado de Felipe II* (S. DE R.), página 328.—Galindo Romeo, Pascual.—*Literatura latina. (Estudios secundarios y universitarios)* (MANUEL SOCORRO PÉREZ), pág. 330.—Olmedo, Félix, G. (S. I.).—*Las fuentes de «La vida es sueño»* (J. A. R.), pág. 332.—Urquijo, Julio de.—*La cruz de la sangre: El cura Santa Cruz* (S. DE R.), página 333.—Bury, Ricardo de, obispo de Durham.—*El Philobiblion. Muy hermoso tratado sobre el amor de los libros* (J. D' B.), pág. 334.—Castillo Yurrita, Alberto del.—*La cultura del vaso campaniforme* (S. DE R.), pág. 336.—Espejo de Hinojosa, Ricardo.—*Manual de Economía Política* (A. G. P.), página 337.—Arnoux, Alexandre.—*La leyenda del Cid Campeador* (S. DE R.), página 338.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 340.

## Número XX

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*Nuevas noticias bibliográficas del abate Hervás y Panduro*, pág. 345.

JOSÉ SUBIRÁ.—*Un «melólogo» curioso y una «introducción» a otro melólogo: La escena trágica «Policena»*, pág. 360.

MANUEL MACHADO.—*Felipe V, continuador del Quijote*, pág. 365.

C. M. DEL RIVERO.—*Escrutinio de monedas matritenses*, pág. 381.

VARIEDADES: JENARO ARTILES RODRÍGUEZ: *La partida bautismal de «Tirso de Molina»*, pág. 403.—AGUSTÍN DEL SAZ: *Moratin y su época*, pág. 411.

RESEÑAS: Martín Echeverría, Leonardo.—*Geografía de España* (J. MARTÍN ALONSO), pág. 417.—Gómez de la Serna, Ramón.—*Goya* (S. DE R.), pág. 420.—Tormo, Elías.—*Las iglesias del antiguo Madrid* (A. GARCÍA BELLIDO), pág. 422.—Vázquez Arjona, Carlos.—*Cotejo histórico de cinco Episodios Nacionales*



de Benito Perez Galdós (ANGEL VALBUENA PRAT), pág. 424.—Cuevillas, Florentino L. y Bouza Brey, Fermin.—*Prehistoria y folklore da Barbanza. Catalogo dos castros galegos* (RAFAEL ALVAREZ), pág. 426.—Bullón y Fernández, Eloy.—*Un colaborador de los Reyes Católicos. El Dr. Palacios Rubios y sus obras* (A. DEL S.), pág. 427.—Cabré y Aguiló, Juan.—*Museo Cerralbo o Museo del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo, D. Enrique de Aguilera y Gamboa* (J. D. B.), pág. 431.—Boix, Félix.—*Los recintos y puertas de Madrid* (MANUEL DE TERÁN), pág. 432.—Ferrandis José.—*Marfiles y azabaches españoles* (S. DE R.), pág. 433.—Pan y Fernández, Ismael del.—*Notas para el estudio de la Prehistoria. Etnología y folklore de Toledo y su provincia* (RAFAEL ALVAREZ), pág. 434.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 436.

## ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- A. G. G.—V. GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL.
- A. DEL S.—V. SAZ, AGUSTÍN DEL.
- ALCÁZAR, CAYETANO.—*Los orígenes del correo moderno en España*, pág. 169.
- ALVAREZ, RAFAEL.—*Cuevillas Florentino, L. y Bouza Brey, Fermín.-Prehistoria y folklore da Barbanza*, pág. 426. *Pan y Fernández, Ismael del.-Notas para el estudio de la Prehistoria: Etnología y folklore de Toledo y su provincia*, página 434.
- ARTILES RODRÍGUEZ, JENARO.—*Una rica colección artística en Madrid (siglo XVII)*, página 83. *Curiosidades bibliográficas del Archivo de Villa (Madrid)*, página 162. *Morales Oliver, Luis.-Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes*, pág. 219. *Chousa, Camilo.-Biblioteconomía. Sistemas de clasificación*, pág. 226. *Llanos y Torriglia, Félix.-Así llegó a reinar Isabel la Católica*, pág. 231. *Aguiló y Fuster, Mariano.-Catálogo de obras en lengua catalana impresas desde 1474 hasta 1860*, pág. 325. *Olmedo, Félix G.-Las fuentes de «La vida es sueño»*, pág. 332. *La partida bautismal de «Tirso de Molina»* página 403.
- BAIG BAÑOS, AURELIO.—*Cinco andaluces en Madrid*, pág. 188.
- COTARELO, EMILIO.—*Editores y galerías de obras dramáticas en Madrid en el siglo XIX*, pág. 121.
- DELEITO Y PIÑUELA, JOSÉ.—*Sánchez Rivero, Angel.-Viaje de Cosme III por España (1668-1669): Madrid y su provincia*, pág. 92. *Villa-Urrutia, Marqués de. Mujeres de antaño: la reina María Luisa, esposa de Carlos IV*, pág. 104. *Villa-Urrutia, Marqués de.-La reina María Luisa y Bolívar*, pág. 114. *Villa-Urrutia, Marqués de.-Mujeres de antaño: Teresa Cabarrús (Madame Tallien)*, página 215. *La vida madrileña en tiempos de Felipe IV*, pág. 260.
- DOMÍNGUEZ BORDONA, JESÚS.—*Catálogo de las armas del Instituto de Valencia de Don Juan, por J. M. Florit... completado por F. J. Sánchez Cantón*, pág. 103. *Sociedad Española de Amigos del Arte. Exposición del antiguo Madrid*, página 108. *Retratos en manuscritos españoles*, pág. 276. *Bury, Ricardo de -El Philobiblion. Muy hermoso tratado sobre el amor de los libros*, pág. 334. *Cabré y Aguiló, Juan.-Museo Cerralbo o Museo del Excmo. Sr. Marques de Cerralbo, D. Enrique de Aguilera y Gamboa*, pág. 431.
- EZQUERRA, RAMÓN.—*Depta, Dr. Max Victor.-Lope de Vega*, pág. 101.
- GARCÍA BELLIDO, A.—*Durán, Miguel.-La construcción del Palacio Real*, pág. 95. *Tormo, Elías.-Las iglesias del antiguo Madrid*, pág. 422.
- GARCÍA REY, VERARDO.—*Escrituras inéditas de Lope de Vega Carpio*, pág. 198. *El Arcipreste de Talavera, Alonso Martínez de Toledo*, pág. 298.
- GAVIRA, JOSÉ.—*Los problemas de la población penal en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo XVIII*, pág. 313.

- GONZÁLEZ PALENCIA, ANGELO.—*Ocho sainetes inéditos de Don Ramón de la Cruz, editados... por... Charles Emil Kany*, pág. 230. *Espejo de Hinojosa, Ricardo. Manual de Economía Política*, pág. 337. *Nuevas noticias bibliográficas del abate Hervás y Panduro*, pág. 345.
- HERRERO GARCÍA, M.—*El Madrid de Calderón*, pág. 1. *Imitación de Quevedo*, página 307.
- J. D. B.—V. DOMÍNGUEZ BORDONA, JESÚS.
- LAMARQUE, M. DEL PILAR.—*Millares Carlo, Agustín.-Índice y extractos del Libro Horadado del Concejo madrileño (siglos XV-XVI)*, pág. 102.
- MACHADO, MANUEL.—*Felipe V, continuador del «Quijote»*. *Un curiosísimo manuscrito de la Biblioteca Nacional*, pág. 365.
- MARTÍN ALONSO, J.—*Martín Echeverría, Leonardo.-Geografía de España*, página 417.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, JULIO.—*Algunos hallazgos prehistóricos de superficie del término de Madrid*, pág. 74.
- MARTEORELL, RICARDO.—*Las cruces de San Bernardino*, pág. 310.
- MILLARES CARLO, AGUSTIN.—*Contribución al «Corpus» de códices visigóticos*, página 35. *Rodríguez Marín, Francisco.-Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*, pág. 108. *Notas del Archivo. Sobre el modo de comenzar el año en los libros de acuerdos del Concejo de Madrid durante los siglos XV y XVI*, pág. 294. *Ballester y Castell, Rafael.-Las fuentes narrativas de la historia de España durante la Edad Moderna*, pág. 322.
- MORALES OLIVER, LUIS.—*Valbuena Prat, Angel.-Los autos sacramentales de Calderón (clasificación y análisis)*, pág. 97. *Sánchez Alonso, B.-Fuentes de la Historia española e hispanoamericana*, pág. 320.
- PÉREZ BUSTAMANTE, C.—*Las instrucciones de Felipe II a Juan Bautista de Tassis*, página 241.
- RIVERO, C. M. DEL.—*Escrutinio de monedas matritenses*, pág. 28 y 381.
- S. DE R.—V. SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS.
- SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS.—*Bertrand, Louis.-Santa Teresa*, pág. 99. *Mayr, Robert von.-Historia del Derecho romano*, pág. 222. *Prescott, Guillermo H.-Historia de la conquista del Perú*, pág. 227. *García de la Fuente, P. Arturo.-La numismática española en el reinado de Felipe II*, pág. 328. *Urquijo, Julio de.-La cruz de la sangre: El cura Santa Cruz*, pág. 333. *Castillo Yurrita, Alberto del.-La cultura del vaso campaniforme*, pág. 336. *Arnoux, Alexandre.-La leyenda del Cid Campeador*, pág. 338. *Gómez de la Serna, Ramón.-Goya*, pág. 420. *Ferrandis, José.-Marfiles y azabaches españoles*, 433.
- SAZ AGUSTÍN DEL.—*Moratin y su época*, pág. 411. *Bullón y Fernández, Eloy.-Un colaborador de los Reyes Católicos. El Dr. Palacios Rubios y sus obras*, página 427.
- SOCORRO PÉREZ, MANUEL.—*Galindo Romeo, Pascual.-Literatura latina. (Estudios secundarios y universitarios)*, pág. 330.
- SUBIRÁ, JOSÉ.—*Una tonadilla extraordinariamente aplaudida: El «Malbri» de Villedor*, pág. 87. *Estudios sobre el teatro madrileño. Los «melólogos» de*

- Rousseau, Iriarte y otros autores*, pág. 140. *Trend, J. B.-Catalogue of the Music in the Biblioteca de Medinaceli*, 224. Un «melólogo» curioso y una «introducción» a otro melólogo. *La escena trágica «Policena»*, pág. 360.
- TERÁN, MANUEL DE. — *Boix, Félix.-Los recintos y puertas de Madrid*, pág. 432.
- THEODOTOS, S. A. H. — *La etimología griega de Madrid, según el «Messenger d'Athenès»*, pág. 205.
- VALBUENA PRAT, ANGEL. — *Los autos del «Año Santo», de Calderón*, pág. 60. *Una representación de «El gran teatro del mundo». La fuente de este auto*, página 79. *Thomas Lucien-Paul.-Les jeux de scène et l'architecture des idées dans le théâtre allégorique de Calderón*, pág. 213. *Vázquez Arjona, Carlos.-Cotejo histórico de cinco Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*, página 424.
- VARELA HERVIAS, E. — *Cejador, Julio.-Ibérica. I, Alfabeto e inscripciones ibéricas*, página 110. *Lo actuado por el Concejo de Madrid bajo la dominación austriaca de 1710*, pág. 207. *Muntaner, Ramón.-Crónica*, pág. 221. *Donación de doña Mencía Fernández hecha a favor de Madrid para el arreglo del Puente de Segovia en el siglo XIV*, pág. 317. *Obermaier, Hugo y Breuil, Henri.-Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormón (Teruel)*, pág. 327.







---

IMPRENTA MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)